

EL VASCO FRANCISCO GRANDMONTAGNE SUS CARTAS A MIGUEL DE UNAMUNO

Por J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS

«De todo cuanto conozco, lo único que me gusta mucho es San Sebastián. Mi ideal es retirarme a vivir allí, a soñar entre aquellos cerros».

(*Carta de Grandmontagne a Unamuno el 28 de febrero de 1904*).

«Grandmontagne es amigo y paisano mío. Honni soit qui mal y pense».

(UNAMUNO, *Tres estudios de Grandmontagne*. La Lectura de Madrid, enero 1902).

Grandmontagne: ¿guipuzcoano, donostiarra?

Sirvan estas palabras de «prólogo galeato» o yelmo protector de mi intento; de punta de mostaza, y aún de chile, de mi guiso: de justificación en suma, de que este epistolario de Francisco Grandmontagne aparezca en nuestro Boletín donostiarra. Porque presiento gritos de amigos burgaleses que me recordarán que Grandmontagne es burgalés, exactamente nativo de Barbadillo de Herrero, donde vió la luz el 30 de septiembre de 1869. Ahí está la partida de bautismo para demostrarlo. Mas tal documento también demuestra otra cosa: que las raíces barbadillanas de los Grandmontagne son inexistentes, puesto que se trata de una familia foránea, llegada al pueblo en 1866. Eran los hermanos Javier (34 años), Juan Bautista (27 años), Bernardo (24 años) y Justo (20 años), «afinadores de hierro», que llegaban con su madre viuda. El hermano mayor venía con su mujer, Benita Otaegui, de 24 años, y su primogénito. Ella era guipuzcoana, de Cegama, hija de Francisco de

Otaegui y de la beasaindarra María Bautista de Ganzaraín, y hermana de Claudio de Otaegui, maestro poeta en Fuenterrabía, traductor al euskera de Calderón, Lope de Vega, fray Luis de León, Santa Teresa, etc., y amigo del Príncipe Luciano Bonaparte (1).

Los Grandmotagne llegados a Barbadillo eran ferrones y a tales menesteres vinieron de su tierra nativa, el Bearne francés. Ese año, el 30 de septiembre, nació nuestro Francisco. Tres años tenía cuando murió su madre y cuatro cuando murió su abuela paterna; cinco cuando su padre contrajo nuevas nupcias con Justa de la Torre (1871), de quien nacerían nuevos vástagos: Valentina (1872) y Germán (1875). Acaso por esta razón, Francisco fuese acogido por su tío materno en Fuenterrabía, acudiendo a la escuela de párvulos de la villa pesquera fronteriza. C. Rubio Velasco nos muestra que, a tenor de los libros de matrícula de la parroquia de Barbadillo, Francisco faltó de su pueblo natal solamente de marzo de 1877 a primeros de 1879. El protagonista se atribuye a sí mismo ocho años cuando fue testigo en Fuenterrabía de algo inolvidable: su tío Claudio Otaegui, pedagogo, maestro y poeta, era además director de una charanga musical en la villa, que en cierta ocasión dió una serenata a un visitante de fama. Francisco, el sobrino de los ocho años, llevaba el atril. Ese día, para él memorable, tocó la charanga en la Behobie francesa una airosa jota ante un supuesto indiano rico. Bajó el homenajeador de barbas blancas, vino hacia los músicos y dió a cada uno un franco y un beso. Era Víctor Hugo (2).

A los veinte años perdió Francisco a su padre. Poco después marchaba a Argentina con su alma mellada por la carencia temprana de madre y luego de padre. En América conocería toda clase de pruebas, de luchas y de trabajos.

(1) Cfr. JUAN SIERRA GIL DE LA CUESTA, *Francisco Grandmontagne. (Un entorno olvidado del 98)*. Burgos. Publicaciones de la Excm. Diputación, 1983, pp. 23-7; y CANDIDO RUBIO VELASCO, *Francisco Grandmontagne. Nota biográfica*. *Burgense* 28 (1987) 547-60.

(2) Art. cit., p. 550-5; GIL DE LA CUESTA, o. c., p. 24-5.

Al fin, vincularía su destino a la pluma, se convertiría en un periodista conocido, en un notable escritor. Trasplantado a lejanas tierras, aparece estrechamente vinculado durante años a la revista *La Vasconia*, publicación hoy centenaria que mantenía el espíritu vasco de los emigrantes. Precisamente lleva membrete de esta revista la primera carta conservada dirigida a Unamuno: la firman sus responsables Grandmontagne de Otaegui (*sic*) y José R. de Uriarte, y solicitan la colaboración de Unamuno para la «humilde publicación destinada a recordarnos en estas apartadas pampas a *nuestra* Euskaria, más querida si cabe, cuanto más distante». En esa manifestación de sentimientos pienso que Grandmontagne pesa más que Uriarte; en carta del año siguiente saluda a Unamuno como «comprovinciano», lo cual denota que se sentía él en algún modo guipuzcoano (*Carta 1 y 2*). En otra carta le llamaría «hermano de raza» (*Carta 10*).

A aquel ecléctico binomio catalizador de pertenencia —el «naces» y el «paces»— hay que añadir el «sientes». Cuento lo que cuente el acta bautismal, Grandmontagne tiene una honda veta vasca, lo que no impide que visite el lugar burgalés de su nacimiento. Tal veta aparece en esta misma correspondencia que editamos, en la apreciación de San Sebastián, en el hecho de que se hubiese casado con una guipuzcoana y hubiese escogido nuestra ciudad para morada, en el hecho de que sus dos hijas fueran donostiaras y, finalmente, en la circunstancia de que tras muchos años de estancia hubiese muerto en nuestra y *su* ciudad el 1 de junio de 1936, un poco antes de la guerra civil.

Es verdad que Burgos ha reclamado con mayor fuerza su pertenencia. Celebró el centenario de su nacimiento, le dedicó una calle en la capital, la Diputación le ha dedicado una monografía escrita por Juan Sierra Gil de la Cuesta, *Francisco Grandmontagne* (Burgos 1983), difícil de adquirir y ver como todos los libros editados por instituciones análogas. Nada parecido puede invocar San Sebastián. A reparar este olvido contribuirán estas páginas. ¿Cómo renunciar a considerarlo nuestro a un hijo de guipuzcoana,

marido de guipuzcoana, padre de donostiarras, que tan largamente vivió en nuestra ciudad y en ella murió?

En 1907, ya de vuelta en España, inició su colaboración en *La Prensa* de Buenos Aires. Al año siguiente lo visitaba en San Sebastián un argentino ilustre, Ricardo Rojas, quien en su *Retablo español* da cuenta de la visita: «Grandmontagne acababa de trasladar su residencia de Buenos Aire a España. Ejercía entonces un verdadero magisterio como publicista, por su estilo recio y sus originales opiniones sobre los problemas de su patria, candentes después de la pérdida de Cuba y la catástrofe colonial. Su experiencia de indiano, su vida austera, su talento lúcido, dieron a Grandmontagne en su patria, cuando a ella volvía, justo prestigio y posición singular. Informaba a Buenos Aires sobre lo español con discernimiento de criollo y escribía en la prensa madrileña con criterio tan nuevo que, desde su llegada, se destacó en la generación del 98 como una de sus figuras eminentes. Conocí en el hogar hospitalario a su esposa, a su suegra y a su linda hija pequeñita... Después del almuerzo pasamos el puente del río Urumea y fuimos a contemplar, fuera de la urbe cosmopolita, algunas viviendas rústicas y limpias, donde los vascos labradores y pastores conservaban sus primitivas virtudes...» (3).

Casi treinta años más tarde, exactamente en 1934, lo evoca en San Sebastián otra gran figura, para mí de inolvidable recuerdo, Isidoro Fagoaga, quien estrechaba la mano de Grandmontagne en el Salón Novedades donostiarra: «Tenía Don Paco —como afablemente le llamaban los donostiarras— un rostro y un atuendo inconfundibles. Sus facciones huesudas, enjutas, cruzadas por unas gafas de ancha montura, su estatura menuda, así como el enorme sombrero de alas bajas y la cañita sin puño ni contera hacían de él una figura familiar y a la vez un tanto exótica en el medio provinciano —interrumpido por pocos meses de bullicio cosmopolita— de la ciudad de San Sebastián.

(3) Lo cita ISIDORO FAGOAGA, *Unamuno a orillas del Bidasoa y otros ensayos*, (San Sebastián 1964) pp. 44-5.

Su palabra tajante y copiosa, muy exacta en la elección de vocablos, era así mismo muy americana en la prosodia, sobre todo cuando contaba cosas de este continente. Como en San Sebastián no había cenáculos literarios y él no quería prescindir de su habitual vida nocturna, frecuentaba la redacción de *El Pueblo Vasco*, donde pasaba largas horas charlando. Allí, junto al director, su amigo Felipe Urcola, esperaba el cierre de la edición y la salida del periódico a la calle. Nunca, pues, se acostaba antes de las cinco o seis de la mañana, cuando no a las siete o las ocho, que era la hora en que sus hijos se levantaban y salían para el colegio. Y esta vida, remedo de su bohemia en tierras del Plata, la llevó hasta que un mal día cayó fulminado por una perforación gástrica (4). Esto escribía Fagoaga en 1963, casi treinta años después de la muerte del amigo.

Claro que estas disputas cuneras o cuneriles sólo tienen lugar cuando el nativo resultó eminente. No habrá escapado al lector que Ricardo Rojas (1907) engloba a Grandmontagne nada menos que con la generación del 98. Hay que decir que Grandmontagne se ganó la estimación de Azorín, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, A. Machado, Maeztu, Unamuno, Rubén Darío. En 1921 se celebró un banquete en homenaje a Grandmontagne en el Mesón del Segoviano, cuyo billete de invitación lo firmaban Azorín, Pérez de Ayala, Enrique de Mesa y Jerónimo Villalva. Juan Valera, Pérez Galdós, Rodolfo N. Luque lo consideraron gran escritor (5). Las cartas que a continuación editamos lo demuestran ampliamente, y es de lamentar no las conociera el autor de la monografía antes citada, Juan Sierra Gil de la Cuesta, e igualmente las ignorara Amalia Lasarte Dishman en un trabajo titulado *Ecos unamunianos en escritores vasco-argentinos*, editado en la revista *Mundaiz. Revista crítica del libro universitario*, n. 32 (1986) 23-34, en el que justamente analiza el eco de la novela de Grandmontagne y de Martiniانو Leguizamón en los escritos de Unamuno. En la co-

(4) *Ib.*, pp. 48-9.

(5) *Ib.*, pp. 45-6.

respondencia que sigue encontraremos explicaciones del propio Grandmontagne sobre su novela y el eco que la obra de Unamuno tenía en el alma del escritor vasco-burgalés.

El lote de cartas (1893-1907)

En la Casa-Museo Miguel de Unamuno de Salamanca se encuentra este importante lote que no llega al medio centenar de cartas dirigidas por Grandmontagne a Unamuno. Curiosamente abarcan un período corto de catorce años. ¿Cómo es posible que se extinga esta relación que produjo epistolario tan abundante y extenso, cuando a ambos amigos les quedaban cerca de treinta años de vida? ¿Cómo pudieron permanecer mudos hasta junio de 1936, en que murió Grandmontagne? Esta correspondencia, extrañamente suspendida, es además unilateral, esto es, procedente de una sola parte. Sería interesante descubrir la otra parte, la de las cartas de Unamuno a Grandmontagne, porque ello nos ofrecería el conjunto de este interesante diálogo entre dos escritores de garra y con muchas cosas que contarse. Mientras llega esa hora, que acaso nunca llegue, no debe esperar más tiempo la edición de las cartas de Francisco Grandmontagne, por su número, calidad, extensión y contenido. Son un terso espejo de las dotes literarias de su autor, fuente de preciosas cofesiones autobiográficas, y espécimen de un tipo de relación amistosa y cultural de gran transcendencia para ambos corresponsales.

La correspondencia parece iniciarse hacia fines del año 1893 por una invitación a colaborar en la revista *La Vasconia*, dirigida a Unamuno. La firman Grandmontagne y José R. de Uriarte. Llevaban colaborando un par de años, mas acabarían rompiendo profundamente en 1901. Durante cinco años las cartas son raras y generalmente reiteran la invitación a colaborar, v. gr., en el Homenaje de la Revista a Trueba (1895), al que contribuyó Unamuno. La amistad parece cuajar en 1895, año en que envían a Unamuno un número especial de la revista dedicado a San Ignacio de

Loyola, en que por los colaboradores se demuestra que el antiespañolismo americano no reza con los vascos. La «rudeza de la sinceridad» de Grandmontagne aparece como cualidad que será ulteriormente confirmada por los hechos. Un Grandmontagne que a veces se refugiaba —y lo dice— bajo el seudónimo «Luis de Jaizquibel»; no de Barbadillo (*Cartas 1-4*).

Tras un año 1896 en blanco, el 1897 es testigo del intercambio de dos libros entre ambos amigos: Unamuno envía el «Paz en la Guerra», Grandmontagne corresponde enviando su «Teodoro Foronda», una «historia de muchos, la mayoría de los indianos que constituyen aquí familia», con pretensiones de novela cosmopolita (*Carta 5*). Al año siguiente cada uno se hace eco de la obra de su amigo. Grandmontagne encuentra «Paz en la Guerra», colosal en elevación mental, excesivamente elevada para el pueblo, admira el bello y profundo talento de Unamuno, que más le parece alemán que español, ha acribillado de acotaciones el ejemplar leído, le escapa de alguna manera su factura novelesca y se tienta mucho la ropa antes de redactar una crítica de la misma. Además le da preciosas aclaraciones sobre su deseo de ser corresponsal literario de algún periódico biendo, «La Maldonada». Grandmontagne, elogiado en su primera novela por Juan Valera y Vecerro de Bengoa, se propone fundar la novela indiano-americana o novela cosmopolita de América. Aunque se defina «zarramplín de la literatura pampera», Grandmontagne comienza a pisar fuerte en el campo literario. También Unamuno se disponía a presentar en España la novela de Grandmontagne y le manifiesta su deseo de ser corresponsal literario de algún periódico argentino. Grandmontagne le habla de La Prensa y La Nación, de las colaboraciones de Cavia, Galdós, Pereda, Valera, y le promete interesarse (*Carta 6*).

La correspondencia se hace más nutrida e interesante

(6) Las reseñas de Unamuno a las dos novelas de Grandmontagne las analiza AMALIA LASARTE DISHMAN, art. cit.

en 1899. Grandmontagne informa a Unamuno sobre historiadores de Argentina, habla con entusiasmo de Rubén Darío a quien conoce, le envía «La Maldonada». El juicio de Unamuno sobre «Teodoro Foronda» en la *Epoca* provoca una larguísima y preciosa carta de Grandmontagne. Reconoce que ha echado a perder un asunto excelente. Recoge elementos reales de la vida, pero la narración tiene fallos. Y previene a Unamuno ante la lectura de «La Maldonada»; quiere que se fije en la figura del Dr. Sonajas, «peligrosa fiera muy abundante en toda América, naturaleza amasada con los últimos vestigios de la sangre indígena y la potente y audaz del inmigrante». Grandmontagne cree que es difícil, desde Europa, comprender ciertos tipos, y estima que Unamuno tiene una falsa idea del gaucho: la figura que exalta Unamuno ya no existe. La invasión de la pampa por las razas europeas ha sido tan violenta desde 1870 que ha ahogado todo aquel elemento bravío del que no quedan sino seres degradados y embrutecidos, los «orilleros». Según Grandmontagne «el alambre ha sido la muerte del gaucho, quiero decir el alambre de los campos, equivalente al seto». El gaucho de pampa adentro es sumiso y servil, sometido a la civilización. Grandmontagne se extiende en finas pinceladas psicológicas sobre vascos y gauchos:

«El vasco es un admirable patrón para esta gente; todos le quieren y reconocen en él una *cantidad de hombre* superior a la suya. Entre pastores, gauchos y vascos, se profesan gran afecto y reina gran armonía, fenómeno curioso, dadas las formas francamente bruscas del vasco y las suaves y maliciosas que distinguen al gaucho. Aumenta el fenómeno si se tiene en cuenta que, a pesar de ser preferido el vasco en los trabajos pastoriles, el gaucho no siente por él esa hostilidad que emana de la envidia, o de la emulación. En el campo se impone la fuerza del vasco montañés, francamente desplegada, y puedo asegurarle, sin que esto sea orgullo de raza ni pequeña pasión regional, que el verdadero rey de la pampa es hoy el vasco».

No menos interesante resulta el largo párrafo dedicado a glosar las relaciones Unamuno-Rubén Darío. El juicio de

Grandmontagne es acerado y certero. Prevé que se van a juntar dos silenciosos, cuyas conversaciones son pretextos para monólogos y que «ya romperán a hablar». Darío está alejado de América y más inmerso en París. Otro autor que emerge con fuerza en esta carta es Ramiro de Maeztu. El nervio de su prosa, la audacia y fuerza de su actitud, despiertan el entusiasmo de Grandmontagne. Entusiasmo que siente igualmente por Unamuno, a quien le anuncia que empieza a triunfar en Buenos Aires. En cambio traza un cuadro muy negro de la sociedad argentina y de su movimiento literario:

«El movimiento literario aquí es casi nulo. La vida material y el espíritu de emulación lo absorbe todo. En la gente medianamente culta y acomodada el ideal es la ópera, en lo que ésta tiene de fastuoso, el zapato de charol y la hembra. Por esta causa he dicho yo en alguna parte que la langosta es favorable a los escritores, pues la gente se siente más dispuesta a meditar cuando se halla en un estado de relativa pobreza que cuando nada en la abundancia. Y aquí somos demasiado ricos, créalo Ud., demasiado ricos mientras los ingleses nos envían a espueñas las esterlinas, confiados en nuestro porvenir de progreso ordenado. El progreso puede que lo vean; pero el orden... Aquí habrá siempre menos orden que en España, que es todo cuanto se puede decir. Calienta aquí el sol más que en Andalucía, se charla tanto y con fuste idéntico al de allí, y en cuanto a espíritu de guapeza ¡boca abajo el Tato, Cúchares y Frascuelo! Esto en lo que toca a españoles y criollos, a criollos hijos de todas castas de padres, pues no será extraño vean ustedes cualquier día algún notable banderillero hijo de inglesa y de paraguayo. El espíritu de guapeza (hablo de Buenos Aires) es aquí, más que tradición española, un fruto espontáneo del suelo. No es tan deshonoroso el ser un ladrón político reconocido o un contrabandista, como el no ser guapo. Y en medio de esta general modalidad, corren otras influencias, a manera de ráfagas, influencias venidas de todas las partes del mundo. Por esta razón el análisis exacto de esta sociedad es tarea difícilísima, pues su confuso estado de larva no ofrece, aparte detalles como el indicado, esas líneas definidas de las viejas sociedades europeas. En medio de esta fritanga de castas y este galimatías de pasiones nativas e importadas de todos los puntos del globo, no hay observador que no se vuelva loco para encerrar en un libro la verdadera

modalidad que consiste en tenerla todas y no tener ninguna. En dos o tres años cambian aquí todas las cosas. Lo condensado ayer en páginas ya no tiene hoy vida palpitante. La nacionalidad definitiva sólo puede estar hoy encerrada en la mente de Dios» (*Cartas* 8-9).

El análisis de Grandmontagne no deja de ser sugestivo a cien años de distancia y en un contexto argentino totalmente distinto, pero heredero del descrito.

En otoño de 1899 dirige Grandmontagne otra extensa carta a Unamuno en la que vierte con franqueza sus conceptos acerca de figuras de la cultura argentina del momento: desfilan uno tras otro Groussac, Soto y Calvo, Joaquín V. González, el novelista Gutiérrez, Ocantos, Díaz Romero. Frente a muchos se muestra acerado, implacable. Salva con brío a Lugones: «El que con más vigor se inicia por aquí es un joven, Leopoldo Lugones, muy victorhuguesco, pero realmente fuerte». Grandmontagne desprecia a la «ronfla de mocosos a quienes nadie hace caso», denuncia la vaciedad e ignorancia de la juventud americana, y considera enfermedad general la «cursilería romántica». Con aire fatalista señala la endebles de las cabezas criollas: «Creo que en América la evidente falta de talentos es cuestión climatológica... La inmensidad territorial y la altura del cielo tienen una influencia aplantante; aquí nadie es capaz de digerir una página de filosofía y a todo el mundo se le atraganta la metafísica seca... América desde que es América no ha tenido un solo pensador ni creo que lo tendrá nunca. Está probado que es raza de seso endeble. La vaciedad del cuarterón es algo que no puede Vd. imaginarse».

La carta prosigue ocupándose de la venta de «Paz en la Guerra» en Buenos Aires, y de vislumbrar influencias de Unamuno en Pérez Galdós y Guimerá. El entusiasmo de Grandmontagne por Unamuno es desbordante, y no obedece a ser amigo o «hermano de raza» (!). Le llama «apaleador» de ídolos. Contrapone la «presunción guerrillera» de los escritores españoles, a la universalidad de los franceses que agrupa a maestros y discípulos (Zola, Daudet, Bourget).

«En España todo el mundo se cree guía, y así anda ello, desguiado todo... Trabaje Vd. mucho, pues en la tierra de guerrilleros ha de reunir ejército: tal es el poder de algunas jefaturas». Confiesa que la gente tiene a Unamuno por seco y duro de forma y le cuesta el paso de la palabrería estentórea a la pura médula. Tienen la cabeza llena de las romanzas de Castelar, de las redondeces de nalga de ninfa que cultiva Valera. En una larga postdata a propósito de la visita de Eduardo Catalá habla de nuevo del inmigrante español, del cerebro castellano y más concretamente del madrileño. «Los castellanos que no sirven para tenderos resultan aquí un fracaso, doblemente si son de ciudad; el madrileño es el peor inmigrante, porque tras no servir absolutamente para nada, jamás llega a identificarse con el ambiente. Además el cerebro castellano tiene algo de las materias grijosas de Pancorvo: es seco, inflexible, carece de movilidad, de comprensión rápida, que es en esta activísima vida cualidad preciosa; por otra parte está lleno de preocupaciones sobre su honor; es quisquilloso, suspicaz, esclavizado a fórmulas vanas, aparatoso en la conversación, lento en la emisión de ideas, castellano, en fin, y esto es lo más anticastellano que Ud. se pueda imaginar» (*Carta 10*). ¿Se siente identificado con Castilla el hijo —ocasional— de Barbadillo?

1900 es el año de la gran cosecha de cartas de Grandmontagne a Unamuno. Una decena, y algunas, muy largas. Se abre la serie con una oferta: la corresponsalía en España del periódico «El País», diario gubernamental de reciente fundación, con el Dr. Pellegrino como *factotum*. Aunque en el periódico figurase como tal Becerro de Ben-goá, todo se arreglaría. Unamuno había de fijar las condiciones, y además mandar un retrato. En la carta hay una inesperada alusión a Florentino Constantino famoso tenor bilbaino, ya conocido en Argentina: hombre dotado de intuición artística, de viveza y despejo para la vida social, mezcla de jabalí vizcaino y guanaco gaucho, que imita ge-

nialmente a los gauchos o a los caciques políticos y cantaba maravillosamente las vidalitas (*Carta 11*).

El 12 de octubre respondía Grandmontagne a cinco cartas atrasadas de Unamuno. Las más diversas noticias y comentarios salpican las muchas páginas de esta larguísima carta: el juicio desfavorable de Grandmontagne sobre Gutiérrez Gamero, alusiones a la obra de teatro unamuniano «La venda», etc... Por la carta sabemos que Unamuno no enviaba artículos para «El País», con gran disgusto de Grandmontagne, quien, en materia de «garbanzos americanos», se prometía pingües ganancias para Unamuno, muy superiores a las que le proporcionaba la colaboración en «La Nación». Grandmontagne había salido entretanto de «El País», por razones económicas e ideológicas, y se le hacía más difícil volver a abogar en favor de la colaboración de Unamuno. En la última carta Unamuno aludía a sus *Tres ensayos*, que causaron honda impresión en Grandmontagne por su fondo y forma, por su «tendencia antipalabrera». Los comentarios de Grandmontagne son interesantes y pertinentes, así como los juicios que emite sobre escritores americanos: Ojeda, Américo Llano, Berisso, Freyre, Zeballos. De nuevo, Groussac y Lugones emergen de la mediocridad en la estimación de Grandmontagne, que añade curiosas valoraciones sobre el célebre Sarmiento. Tales juicios van encaminados a lograr que Unamuno se ocupe en sus artículos solamente de escritores serios, sin alabarlo todo, como D. Juan Valera. Los consejos de Grandmontagne tienen que haber influido en la producción unamuniana, como también en la de Maeztu. Señala temas y pautas para la acción literaria y periodística y ofrece sutiles ideas sobre la influencia francesa y española en Argentina. «Se prefiere lo insustancial francés, con tal que sea curioso... No hay que mendigar la hermandad, sino imponer la paternidad, para lo cual hay que hacerse padre... En realidad, créalo Ud. firmemente, aquí se tiene antipatía a lo español, y para que un español llame la atención, tiene que estar a la altura de Unamuno, de Cajal, de Letamendi, etc... En cambio, es grande la simpatía por lo francés y por los franceses, que

por otra parte los tratan con un desdén olímpico y se ríen de sus republiquititas para las cuales reclaman la música de Offenbach».

La extensa carta nos reserva nuevas sorpresas: juicios adversos a D. Juan Valera y al Azorín de *El Alma castellana*, «mucho título de libro para tan poco contenido». Noticias sobre el fracaso de un viaje a Europa como corresponsal, en el que hubiese gozado sorprendiendo un día a Unamuno, sentándose entre los estudiantes de la Universidad. Grandmontagne dice habersele despertado «los instintos de liebre», esto es, la búsqueda para su final, de la estepa en que nació. La metáfora le lleva a una evocación de su lugar natal y de su padre, el ferrón: «Yo, en lugar de venir aquí a levantar chimeneas como mi pobre padre en España, he venido a hacer literatura, a lo que no viene nadie. El destino será así: mi padre murió bajo las chimeneas que levantó en España (7), y yo moriré bajo la literatura que haga en América. Es la suerte reservada a toda primicia, como decía Zaratustra, que, entre paréntesis, no me parece tan loco como se dice».

Y a propósito de literatura, se explaya de nuevo en análisis del ambiente argentino, «caótico, embrionario, informe», imposible de novelar con módulos de novela costumbrista o popular. Nueva dificultad añade el aislamiento de Argentina «borde del mundo, sin comunicación literaria con las demás repúblicas». «Además, la población es pequeña, aunque deforme, y quizá es esto el mayor mal de este país, cuyo fracaso político y económico es fácil adquiera resonancia univesdal si Inglaterra lo quiere. Figúrese Ud. una cabeza de elefante (Buenos Aires) sobre un cuerpo de tenia; una estructura, en fin, imposible. Las consecuencias de esto son tan múltiples como desastrosas». Singular premonición la de Grandmontagne hace noventa años!

Grandmontagne soñaba con conquistar el público es-

(7) El padre de Grandmontagne, Francisco Javier Grandmontagne Claverí, murió en Barbadillo el 2 de octubre de 1886. Todavía en marzo del año siguiente figura su hijo Francisco en la Matrícula de Barbadillo, art. cit., p. 559.

pañol con novela costumbrista, inmergiéndose en las regiones españolas y viéndolas de un modo original. Dentro de ese posible campo, le tiente un tema: «La novela sobre el pueblo vasco, que no se ha hecho si no es el *Ramonchu* de Loti, me interesa mucho». Se siente con ánimos para emprender nueva aventura con el aval de su pasado y sus condiciones personales sobre las que estampa preciosas confesiones autobiográficas:

«Como ventajas personales para luchar, cuento con conocer todas las situaciones de la vida, desde las más pésimas hasta las más cómodas; una voluntad a prueba de pampas, mucho amor al trabajo y al estudio, 35 años bien vividos, de yunque casi siempre, y un nombre muy largo y hasta bonito que ha despertado gran curiosidad en D. Juan Valera (Dios se lo pague). Contras: un carácter encogidísimo en sociedad; y, por otro lado, fenómeno al parecer, aunque yo creo que no lo es, un temperamento brutal en la polémica, lo que haría algo peligroso para ser pelo tomable. Soy solo, sin obligaciones de ningún género y podría disponer de siete a otro mil pesetas para sostenerme los primeros tiempos. Como los *segundones* en la novela española, me atrevo; pero no sé si los *segundones*, entre sus novelas y artículos, logran vivir. ¿Qué le parece a Ud. todo esto? Pero no, no se toma Ud. el trabajo de discurrir sobre la cosa, porque, probablemente, todo esto no pasará en mí de un ensueño perenne».

La carta concluye con variedad de noticias y expresiones: le interesa conocer las entrañas del anarquismo europeo, envía recuerdos a la guerniquesa —la esposa de Unamuno—, «pampas de besos» a los niños, votos de salud al enfermito —el hijo hidrocefálico de Unamuno—. Pide a éste le escriba con frecuencia, él promete hacerlo y espera con ansiedad sus producciones. Sobre el Unamuno, ya entrañado en su alma, dice cosas muy sabrosas: «Aquí se le tiene a Ud. por pensador más que por poeta; no aciertan a verle más que de perfil. Yo le siento a Ud. poeta aún haciendo lingüística y gustándome infinito lo que da su cabeza, me quedo con lo de su espíritu. Lo primero, lo admiro; lo segundo, lo amo. Siento que es Ud. difícil para llegar al pueblo y que éste no está hoy para subir a Ud. Lo siento porque

no logrará la difusión universal que merece, y siempre habrá una gran masa que dirá: «¡Ah, Unamuno!», pero sin llegar a calarle ni a calarse de Ud. en fin, ya conozco sus ideas en este punto, y lo consolado que está Ud. Ganará su eficacia en intensidad lo que en extensión pierda (*Adentro*, p. 16)». (*Carta 12*).

El unamuniano ferviente que se muestra en esta carta no podía menos de recibir con alborozo la noticia del Rectorado salmantino de su amigo. En un mensaje breve, pero entusiasta y terminado con el vasco *Adiyo* —fórmula donostiarra de despedida— Grandmontagne muestra sus sentimientos ante el éxito del «verdugo de la palabrería», a quien le miran y le suben, el mejor signo de la regeneración nacional (*Carta 13*). A esta jugosa cartita del 24 de octubre de 1900 sigue otra no menos entusiasta acerca del famoso discurso inaugural de Unamuno en el curso 1900-1, repartido en Buenos Aires, reproducido en «El Tiempo», comentado y citado por el diputado D. Alejandro Carbó. Grandmontagne se profesa «admirador entusiasta» y «el discípulo más atento». Al final de ella hay una alusión a una carta del amigo Maeztu «sobre nuestra tierra, sobre el espíritu bilbaino, sobre la invasión jesuítica» (*Carta 15*). El *nuestra*, que aúna a Maeztu con Grandmontagne, subraya una vez más su conciencia de vasco.

El año 1901, a fines de enero, se dispone Grandmontagne a veranear en Mar de Plata. Su «unamunismo» acendrado aflora en su carta del 28 de enero. Había recibido estupor: «Observo en las fotografías que está Ud. viejo, dos retratos del Rector salmantino y no sabe disimular su lleno de canas a los 36 años. Mas es lo esencial estar sano y fresco por dentro y, a juzgar por la apostura, todo denuncia gallardía íntima. El de cuerpo entero, verdadero tipo de chimbo clásico, está pidiendo el impermeable para ir a la mina, a la mina que oculta el filón y la rica veta del nuevo espíritu de esa aplanada España. Yo te saludo, guapo minero».

El «unamunismo» cunde en América, dice Grandmontagne.

ne, y a él le han tomado por el «depositario del unamunismo», pues son muchas las cartas que recibe pidiendo noticias o informes biográficos de Unamuno. A punto de salir para Mar de Plata, Grandmontagne hace una glosa que manifiesta una vez más su vasquismo: «Voy a revivir mi Cantábrico, a que se me «suban a flor de alma, como Ud. dice, los años de verdor». El océano me da la ilusión de la vieja Fuenterrabía; pero el plano paisaje de la tierra me la quita» (*Carta 16*).

En varias cartas de ese año consume muchos párrafos una cuestión económica —pago de colaboraciones de Unamuno— en la que Grandmontagne, ducho en tales menesteres, pone todo su empeño ante trampeos y demoras de una sociedad que califica de tramposa. En las cartas vierte juicios acerca de Uriburu, sobrino del Presidente de la República, o del amigo Navarro Lamarca que se propone visitar a Unamuno en Salamanca. Hay también algún juicio sobre Galdós como dramaturgo y otro muy breve sobre Azorín (Martínez Ruiz) y Gutiérrez Gamero, que nos deja con el deseo de conocer el que en su carta expresara Unamuno: «Me alegro mucho de que esté Ud. de acuerdo con mi opinión sobre Martínez Ruiz y Gamero: son dos *ambizurdos*» (*Cartas 17-19*). La palabra subrayada es, sin duda intencionada, pero no figura en el diccionario, donde sí aparece ambidextro: el que usa indistintamente ambas manos. ¿Qué querrá decir el sutil ambizurdo?

El año 1901 concluía para Grandmontagne con cierta crispación, precisamente a cuenta del célebre discurso de Unamuno en los Juegos Florales de Bilbao: «Su ya célebre gran discurso me ha costado media docena de rabetas de órdago a la grande». Las rabetas fueron precisamente con su consocio de «La Vasconia», el vizcaino Uriarte, a quien describe gráficamente como «tipógrafo de una ignorancia enciclopédica, terco como un alto horno, además es un bizkaitarra de postín, de los que odian a España desde su caída». Las aceradas frases nos describen el trasplante a Buenos Aire de las contiendas políticas encendidas en el País Vasco

por Sabino Arana, a quien en esta misma carta se la llama «el alborotador de Barcelona y de Bilbao». Grandmontagne y Uriarte seguían viviendo juntos, pero no se hablaban desde hacía dos meses: la raíz de su división tras años de colaboración en «La Vasconia», era la actitud diversa ante la cuestión del vascuence tal como la planteara Unamuno. Uriarte, que lo hablaba muy mal como bermeano, no transigía en el asunto. Grandmontagne estaba «en todo de acuerdo» con el discurso de Unamuno. Creía, por experiencia contrastada en Buenos Aires, que la lengua vasca hacía daño al desenvolvimiento del vasco en América —aduce el ejemplo del fracaso de un sindicato inglés que agrupase a vascos—, y entendía que igual efecto producía la lengua en España. Concuerdaba con Unamuno: «Es la nuestra, como Ud. dice, una raza difusiva y el vascuence es completamente aislador, contradicción que llevará indudablemente a la muerte del vascuence». La identificación de Grandmontagne con Unamuno es total: «Tiene Ud. razón: Bilbao bablando vascuence es un fenómeno de necedad: por el lado del comercio se relaciona con el mundo, y por la lengua, que al fin es el vehículo de todo, se encierra en un baúl». La carta es importante e interesante para detectar las ramificaciones del bizkaitarrismo en Argentina, el nacimiento de un sentimiento antiespañol antes desconocido, y la dirección que tomaban las ideas y sus protagonistas. Los ataques a Maetz en «La Vasconia» por obra principalmente de un Jaca, «boticario distinguido y vascófilo con ribetes de filósofo de percalina», que lamentaba el «traspies» dado por Unamuno, mientras un ingeniero suramericano, de apellido Goicoechea apoyaba las tesis unamunianas.

La disconformidad con ciertas tesis sostenidas por «La Vasconia» hicieron a Grandmontagne abandonar su dirección y más tarde todo.

Grandmontagne, además, soñaba con el estreno de una obra teatral suya «El Avión», drama que se desarrollaba en tierras de Vizcaya y Navarra y que iba a estrenar en agosto del año siguiente. Y pensaba triunfar en España. Apuntando a un futuro nuevo que se propone ganar a pulso

hace un recuento de su pasado. Es un extraordinario repaso autobiográfico de este hombre cuya juventud nos era prácticamente desconocida (8), tras su paso a Argentina a los veinte años:

«Hasta la fecha me he salido con la mía en cuanto me he propuesto: y con trabajo, estudio, paciencia, mucha hurga por dentro, una voluntad a prueba de ciclones y algo que Dios ayude, llegaré a mi ideal y a provocar otro cuando alcance éste. No estoy descontento de mí mismo: criado de napolitano, pobres agricultores; pastor luego; segador de alfalfa, gaucho, peón de estación, albañil, fundidor, despachante de aduana, escritor... creo que, evidentemente, he ido ascendiendo. Y no he llorado en mi vida. De sembrador de maíz con los napolitanos, a sembrador de ideas, siempre resignado, en resignación activa, y siempre valiente. *Cai* en el país con tres reales en el bolsillo y sin conocer a nadie: los *parientes colaterales*, al arruinarse y a la vez morirse mi padre, me sacaron de este medio: vine en calidad de carne de inmigración, tirado con 2.000 más sobre la cubierta del Equateur, con pasaje subsidiario. En las costas del Brasil padecí un acceso de locura: me serené y entré en aquel miserable montón de desgraciados y sentí los primeros impulsos de elevación. Trabajé, sudé, sufrí, sangré. ¡Qué resignación me entró y qué valentía infantil! El hombre estará más orgulloso del niño que lo estará el anciano del hombre viril. ¡Bien, *petite Grandmontagne*! Permítame Ud. este saludo a aquel chiquillo que quedó muy atrás. Si Ud. supiera cómo he estudiado lo poco que sé: bajo los carros, al pie del caballo, en los ranchos, entre los alfalfares. Un día galopé 22 leguas y leí el Tratado teológico-político de Spinoza. Otro día, mientras me cargaba el carro de alfalfa, aprendí en Schopenhauer a enriquecerme por dentro, a esperarlo todo de mí. El *Contrato social* lo estudié a raíz de una pelea entre los gauchos; la *Teodicea*, mientras me curaba en un rancho de una descalabradura al rodar el caballo en una *vizcachera* (las toperas de la pampa); a Kant lo conocí en una estación de ferrocarril, y a las horas del almuerzo, donde estaba yo de peón descargando bolsas de harina, bien me acuerdo. La lectura de la historia de España fue para mí un problema econó-

(8) SIERRA Y GIL DE LA CUESTA, o. c., p. 30, había subrayado con razón este aspecto: «Es muy difícil saber de la vida de este hombre, porque ha guardado humildemente silencio de sí mismo». Por ello la página que publicamos es, además de preciosa en fondo y forma, una verdadera joya autobiográfica.

mico enorme. ¡Qué historia! Toda igual: parece hecha a máquina Singer, es como para leída en la pampa. Si, como dice Nietzsche, «los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen», los míos, surgidos a la carrera, debían de ser extraordinarios».

Es una página prodigiosa, la perla de este epistolario (*Carta 20*).

Medio año más tarde —carta del 15 de mayo de 1902— Grandmontagne había roto violentamente con Uriarte y abandonado «La Vasconia». Era una ruptura para siempre; se confiesa «gran odiador». Era exagerado y radical en sentimientos contrarios. «La vida de mi alma carece de matices: todo es en ella fuerte, claro-oscuro». Reconoce una gran frialdad respecto a su familia. La huella de sus carencias afectivas de infancia es indudable. Lo reconoce: «Quizá pienso así, porque no habiendo tenido hogar, lo he idealizado en exceso. En fin, cada uno es como es y yo no me esfuerzo en ser distinto de como hoy. Y me gusto a mí mismo por bueno». Mas la ruptura vino por la escisión dentro del vasquismo americano ante el discurso bilbaino de Unamuno. La actitud de Grandmontagne ante el bizkaitarrismo, original o importado, es sarcástica. Sus observaciones no dejan de tener interés: «La raza es hoy mismo invasora en obras, aunque se manifieste estrecha en palabras. Prediqué, expliqué su discurso, recurriendo a las formas más populares para meterlo en estas cabezas vascas, que son muy inferiores a sus brazos. Si hubiera proporción entre las cabezas y los brazos, serían los vascos los dueños de América».

A esta escisión interna, acompaña en el alma de Grandmontagne otra escisión o distanciamiento creciente del criollismo. La limitación de la vida intelectual, su cansancio de la emigración, el no considerarse americano, el sentir que no le perdonan a un extranjero las cosas fuertes que ha escrito de los nativos, el afán de una lucha más en grande, de conquistar España y conocerla, el hartazgo de tierra llana y la nostalgia de las montañas y el mar, todo le es-

taba empujando a atravesar el charco en dirección opuesta. Se reconocía, al dictado de Unamuno, que no era un sabio, no pretendía ser «arca de conocimientos»; no enviaba las cabezas «marcelinescas» —de Menéndez Pelayo— ni pretendía ser director de biblioteca. Hay algo de anarquista en su espíritu, de rebeldía a toda dirección, de estima de los potros que no se dejaban domar para convertirse en caballos de tiro. Desecha los conocimientos precisos, las teorías demostrables, ama lo semiclaro e indeterminado, prefiere la intuición al conocimiento, le gusta confrontar las ideas con la vida.

Este talante afecta a su religión. Sus confesiones a este respecto son preciosas:

«He leído mucha teología y no me ha quedado nada. Las sombras que no van precedidas de cuerpo, apenas las veo. De mi comprensión de Dios no quiero hablarle, porque yo mismo no me entiendo, y en no entenderme veo a Dios, porque El es superior a toda capacidad humana. Mi Dios es cuestión de corazón, no problema, de mente. Buchner es el cerebro más limitado que yo conozco. No sé si me explicaré diciéndole que yo prescindo, anulo, mejor, mi mentalidad, para entenderme con mi Dios. Mi Dios está de cuello abajo. La cabeza puede negarle si quiere, ella sola, por su cuenta, pero mi yo total cree en él y le ama. La cabeza es impura para recibirle, y además, alojamiento muy estrecho. Las ardientes sutilezas de Malebranche para meter a Dios en formas naturales me parecen pobrecitos juegos de ingenio. Yo necesito una causa de amor más grande que la humanidad y todo lo conocido, y en esa necesidad veo a Dios. Si Dios fuera una cosa clara, personalizada, buscaría otra causa de amor. Mi Dios es un amor extravasado, depurado de todo concepto explicable. Respeto la ocultación de Dios de toda comprensión plástica o positiva, o siquiera clara a la razón. Por esto, toda la teología me parece soberbia intelectual, contraria al misterio, a Dios mismo, rebelión, herejía, qué sé yo. Dios, explicado, se empequeñece. Todos los santos que se forjaron un Dios seguro y claro eran unos seres inferiores, de amor limitado, a lo explicable. De Dios no se debía de hablar nunca: no debía existir el vocablo. El Dios concreto de un hombre no puede ser el Dios de la eternidad y de los mundos. Y el concepto del Universo y de la eternidad, todavía es menos que Dios, porque... Dios sobre todo».

Es una página autobiográfica sublime, en que anticipa la teoría de Wittgenstein. Y que tiene leve complemento en un párrafo final de la carta en que habla de un prólogo de Unamuno a Bunge: «Muy bueno. Sobre todo aquel juicio sobre Nietzsche me pareció admirable. Creo que un negador tan vehemente es de cepa teológica. Hay muchos que creen en Dios, y no hablan con tanto calor de él. Kempis, por ejemplo. De lo que no se cree se habla poco y en frío. Muy notable el juicio. He pensado mucho en él».

Un par de puntos ulteriores ocupa extensos párrafos de esta carta: Por un lado los consejos de Grandmontagne a Unamuno acerca de sus colaboraciones periodísticas en América. Con muy sabrosos argentinismos le induce a no perder el tiempo ocupándose de autores sin relieve (Ghiraldo, Saavedra, Ugarte, Soto y Calvo, etc. Por elogiar a todos, nadie creía ya en Juan Valera y su crítica. El *macaneo corrido* es expresión elocuente. También es jugosa la alusión al influjo de Ramón de Basterra en Ghiraldo: «Le metió en eso del anarquismo Basterra, un chico bilbaino, que es, espiritualmente, un verdadero apóstol, aunque corto de meollo, anarquista de buena fe, muy simpático, lleno de fiebre, muy trabajador por su causa, un huelguista eterno y bastante ilustrado». El otro punto es el del estreno de *El Avión* en España. Respecto a su intencionalidad el autor es al menos claro: «La obra versa sobre el catolicismo militante español. En resumen es esto: la revolución industrial del norte de España y, en general, del mundo, frente al carlismo clerical». La obra tenía reminiscencias de infancia —partidas carlistas de 1872— y atacaba al caciquismo político de la Iglesia. Hay una alusión indirecta a Barbadillo: «La evolución de las ferrerías me ha salido muy bien. He nacido en eso y creo que mis ferrones tienen gran relieve». Grandmontagne achaca al teatro español la falta de contacto con la realidad: «no ven su pueblo». El está esperanzado con su drama y sueña con que su porvenir está en el teatro: cuenta para ello con su facilidad par el diálogo, con calor en la expresión y con «viveza titiritera» (*Carta 22*).

Un año entero transcurre hasta la siguiente carta, escrita desde Mar de Plata el 26 de marzo de 1903 y en días de descanso. Grandmontagne se explaya hablándole a Unamuno de los libros que ya conoce: *Amor y Pedagogía*, leído en una noche a bordo de un barco viajando a Montevideo. Encontraba la obra original, pero no se quedaba cartito añadiéndole nuevas propuestas originales. Puesto a formular un programa de instrucción pública, dice lo reduciría a tres cosas: cuatro lecturas de la Biblia, cazar una liebre y domar un caballo. Tras esto podían iniciar una carrera. Los que no se atrevieran a ello, podían decir con una liebre en la mano o un potro sofrenado que eran dueños de su vida. Grandmontagne es mordaz con la «palabrería miserable» de los programas de enseñanza y con los afanes de instrucción por decreto. Las consideraciones de Grandmontagne sobre la experiencia de padre y de hijo, acerca de la familia, el amor, la mujer, son sumamente curiosas. De la obra unamuniana *En torno al casticismo* dice haberle hecho gran efecto por la arquitectura de su prosa y la califica de lo mejor producido por Unamuno. La obra *Paisajes*, y en ella las páginas dedicadas a Brianzuelo de la Sierra, trajeron a Grandmontagne recuerdos de infancia burgalesa: «Ha despertado en mí emoción profunda, recordando cómo mi padre alborotó con su ingenio industrial una aldea castellana sumida en auténtica quietud. ¡Si viera usted la guerra sorda surgida entre el pastor y el ferrón! Mi padre tenía un desprecio olímpico hacia el ganadero trashumante y le inspiraba repugnancia el pastor. Transformó por completo la comarca». Como corolario a estos comentarios, Grandmontagne pregunta: «¿Por qué no tiene Ud. discípulos? ¿Es que no ven la liebre, o que no tienen piernas para seguirla? ¿O es que prefieren, a ser galgo hermoso de una jauría con piel propia, ser gozquecillos de piernas tullidas y tenue ladrido?».

La carta concluye con dos noticias: la esperanza de que *El Avión* se estrene en España, y la nueva de que dentro de pocos meses venía a España como corresponsal de «La Nación» para estudiar la evolución del pueblo, cuestión so-

cialista, huelgas, etc. (*Carta 23*). De hecho el 10 de junio escribiré a Unamuno ya desde Biarritz, anunciándole la corresponsalía de «La Prensa», en sustitución de Núñez de Arce (*Carta 24*).

Grandmontagne iniciaba una nueva etapa en su vida. Encargado por «La Prensa» de obtener colaboración de dos escritores de nota, anima a Unamuno a ser uno de ellos. El preparaba dos conferencias para Bilbao, una para Zaragoza y una cuarta para Barcelona. Pensaba meterse con el problema catalanista y denuncia la cobardía española en los escritores. Amante de la sinceridad, la vida le había enseñado a soportar las contrariedades: «Donde más noto la cobardía española es en los escritores. La vida a peseta da poco brío. Pero yo (perdone Ud. la baladronada) me las he visto muchas veces con el hambre, y señal que la he vencido es que vivo. No me asusta descender de Biarritz a pan, patatas y catre. Yo no soy más feliz que siendo sincero. En Barcelona se han de tragar la demostración de que el ejército español es el único exportador que han tenido. Y guárdese Ud. el secreto de esta intención». Grandmontagne era un gallo de pelea y hombre verdaderamente independiente. Sabemos que estaba ya en San Sebastián, concretamente en la calle de Elcano 1. Estaba contento más del paisaje que del paisanaje, aunque no deja de exaltar a Francia como «cátedra del vivir»: «Pasado mañana volveré a San Sebastián, de cuya población y paisaje estoy encantado, más de éste que de aquélla, pues falta allí todo lo que un hombre de gusto y algo vicioso necesita. Cantidad de vida, no tiempo, de vida. El tiempo por sí sólo, no tiene contenido alguno. Francia es la cátedra universal de enseñar a vivir. Aquí están los dos cabos de toda la línea de la libertad, Combes y la Otero. No sé si línea y libertad se avienen: pero no tengo tiempo para dar con otra forma de expresión más precisa» (*Carta 24*).

El año 1904 va a ser especialmente rico en correspondencia con Unamuno. Por carta del 28 de febrero —entonces vivía ya en la donostiarra calle Mayor n. 16— sabemos

que trabajaba a tope para su corresponsalía de *La Prensa*. Desde Madrid había enviado 25 correspondencias, escritas casi de una sentada, sobre el estado social, político y administrativo de España. Por la misma carta sabemos que Unamuno colaboraba ya en *La Prensa* y que las conferencias agrias de Grandmontagne produjeron diversos incidentes. La áspera sinceridad de Grandmontagne, antes aplicada al ambiente argentino, ahora se aplica con toda su crudeza a lo que cree descubrir en España. Sus juicios son implacables y nos desvelan una España tal como aparece a los ojos de un observador, tan lleno de curiosidad como de sinceridad. Nada ni nadie se salva en aquella España de la restauración de la lanceta de Grandmontagne:

¿Mis impresiones de España? No puede ser peores. He visitado lo más adelantado y me parece atrasadísimo. Aquí los fuertes no son los catalanes, sino el resto de los españoles que los mantienen, cobrando en desprecio su propia filantropía. Me parece la más grande de las leyendas eso de la energía catalana. Su estado industrial es deplorable. Se han enriquecido con el arancel español, y en lugar de aplicar las utilidades en mejorar los medios de producción desterrando los batanes de sus abuelos, las han empleado en piedras, en chalets y castillitos que acusa el espíritu condal de la ciudad. El Cid vive en todas las azoteas de Barcelona... Ni una sola empresa de urbanización ha sido emprendida por el capital catalán. Allí todo es belga, inglés, alemán y francés. El *Fomento*, sociedad en cierto modo asesora de los Gobiernos en materia económica, sólo se ocupa de conseguir monopolios. No sé si conoce Ud. mi conferencia de Barcelona, que Altamira ha defendido con calor en Buenos Aires, lo cual le agradezco muchísimo, pues no tengo con él ninguna clase de relación. Lo que allí dije les escoció de una manera brutal, y por este escozor deduzco que tuve razón. La fuerza catalana es la firfa mayor que padece España.

El negocio de la exportación no puede interesar aquí mientras el proteccionismo dé a las industrias, embrionarias y torpes, un 33%, como ocurre con los Altos Hornos. El proteccionismo no es aquí una teoría económica, sino un foco de corrupción política. Con decirle a Ud. que durante el curso económico, el ministro puede alterar los aforos, está dicho todo. En suma, España me parece un pueblo absolutamente zoquete explotado por doscientos individuos en medio de mucho ruido

parlamentario para distraer a los otros doscientos que se están *ilustrando* para llamarse a parte.

No hay espíritu nacional de ningún género. No hay idealismo patriótico. No hay probidad, ni arriba, ni abajo, ni en el medio. No hay siquiera un vislumbre de nueva orientación. No hay cultura gubernamental. No hay cohesión social, ni intelectual, ni política. No hay armonía interna. No hay plan alguno en política internacional. No hay pueblo, sino una sociedad disuelta. No hay teorías económicas, ni buenas ni malas. No hay garantía de la moneda fiduciaria. No hay mercado de oro nacional para garantizar la moneda falsa circulante... No hay un solo hombre de prestigio. No hay un solo caudillo rural que pueda mover a la gente del campo frente a la acción corruptora de los centros urbanos. No hay disciplina de ningún género, en ninguna esfera de la vida. No hay religión, ni tampoco antirreligiosos. Ni hay periodismo nacional. No hay enseñanza. No hay nada absolutamente nada. No hay más que un pueblo brutalmente inculto, deshecho y podrido. Esta es mi impresión y mi mayor desconsuelo».

Es una página antológica de la desesperación. En medio de tanta desolación, le atrae San Sebastián. «De todo cuanto conozco, lo único que me gusta mucho es San Sebastián. Mi ideal es retirarme a vivir allí, a soñar entre aquellos cerros» (*Carta 27*).

A últimos de mayo Grandmontagne pasaba por Lisboa y de vuelta se proponía encontrarse con Unamuno en Salamanca (*Carta 28*). Su carta del 12 de junio, con recuerdos al salmantino Pinillas, hace pensar que cumplió su deseo. Su admiración por Unamuno alcanza cotas muy altas, así como su afán de hacerle triunfar en América. Precisamente por ello Grandmontagne tiene ya confianza como para rogarle a Unamuno que «peine» algunas cuartillas que le ha mandado para *La Prensa* bonaerense. Su situación personal parece atravesar un momento de crisis, agravada por la lectura de Nietzsche. «Sobre todo *Aurora* y la *Genealogía de la moral* me han hecho un daño horrible. Agregue Ud. que la evocación de mi infancia es algo tan brutalmente amargo que, en realidad, no sé dónde refugiarme. Más: el desarraigo: soy un judío sin judería. Y sobre todo esto una propensión a la melancolía que empieza a asustarme. Refu-

giarse en sí mismo? ¡Ay!, ¡ay! Es poco uno mismo para uno mismo» (*Carta 29*).

Por una carta escrita en Madrid el 2 de julio de 1904 sabemos que se proponía pasar el verano en San Sebastián. Venía con él Ramiro de Maeztu. Acaso había pasado por Salamanca y mandado a *La Prensa* tres cartas o artículos sobre la ciudad del Tormes, titulados «Salamanca en exámenes», «Las santas piedras de Salamanca» y «Lo que dice Unamuno». La situación anímica de Grandmontagne sigue dominada por el pesimismo y nos desvela su entraña: «Yo no he tenido nunca una idea tan triste de la vida como frente a las cosas y las gentes de España. Y se apodera de mí una tristeza infinita al pensar que nunca podré amar esto que levanta ahogadora náusea en mi espíritu. Y, sin sociedad en quien poner amor, soy hombre perdido: sólo este interés me da felicidad y ánimo y vigor. El vacío de mi vida individual sólo se llena con un fuerte interés por la vida colectiva. Las «ultratumberías», como Ud. dice, me dan miedo. En esta esfera del pensamiento todo me impresiona de un modo superior a la voluntad con que cuento para contener la impresión. En cuanto pongo intensidad de pensamiento en ello, noto extravío y me aterrorizo. Creo que son unos canallas todos los que han escrito sendos tomos de teología o de mística sin haber acabado en el manicomio o en esqueletos vivos. No han sentido esas cosas (¿serán cosas?) como las siento yo, con verdadero pánico» (*Carta 30*).

En octubre de 1904 Grandmontagne escribe a Unamuno una carta con membrete del Gran Casino de San Sebastián. En ella comenta el artículo de Unamuno «Almas de jóvenes», aparecido en la revista *Nuestro Tiempo*, de Madrid, 4 (1904) 252-62 y en el que hacía públicas dos cartas recibidas de José Ortega y Gasset (9). La crispación de Grand-

(9) La carta de Ortega y Gasset, recogida por Unamuno en su artículo «Almas jóvenes», hoy inserta en *Obras completas. Ensayos*, III, 476-8, la reedita LAUREANO ROBLES en su libro *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, edi-

montagne contra el ambiente español y sus lacras se concentra en este caso en Ortega Munilla y Ortega y Gasset, padre e hijo, símbolos para él de un estilo poco estimulante socialmente. Grandmontagne censura acremente los males del país y se muestra completamente desalentado.

«He leído en el número de *Nuestro Tiempo* correspondiente a Mayo un artículo en que transcribe Ud. las cartas del hijo de Ortega Munilla, un «vivo» de corte metafísico, como su padre lo es de corte social. Nos tiene a Maeztu y a mí por malos estrategas. Es natural. Todo el que dé en España un grito de ánimo, de dolor o de protesta, será tenido por mal estratega, porque aquí todo se mata a la chita callando, y el fraguar conventual es hábito de toda la raza. En una sociedad de cotarrillos en sorda epilepsia, ni Maeztu ni yo podemos ser buenos estrategas. Este país es un grave vejestorio que odia a la juventud. Tiene la compostura del pollino aparejado. Y yo, siendo burro igualmente, prefiero serlo desaparejado, dando respingos en la era. Pero impera el pollinismo grave. Ya puede Ud. escribir cosas magistrales sobre enseñanza. Mientras no se pasee Ud. durante 15 años por la carrera de San Jerónimo, enfundado en una levita cruzada, no será Ud. ministro de Instrucción pública. La ciencia está en la gravedad de la levita, en eso que llama estrategia, el hijo de Ortega. Sí, amigo. En este pobre país, pobre hasta en gritos, porque no hay salud física para darlos, toda voz libre, animosa, franca, brotada del primer movimiento espiritual, tiene que resultar destemplada y espantable. Yo dije que en América había «vivos». ¡Aquí, aquí sí que los hay! Y existe un tipo único, el memo-vivo, el que quiere ser listo y es un animal.

No crea Ud. que estoy indignado. He perdido el interés por todo esto. Y sólo me preocupa mantener mi puesto en América y acentuar allí mi modesta personalidad. Después de las *Cartas de Salamanca* que supongo habrá Ud. visto, sólo he mandado trabajos de índole pintoresca, a la francesa... ¡y

ciones El Arquero, Madrid 1987; el párrafo a que alude Grandmontagne en su carta es el siguiente: «A Maeztu hace mucho que no le veo; me dicen que está de *montreur d'ours*, paseando a Grandmontagne. Este hombre, que acaso tenga buena fe y tanta honradez anímica como Ramiro, me parece el peor *estratega*, si no existiera Maeztu. Y la que va de crítica y valoración psicológica, diré a usted que tengo a Ramiro como el hombre más bueno, más de primer movimiento, más sincero, más *niño*, en fin, con menos retroideas de cuantos andan con la pluma en la mano. Ama las cosas tan fuertemente, con tanta inocencia, con tal ardor y olvido de sí mismo y de los demás, con tal desprecio del ridículo, que las estropea, las rompe y las hiera en la matriz». O. c., p. 35.

viva la Pepa!... de Richepin. Yo he soñado también con todas esas ideas que suele Ud. dirigir a la juventud. He tenido el propósito de reunir a los jóvenes, hablarles de una gran conquista espiritual sobre 30 millones de seres que hablan español, tratar, en la medida de mis fuerzas, de extender la acción de cada uno de estos jóvenes, enterarles de lo que convenía hacer, hasta en aquello relativo a una mayor utilidad que les diera mayor desahogo en la vida real. En fin, un vasto plan, bueno o malo, pero lleno de buena voluntad. Mas todo este buen deseo se ha desplomado al conocer a los jóvenes. Son incapaces de cohesión. Y, por lo tanto, me quedo solito con mi mundo, alejado de toda comunión espiritual y hasta social. Y acechando el momento de alargar esta lejanía con un trasplante definitivo. El país del amor frenético, de la pasión, etc., calienta poco. La mayor «trola» no era la belicosa, era la espiritual. Por lo demás, lamento que el joven Ortega Munilla, a quien no he de negar inteligencia y ese *acaso* de buena intención que él me atribuye, confunda la estrategia con la camandulería. No me parece *El Imparcial* escuela de estrategias, ni siquiera de camanduleros, pues su director, el padre del que me tiene por un oso de feria, es un pobre hombre cuya vida se parece a la de una tortuga en un barrizal. Y es que en un medio de listos, el que lo es más está muy mal reputado. No haré el favor a su hijo de responder a su grosería. Este oso duerme bien, aunque se le posen encima todas las moscas del estercolero que pululan por *El Imparcial*. No quiero, amigo Unamuno, ser buen estratega en España, porque eso que se llama aquí ser buen estratega repugna a mi espíritu y a mi carácter. De todas las armas que existen, el anzuelo me parece la de peor índole, la que acusa mayor perversidad. El aragonés se presenta aquí como símbolo de españolismo por su claridad y franqueza. Ahí tiene Ud. otra patraña, otra «trola», otra mentira. Se estima el carácter aragonés por ser excepcional. Si fuera condición general, del espíritu español, no tendría ese relieve. Yo no quiero ser estratega en un ambiente de zapa. La tragedia universal me espanta menos que la tragedia de las cuevas. Y basta de lata. En España vivo, pero, en realidad, en otros mundos y en otras cosas. Mi propia vida me ha llegado a dar capacidad de aislamiento. Y soy feliz, a pesar de su creencia al suponerme un espíritu entristecido» (Carta 31).

Grandmontagne es un noventayochista, aún por su vehemencia a Unamuno y Maeztu, y dominado por un pesi-

mismo fundamental, fruto de un realismo descarnado. Una nueva muestra de ello la encontramos en la carta de diciembre del mismo año en que informa extensamente a Unamuno sobre la personalidad del Dr. Cobos, médico español que ejercía en Argentina y se empeñaba en la creación de una Universidad ibero-americana. Al margen del juicio desfavorable que da sobre la persona de Cobos, Grandmontagne plantea crudamente las posibilidades de una tal Universidad. Habla por su pluma la voz de la sensatez, aunque profiera verdades amargas:

«Es inútil soñar con que vendrán aquí jóvenes americanos, mientras España no tenga en el mundo *cartel de cultura*. Y aún así, sería difícil, porque los americanos, a la vez que perfeccionan sus estudios, quieren aprender otro idioma. Sobre toda ilusión quijotesca debe ponerse esa ilusión de Salamanca que supone vayan ahí los jóvenes americanos. ¿Hay algún profesor tan inocente que crea pueda aclimatarse un joven de Buenos Aires a la vida de esa ciudad? ¿Creen que allí, en América, suponen que la superioridad científica de Salamanca sobre Francia, Italia y Alemania, podría hacerles soportable la estancia en una ciudad muerta? ¿Creen que los españoles ricos y mucho menos los americanos van a entregar la educación científica de sus hijos a unos profesores que acaban de comulgar trayendo una especie de obligación moral para sostener el dogma de la Inmaculada? ¿Creen que las Universidades de Buenos Aires, donde no se estudian textos españoles, son inferiores a la Universidades de Salamanca? ¿Creen, por fin, que España se halla en condiciones de imponer su cultura a América? Los americanos, por otra parte, sólo en muy pequeño número estudian en Europa. Lo que hacen es venir a perfeccionar sus estudios, una vez terminada la carrera: especialmente los médicos. ¿Cree Ud. que vendrán a perfeccionar a Salamanca lo que han aprendido en Buenos Aires, donde ya tienen (cosa que no hay en toda España) hasta laboratorio especial para los estudios de psicología experimental? Wunt (*sic*), Haeckel, Wirchow y todos los maestros italianos y franceses en esta materia novísima tienen más discípulos en América que en España».

El proyecto de Universidad Ibero-Americana lo consideraba Grandmontagne «absurdo y fantástico». Además, la propia España daba el peor ejemplo. El contacto de Grand-

montagne con el diputado salmantino Duque de Tamames le produjo nueva decepción: los hijos del diputado no estudiaban en Salamanca, sino que ellos eran ingenieros ingleses y ellas maestras por París:

«Si el diputado por Salamanca envía a sus hijos al extranjero ¿cómo quieren los salmantinos que los americanos envíen los suyos a Salamanca? El duque de Tamames me hizo el favor de darme la lista de jóvenes de la nobleza que se educan en el extranjero: la tal lista es enorme. En cuanto a los hijos de políticos españoles, todos están en Alemania, Inglaterra y Francia. ¿Cómo se ha de pretender que vengan a España los americanos?» (Carta 34).

Todavía en 1905 nos quedan algunas cartas de Grandmontagne a Unamuno. En una de ellas, de febrero, inicia el movimiento de protesta por la candidatura de D. José Echegaray para el Premio Nobel (10). Quería contar con el apoyo de Unamuno, de Maeztu y de Rubén Darío. Sabemos que en mayo estuvo en Toulouse. En noviembre se disponía a hacer un viaje a Niza, Montecarlo e Italia: era su viaje de boda, celebrada en el palacio de la novia, la Srta. Echeverría. El gran rebelde quedaba con ello anclado en San Sebastián. Su última carta conservada en el archivo Unamuno es del 15 de junio de 1907. Se ocupa de pequeñas cosas, tras haber pasado una temporada en Pau y Tarbes. Parece estar a gusto en San Sebastián y no quiere ir a Bilbao:

«Apenas salgo de casa. Y cuando salgo, ando solo por estas carreteras y montes. El paisaje es agradable y prescindo del paisanaje, por si no lo es. De modo que, siendo este paisape como Ud. me dice, no me molesta. Los demás sólo molestan cuando en ellos o por ellos se pone algún interés, o cuando se depende de ellos, que es el peor caso. El sport y la observación, que acaba por hacer desgraciados a los filósofos, es otra de las molestias que puede ocasionarnos el paisanaje. Para evitarlo, contemplo los robles y el mar, hasta que me gana la

(10) Es sabido que el Nobel de Echegaray suscitó algunas protestas en España. En España, 19-II-1905 apareció «La protesta» por Azorín y en la numerosa lista de firmantes aparece en primer lugar Miguel de Unamuno.

modorra, que no es tan perpetua como yo quisiera. No hago nada fuera de la información a *La Prensa*, en puro tono periodístico. Atina Ud. al suponer que no deseo ir a Bilbao. No creo que Bilbao sea la futura conciencia de Vasconia. Bilbao no pasa de ser el primer consumidor de pimientos de Calahorra y bacalao de Escocia. Confío más en Soria, mientras no conozco Soria y uno permanezca siempre en este desconocimiento» (*Cartas* 36-42).

Es una última pincelada del hombre escéptico radical, ya bienestante y conformista y resignado.

* * *

Le quedaban aún casi treinta años hasta su muerte, años en los que extrañamente se suspende toda correspondencia con Unamuno, aunque tal hecho obliga a preguntarse por su explicación (11). Es pregunta sin respuesta, por el momento.

Grandmontagne se acreditó como gran periodista, colaborando en *La Prensa* de Buenos Aires y en *El Sol* de Madrid. Una muestra de sus excelentes colaboraciones la tenemos en el volumen de la colección «Ensayistas Hispánicos» editado por Aguilar, *Francisco Grandmontagne. Páginas escogidas* (1920-1935), (Madrid 1966), con sabroso prólogo de Ricardo Sáenz-Hayes, de la Academia Argentina de Letras. En él se recopilan estupendos artículos de Grandmontagne, preferentemente de los años 1924-28; varios de ellos de temática vasca, como 'Hernani y su nombre', 'Victor Hugo y los Vascos', 'Los aizkolaris', 'Vascos de dos clases', 'Chistularis y espatadanzaris', 'Los Loyola en América', 'Un conquistador laico' (Domingo de Irala), etc... En estos años publicaría *Galicia y Navarra. Paisaje de España* (Bue-

(11) Algún distanciamiento se registra en 1923, bajo la dictadura de Primo de Rivera. En un artículo publicado en la revista *Nosotros*, Unamuno atacó a *El Sol* y sus colaboradores (Maeztu y Grandmontagne), llamándoles «esclavos y asistentes del Directorio». Cr. VICENTE MARRERO, *Maeztu*, (Madrid 1955) p. 467. La réplica de Maeztu a Unamuno «Palos de ciego» se publicó en *El Sol*, 24-VIII-1924.

nos Aires 1922), *Origen del progreso argentino. Una gran potencia en esbozo* (Madrid 1928). En 1933 Aguilar editaría también su última obra *Los emigrantes prósperos* (Madrid 1933). En algún modo podríamos definir su literatura como descomprometida, justamente en los años en que Unamuno pagaba su compromiso con el destierro.

El silencio mutuo es sorprendente.

Frente a ese largo silencio inexplicado, conformémosnos con el colmado de esta rica correspondencia, hasta hoy escondida, en la que se perciben los ecos de Unamuno y la voz potente de un espíritu inquieto y afín, nacido ocasionalmente en Burgos, vasco por dos costados —de sangre— y por más vetas secretas de espíritu, que vivió durante treinta años en San Sebastián, ciudad por él amada más en su paisaje que en su paisanaje y en la que murió el 1 de junio de 1936 (12). Un hombre probado por la vida, y un escritor de garra, considerado en su época y luego tristemente olvidado.

Sus cartas, dotadas de la «rudeza de mi sinceridad», de que hacía gala el autor (*Carta 6*), denotan un escritor de alta calidad, aunque él se llamase «zarramplín de la literatura pampera» (*Carta 7*). Contienen preciosas revelaciones sobre su vida. Por ellas sabemos que Unamuno deseó escribir en la Prensa argentina (*Carta 7*) y Grandmontagne le facilitó la empresa y le orientó más tarde ampliamente. Finalmente, sus cartas constituyen un documento —subjetivo, ciertamente— sobre la vida argentina: sobre la sociedad y sobre la intelectualidad y sobre los valores literarios. Grandmontagne fue, al menos parcialmente, un filtro interpuesto entre el país americano y el escritor bilbaino. Seguir el eco de Grandmontagne en la vasta producción unamuniana sobre América (Argentina, en el caso) desborda las pretensiones de este trabajo, cuya finalidad principal ha sido dar a conocer unas cartas que merecen a todas luces el honor de la edición.

(12) Ver p. 171.

HA MUERTO EL ILUSTRE PUBLICISTA D. FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Hace pocos días publicábamos la noticia de que don Francisco Grandmontagne había ingresado en una clínica, siendo sometido con urgencia a una operación quirúrgica.

Su estado parecía alejar todo peligro. Pero no ha sido así. Ayer nos sorprendió la triste nueva: don Francisco había cerrado sus ojos para siempre a las tres de la tarde.

Es indudable que hemos perdido a un gran escritor, uno de los más ilustres publicistas, de vastísima cultura, de una documentación extraordinaria en todo tema que trazara su pluma, tema particularmente periodístico, ya que su vocación fue siempre la del periodismo, apartándose en su producción del libro, en el que, no obstante, obtuvo éxitos muy lisonjeros, suficientes para encauzar un propósito.

«La Prensa» y «Caras y Caretas», de Buenos Aires, y «El Imparcial» y «El Sol», de España, fueron las columnas que con más asiduidad recogieron la labor literaria y esencialmente periodística de Grandmontagne. En todos estos trabajos, su prosa pulcra, de fibra, dejaba huellas de su peculiar estilo, en el que el fondo tan sabiamente se hermana con la amenidad.

Esta es la obra más profusa que deja al morir el ilustre publicista: sus magníficos folletones aparecidos en esa parte de la prensa a que nos hemos referido. Una amplia y elevada labor de ensayista, que supera a sus producciones de editorial.

En nuestra ciudad, donde estaba unido a familias de tanto aprecio, su muerte ha causado sincero sentimiento. Y éste se pondrá de manifiesto en los actos que en su memoria han dispuesto sus familiares. Los funerales se celebrarán a las once de la mañana en la parroquia del Buen Pastor, y, a continuación, se verificará la conducción del cadáver a su última morada en el cementerio de Polloe.

A sus atribulados hijos, hijo político don José Bago y demás familiares, expresamos la profunda condolencia que esta muerte nos ha producido.

: : :

Ha muerto D. Francisco Grandmontagne a los sesenta y nueve años. Nació en Barbadillo de los Herreros (Burgos) el primero de octubre de 1866.

Sus primeras letras las estudió en Fuenterrabía, emigrando muy joven a la República Argentina, donde se formó en su vocación periodística. Allí fundó la revista «La Vasconia» (hoy, «La Baskonia») en unión de un hábil tipógrafo vizcaíno, José R. de Uriarte. Esta revista, dedicada a la colonia vascongada de la República Argentina, la dirigió durante nueve años.

Fué allí donde publicó su primer libro, una novela titulada «Teodoro Foronda». Es la historia de un español que llega muchacho a la tierra del oro y del agio, logrando encumbrarse a la opulencia.

Alcanzó extraordinario éxito.

«La Nación», de Buenos Aires, presentó al autor al mundo intelectual americano, señalándolo como el fundador de la novela de la emigración y de las evoluciones de la sociedad de la América del Sur.

Después escribió otra novela, «La Maldonada», que trata de la agresividad de las costumbres políticas americanas, y un libro titulado «Vivos, tilingos y locos lindos».

Unamuno publicó un estudio sobre esta obra en «La Lectura», de Madrid, diciendo que era lo mejor que Grandmontagne había escrito.

Durante su estancia en la capital argentina Grandmontagne colaboró en «La Nación», «El País», «El Tiempo», «Caras y Caretas» y en otras publicaciones.

En 1902 regresó a España, por haber sido nombrado corresponsal de «La Prensa», de Buenos Aires, para el que escribió numerosas cartas sobre la situación general de nuestra patria, y, posteriormente, dió varias conferencias de carácter económico, que fueron muy comentadas.

En 1921, por iniciativa de «Azorín», fué obsequiado con un banquete por la intelectualidad madrileña.

Varias empresas editoras están recogiendo en la actualidad algunos de los artículos de mayor importancia y trascendencia de Grandmontagne para editar la colección de sus obras completas.

Desde 1921, excepto algunos viajes a América y al extranjero, vivió en San Sebastián, donde continuó la colaboración para América y para periódicos españoles.

Su último libro, «Los inmigrantes prósperos», fue muy bien acogido por crítica y público.

ASOCIACION DE LA PRENSA DE SAN SEBASTIAN

(*La Voz de Guipúzcoa*. 2 junio 1936).



22 Noviembre 1893

Dr. D. Miguel Unamuno
Bilbao

Muy Sr. nuestro y distinguido compatriota
vinciamos: Por este mismo correo tenemos
el grato placer de remitirle los primeros
números de "La Vasconia", humilde pu-
blicación destinada a recordarnos en estas
apartadas pampas a nuestra Luskana, mas
querida si cabe, cuanto mas distante.

Escuriamos decirle que sus columnas
están en absoluto a su completa disposi-
ción, así como lo mucho que agradeceríamos
a V. se dignase honrarlas con su vasta ilus-
tración y poderoso ingenio.

Esperando quiera disculpar estas
libertades en atención a las causas que las
producen, tenemos el grato placer de salu-
darlo y ofrecerle la inutilidad de estos
nuestros apuros. S. P.

Grandmontagne
ex: Grandmontagne

José Q. de Uriarte

1. Invitación a Unamuno para colaborar en «La Vasconia», firmada por Grandmontagne y Uriarte.



ADMINISTRACION:
MÉJICO 524, Buenos Aires
Coop. Telefónica N.º 304

Jun 18/94

M. D. Miguel Kravunno
Salamanca

Distinguido Comprovinciano:

Hecho recibo de su grata
No hemos podido obtener bien
esperar nuestra su artículo sobre
Martin Fierro pues la persona
a cuyo poder ha llegado no lo
quiere proporcionar: idéntica cosa
nos sucede con su retrato: sin
admitir disculpas esperamos sea
tan amable y quiera remitirnoslo
a vuelta de correo. Se vió el al-
gunos números de "La Vasconia" y tiempo
al gusto de decirle que porgoera como
nunca nos hubieramos supuesto.

En espera del retrato y de su inter-
esante elaboración, ordeno cuanto
guste a su agr. S. L. G. B. S. M. N.

Grandmontagne
de Otaegui

2. Carta firmada por Grandmontagne de Otaegui, quien llama a Unamuno «comprovinciano».



La Vascona

REVISTA ILUSTRADA EUSKARO-AMERICANA

Administración: Calle MEJICO 524

Cooperativa Telefónica 506

Buenos Aires, 189

establece círculos más felices
que los casos de la misma
bancal. Siempre he supuesto
muchos más duraderos que sim-
plemente otros, el afecto conjugado
con el corazón y la men-
te.

Muy de veras, deseo que
no se ausente de las columnas
de nuestra humilde Vascona.

Deseo que no sea humilde, y
a la realización de este deseo,
puedan contribuir poderosamente
sus producciones.

Disponga con entera libe-
rtad de este su afano y trabajo
y reciba en recuerdo de todos los
de la casa.

Francisco Grandmontagne.

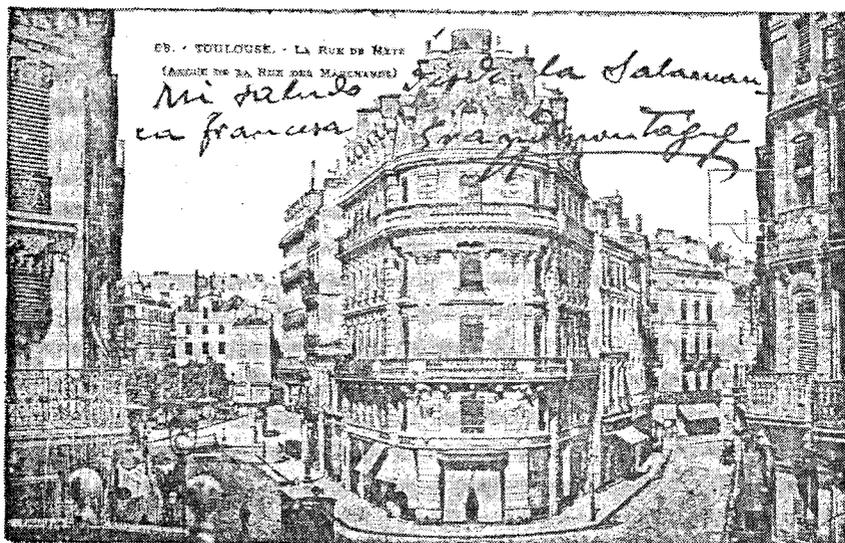
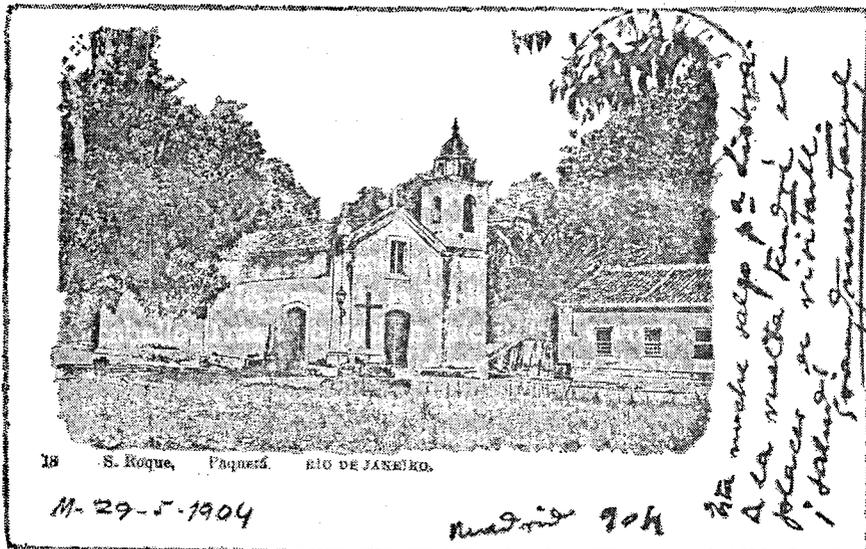
o por otro nombre

(Luis Jaizquibel)

Opino en retrato a quella de
coro: no admito ninguna clase
de disculpas: que tenga un
falta! etc!

Uando algunos otros nombres, se los
paraos aduntes de el de Loyola.

- Final de una carta con la firma de Grandmontagne y el seudónimo «Luis Jaizquibel», alusivo al monte a cuyos pies está Fuenterrabía.



4. Dos tarjetas postales enviadas a Unamuno.

CARTAS DE FRANCISCO GRANDMONTAGNE A UNAMUNO

1

LA VASCONIA

Revista ilustrada

Administración:

Bolívar 580, Buenos Aires

Teléfonos:

Cooperativa Telef. n. 110

Unión Telef. n. 1477

22 Noviembre 1893

Sr. D. Miguel Unamuno.

Bilbao.

Muy Sr. nuestro y distinguido comprovinciano: Por este mismo correo tenemos el grato placer de remitirle los primeros números de «La Vasconia», humilde publicación destinada a recordarnos en estas apartadas pampas a nuestra Euskaria, más querida si cabe, cuanto más distante.

Escusamos decirle que sus columnas están en absoluto a su completa disposición, así como lo mucho que agradeceríamos a Ud. se dignase honrarlas con su vasta ilustración y poderoso ingenio.

Esperando quiera disculpar estas libertades en atención a las causas que las producen, tenemos el grato placer de saludarlo y ofrecerle la inutilidad de estos sus affmos. s. s.

Grandmontagne de Otaegui

José R. de Uriarte

2

LA VASCONIA
Revista ilustrada
Administración:
México 524, Buenos Aires
Coop. telefónica n. 508

Junio 18/94

Sr. D. Miguel Unamuno.
Salamanca.

Distinguido comprovinciano:

Acuso recibo de su grata. No hemos podido obtener bien a pesar nuestro su artículo sobre Martín *Fierro*, pues la persona a cuyo poder ha llegado, no lo quiere proporcionar: idéntica cosa nos sucede con su retrato: sin admitir disculpas esperamos sea tan amable y quiera remitírnoslo a vuelta de correo. Le mando algunos números de «La Vasconia» y tengo el gusto de decirle que progresa como nunca lo hubiéramos supuesto.

En espera del retrato y de su interesante colaboración, ordene cuanto guste a su afmo. s. s. q. b. s. m

Grandmontagne de Otaegui

3

LA VASCONIA

Revista ilustrada.

Administración:

México 524, Buenos Aires

Coop. telefónica, N. 506

5 de Enero de 1895

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca.

Distinguido comprovinciano: Próximo el VIº aniversario del fallecimiento del ilustre vascongado D. Antonio de Trueba, el inolvidable cantor de nuestras costumbres tradicionales, y queriendo dedicar la colonia vascongada de esta república cumplido homenaje de admiración y respecto a la memoria de su poeta predilecto, nada más a propósito que recurrir al concurso de su fecunda pluma que sabrá hacer indudablemente un brillante estudio de las costumbres y hermosas enseñanzas de aquel pensador tranquilo y nunca bastante ponderado.

Fiados pues en que sabrá corresponder a nuestra súplica, como testimonio clarividente de su cariño a todo lo que huele a *Euskaro*, máxime cuando nace la *fragancia* a algunos || miles de leguas de la patria, nos tomamos la libertad de molestarle, distrayéndole tal vez de sus delicadas tareas en las aulas *salmantinas*.

Como quiera que la fecha del aniversario (10 de Marzo) está *encima* y es preciso calcular cincuenta días entre el viaje de esta carta y el de su respuesta, sería de desear que nos remitiera un articulo antes del día 10 de Febrero para que lo tengamos aquí para el día 5 de Marzo.

Nos complace de antemano la idea de poseer un trabajito suyo así que sería de agradecer nos lo remita.

Gracias mil de antemano y disponga para lo que guste de «La Vasconia», cuyas columnas están a su disposición.

La Redacción

Su amigo, nuestro Director, Grandmontagne de Otaegui, nos dice espera contestación a varias cartas que le ha escrito.

D. Félix Garci-Aciluz, su amigo y paisano, que está temporalmente entre nosotros, pues ha venido por cuestión de una testamentaría, nos encarga le saludemos en su nombre y reitera nuestra súplica por su parte.

4

LA VASCONIA

Revista ilustrada Euskaro-Americana
 Administración: Avenida de Mayo 781 (1)
 Cooperativa telefónica 506

Buenos Aires Marzo 21 de 1895

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Muy Sr. mío y distinguido comprovinciano:

Agradezco a Ud. muchísimo el envío del artículo sobre Trueba: es una producción, como todas las suyas, en las que siempre brilla, junto con un sentimiento delicado, un razonamiento lúcido: me ha gustado muchísimo y creo que él encierra tristes verdades y cuanto puede decirse del poeta que eternamente sufriera la visión de lo bueno y de lo bello: ¡dichoso él!, que dichoso tiene que ser quien posee un corazón, donde no se libran aniquiladoras batallas.

Le mandé seis ejemplares del núm. de Trueba. Hoy le envío todos los correspondientes al 2.º año: siento no poderle enviar el primer tomo por haberse agotado; y lo siento doblemente porque en él están los retratos de importantes personalidades de nuestra inolvidable Euskaria: sin embargo, si puedo conseguir alguno de los pertenecientes a los escritores, le prometo enviárselo. El número de Aranzadi que llegó a su poder, es precisamente el peor de cuantos hemos publicado; refiérome a la parte puramente artística, porque en cuanto a la literaria, no podrá Ud. encontrar en ninguno, otro mé- || rito que una buena voluntad y esto, no es por desgracia suficiente para que nuestros pobres engendros sean digeribles.

Hemos luchado con nuestra Vasconia como Ud. no puede suponerse; pero hoy, el éxito supera a los cálculos más optimistas que hicimos al fundarla. Con decirle a Ud. que en algunos puntos de esta República y sus vecinas limitrofes, es el periódico de mayor circulación, está dicho todo. Los sacrificios de toda índole han sido inmensos, pero también es inmensa la satisfacción que nos cabe.

En mi última carta le pedía a Ud. su retrato, ¿por qué no lo ha mandado? Le suplico no me haga perder tiempo tratando de conseguirlo por otro lado.

Mucho le agradecería me enviase también las fotografías que

(1) En el impreso decía MEXICO 604 y está tachado.

Ud. tenga de algunos paisanos dignos de figurar en La Vasconia, y algunas biografías hechas por Ud. En este como en todos los sentidos, nuestro decenario, su director y redactores y esta nuestra humilde casa están a su completa disposición.

Para que vea que el antiespañolismo de estas repúblicas no reza con los vascongados, le envío un número del año pasado, dedicado a Loyola, y en el cual colaboraron todos los elementos que gozan aquí de reputación literaria, cosa que no hubieran hecho por ninguna publicación española: esto no tendrá razón de ser, pero así sucede. Créame que ha sido para nosotros tal manifestación de simpatía, altamente halagadora.

No conozco al señor Carmelo Uriarte, pero tan pronto se presente la oportunidad le haré presente sus recuerdos.

Mucho celebro que dentro del elemento intelectual español, ocupe Ud. un lugar tan distinguido. Si Ud. conociera la rudeza de mi sinceridad, daría su justo valor a esta espontánea manifestación. Quizá algún día nos conozcamos, aunque el honor sería seguramente para mí.

La asociación de ideas quizá || establece vínculos más sólidos que los lazos de la misma sangre. Siempre he supuesto mucho más duradero que ningún otro, el afecto conquistado con el corazón y la mente.

Muy de veras deseo que no se ausente de las columnas de nuestra humilde Vasconia. Deseo que no sea humilde, y a la realización de este deseo, pueden contribuir poderosamente sus producciones.

Disponga con entera libertad de este su afmo. s. s. y amigo, y reciba los recuerdos de todos los de la casa.

Francisco Grandmontagne
o por otro nombre
(Luis Jaizquibel)

Espero su retrato a vuelta de correo: no admito ninguna clase de disculpas: ¡que venga sin falta! ¡eh!

Mando algunos otros números del año pasado además de el de Loyola.

5

LA VASCONIA

Revista ilustrada Euskaro-Americana
Administración: Avenida de Mayo 781
Cooperativa telefónica 506

Buenos Aires Abril 9 de 1897

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Estimado comprovinciano: Recibimos su interesante libro «Paz en la guerra» que he leído con verdadero placer, causándome mucha sorpresa la novedad del asunto y la original estructura novelesca que le ha dado.

Como más adelante, en cuanto me libre un poco de las abrumadoras tareas que me invaden, verá Ud. mi humilde parecer en «La Nación» y en «La Vasconia», no le diré ahora las consideraciones que me ha sugerido su obra, la mejor sin duda del joven elemento intelectual español que ahora se inicia en estas perras luchas de la pluma.

Por vía de pobrísima reciprocidad, le mandé hace unos días mi «Teodoro Foronda», avieso parto novelesco con que me he presentado || de lleno en el palenque literario de estos pagos. Estoy asombrado del éxito que ha tenido mi obreja, cosa que me hace meditar mucho en la imbecilidad humana.

Debido a las tareas del periodismo con que defiendo tenazmente en varios artículos el sacrosanto puchero, no he podido atender personalmente la corrección del libro, por lo cual notará Ud. algunos gazapos gramaticales que espero corregir en una próxima edición.

No dudo le llamará la atención la manera de acentuar el idioma que por aquí se usa.

El libro, en resumen, quiere ser la historia de muchos, la mayoría de los indianos que constituyen aquí familia. La novela está hecha con pretensiones de fundar en Sur-América la novela cosmopolita, única posible entre nosotros.

Sé que no he de cautivar con ella su alto espíritu, y por lo

tanto me consuelo con que le haga pasar un rato de agradable entretenimiento.

Espero que a vuelta de correo me mande su estudio sobre Martín Fierro, pues el que me mandó se me ha extraviado al verificar el último cambio de casa. Se lo he prometido a «La Nación», y lo necesito cuanto antes.

Consérvese bueno y mande cuanto guste a su afmo. amigo y s. s.

F. Grandmontagne

6

Membrete

Establecimiento tipográfico «La Vasconia»
 Uriarte y Cía.
 781 Avenida de Mayo 781
 Cooperativa telefónica 506

Buenos Aires Febrero 28 1898

Sr. D. Miguel de Unamuno.
 Salamanca.

Mi buen amigo: recibí su última carta, y hago votos porque a estas horas haya desaparecido totalmente la enfermedad que lo aquejaba.

He leído y releído su *Paz en la Guerra*, colosal, a mi juicio, en elevación mental. No me ha parecido novela apropiada para el pueblo. Está eso muy por encima del pueblo.

Varias veces me he puesto a hilvanar un artículo sobre ella para «La Nación» o «El Tiempo», los dos diarios que allí llevan la batuta en cuestiones literarias; pero, compañero, me han atacado las *sospechas averiguadas* de que hablaba Quevedo, respecto a mi carencia de fuerzas para tal empresa. Creo firmemente que la cosa no sería digna del objeto. Sin embargo, no renuncio a *juntar fuerza* y atreverme un día a endilgarle un juicio desde estas pampas; pero no; no será juicio, sino un desborde de entusiasmo por su bello y profundo talento, que me parece más alemán que español. ||

¿Sabe cuántas acotaciones y señales he marcado en su obra sobre cosas que han llamado mi atención, ya por su forma, ya por su fondo? Ciento treinta y siete. A falta de otra cosa, me precio de ser un lector infatigable y seguir bastante de cerca el movimiento literario actual, y puedo asegurarle que en ningún libro he señalado tal número de cosas. Sobre todo las últimas páginas, desde la muerte de Ignacio, casi me las sé de memoria, y si Ud. conociera mis últimos trabajos en el *Buenos Aires* y *El Tiempo*, notaría algo de la influencia que en mi espíritu han ejercido.

No puedo atar bien los cabos de su libro, aunque comprendo su fin esencial; quiero decir que en cuanto a su factura novelesca, no sé qué le hallo fuera de la pauta general; quizá consiste en esto una de sus innumerables originalidades. Pero de todo esto, ya le hablaré más despacio en cuanto me atreva a hacer el artículo.

Desde ahora le pido indulgencia y buenas tragaderas para cuando lo vea usted impreso.

El otro día le mandé un número de *La Nación* donde se transcribió un artículo suyo sobre literatura catalana. En el aludido diario se halla hace tiempo su bello estudio sobre *Martín Fierro*. La circunstancia de ser corto para folletín y largo para artículo, hace que se vaya retrasando su transcripción. Además se está esperando a hacerlo materia novedosa con motivo de alguna representación del drama gauchesco o alguna otra causa que ponga sobre el tapete la literatura pampera. *El Tiempo*, o mejor dicho su dirección, desea también publicarlo; pero no me atrevo a sacarlo de *La Nación*. Usted sabe lo que son estas cosas.

Supongo habrá visto en *El Noticiero Bilbaino* un cuento mío dedicado a usted. En *La Vasconia*, que también se publicó, después del *Noticiero* y de el *Almanaque Penser*, los cajistas se olvidaron de la dedicatoria; por eso habrá visto que en un lado aparece y en otro no. El *cuentejo* vale poco, pero es muy humano y muy indiano.

Persisto en mis malas mañas novelescas, y actualmente estoy terminando otro adefesio titulado *La Maldonada*. Es el estudio de una mestiza cuya vida se desarrolla en la alta sociedad bonaerense. Aparte de este motivo esencial, trato también la política violenta, de revolver, que por aquí se usa. Me acobarda un poco la duda que tengo de que mis tipos no deben ser comprendidos por ahí como por acá. El maestro insigne D. Juan Valera, en una crítica de cuatro columnas que escribió sobre *Teodoro Foronda*, después de reconocerme condiciones intelectuales que seguramente no tengo, dudaba del fondo realista de la obra. No comprendía a los hijos de Foronda ¡*Cabuen diez!* ¡Si son más verdaderos que la verdad misma! También ponía, peros al lenguaje de los abogados. Créame que en el libro hablan bastante mejor que lo hacen en la vida real. La crítica de Becerro de Bengoa, con ser menos elogiosa que la del buenazo D. Juan, me parece mejor fundada. Perdóneme, amigo D. Miguel, estos desahogos en el seno de la amistad.

En mi aspiración a fundar la novela *indiano-americana*, o la novela cosmopolita de América, sufro indecisiones respecto a la forma, a la estructura más apropiada para ser igualmente comprendido ahí y aquí. Vacilo muchas veces, y con esto me entran unas murrias, unas rabietas y unas descorazonadas que me rajan mental y espiritualmente. Si usted, esteta de primer orden, me quiere dar algún consejo, se lo agradeceré muchísimo.

Consérvese bueno y crea en la profunda admiración que siente por usted este pobre zarramplín de la literatura pampera.

7

Membrete

LA RAZA LATINA

Homenaje a España

Album artístico y literario

Buenos Aires 20 de Mayo de 1898

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Mi buen amigo: le agradezco mucho se entere de la adjunta circular, y quiera mandarnos algo para la obra proyectada, aunque no sea más que un par de cuartillas, pues es lo menos que mis compañeros me han exigido que logre de Ud.

Recibí su última carta, y le agradezco mucho su proyecto de crítica acerca de mi trabajo. Tomo buena nota sobre lo del *sermoneo*, y le prometo enmendarme. En toda primera obra suele invadir el espíritu predicador, puyitas filantrópicas mal distribuidas, retorcimientos de concepto, etc., etc. En fin, ya me iré enmendando poco a poco.

Sobre sus deseos de ser corresponsal literario de algún diario de aquí, le prometo hacer cuanto pueda. He de prevenirle que esta prensa es muy veleidosa en este sentido: quiero decirle que le gusta variar con frecuencia las || colaboraciones. Últimamente «La Nación» tuvo gran empeño en que colaborara Mariano de Cavia, lo anunció como una verdadera adquisición, y no sé lo que habrá ocurrido; pero las tales correspondencias no las hemos visto. Por «La Prensa» han pasado una porción de firmas, entre ellas la de Galdós, que ha sido la más cara, y de la cual se cansaron pronto, por cara sin duda. Este diario ha pedido colaboración a Pereda; pero el lebrato de Polanco parece que se ha negado bonitamente según mis informes. Contra lo que sucede en las demás esferas del trabajo, la pluma da aquí muy poco, quizá menos que ahí. De cualquier modo algo podría Ud. ganar en estos periódicos pampas, y como antes he dicho, procuraré complacerle en cuanto esté de mi parte. Para ello siempre sería bueno que en la prensa de Madrid y Barcelona, hable Ud. de las cosas de Suramérica siempre que tenga oportunidad. El sistema de Juan Valera es muy bueno para encontrar mercado por estas tierras.

Mande cuanto guste a su buen amigo

F. Grandmontagne

No he podido aún averiguar el paradero de la persona por la cual Ud. me pregunta. En cuanto lo consiga, le escribiré.

8

LA VASCONIA

Revista ilustrada

Enero 29/99

D. Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Mi querido amigo: este ojeo abrumador tras el garbanzo, me impide contestar a tiempo sus bondadosas cartas. Usted me perdonará, doblemente, sabiendo que mi estimación y admiración por Ud., no me permiten olvidarle.

No sé si alguna vez le he hablado del joven Bayón. Está bien y promete. Dígaselo Vd. así a sus padres; tiene madera de indiano distinguido, es espabilado, y tengo la seguridad que hará carrera. El jefe del escritorio donde trabaja es, por casualidad, íntimo amigo mío, al cual se lo tengo eficazmente recomendado. En el último balance le aumentaron el sueldo. En fin, está bien, y seguramente será rico antes que yo, pues le ha tomado bien la embocadura al país. No le pierdo de vista, y haré por él todo lo que pueda en atención a las recomendaciones de Ud. || También me visitó el Sr. Muñoz, persona distinguida y culta que me hizo pasar un buen rato hablándome de Ud., *de sus cosas*. Se fue a un pueblo de la Provincia y no he vuelto a tener noticias suyas.

He conocido aquí a un boticario de Guernica, Fulano del Río, que lo conoce mucho a Vd. «Erase un hombre a una nariz pegado», en cuya sobresaliente prominencia lleva algunas marcas de las balas rasas de masilla que le acreditan a Ud. de mejor artillero que los del ejército español. Un día me dijo que era Ud. un chico listo. Desde entonces no le he vuelto a hablar.

Respecto a sus deseos de conocer la historia de este país, puede guiarse por los trabajos del General Mitre (Historias de San Martín y Belgrano); por Vicente Fidel López (Historia argentina). Este es muy sectario de la idea unitaria. Como sociólogo americano, Paul Groussac (francés). Su obra del Plata al Niágara es muy notable. En cuanto a la literatura sobre el gauchaje, conociendo *Martín Fierro* y el *Fausto* de Del Campo (Anastasio el Pollo) conoce Ud. lo mejor. Ricardo Gutiérrez (no González, como Ud. dice) no le puede servir de información. Todo lo que ha hecho es anodino y nimio.

Mi excelente amigo el brillante escritor Rubén Darío, que ha ido a España, enviado por «La Nación», podrá informarle sobre cuanto desee Ud. saber de esta incipiente literatura || americana. Darío me

prometió visitarle en cuanto tuviera ocasión. Se lo recomiendo como un alto espíritu; en él se unen el sabio y el artista moderno. Para mí es el más grande de los revolucionarios que ha tenido el idioma castellano. Es intenso y brillante, divorciado en absoluto de la manera española. Si conoce Ud. «Los raros» y «Prosas profanas», ya habrá advertido su extraña y hermosa manera de componer ideas y palabras. Creo que serán Uds. buenos amigos por identidad espiritual.

Antes de escribir esta carta, he roto otra que tenía ya escrita y en la cual le hablaba de mi opinión sobre España. No he querido darle a Ud. un mal rato con mi absoluto pesimismo.

Siempre estoy esperando sus originales prometidos para «La Vasconia». Si tuviera los artículos de costumbre que ha escrito en la prensa bilbaína, los reproduciría todos de muy buena gana, ya || que no me atrevo a pedirle original, porque la empresa de nuestra revista es pobre y no podría pagarle en la proporción que merecen sus cuartillas.

He terminado mi nueva obra «La Maldonada», que le envío por este mismo correo. Es un estudio sobre las pasiones vehementes del tipo mestizo de inmigrante e indígena. Me alegraré que no le aburra mucho. El éxito del nuevo libro ha sido lisongero, y se vende en las librerías como yo no esperaba. En fin, por este lado no me puedo quejar, dada la limitación del mercado.

Consérvese bueno y reciba un apretón de manos de su amigo que mucho le quiere y admira.

Francisco Grandmontagne

De aquí en adelante le prometo contestar sus cartas con la debida puntualidad.

Celebraré mucho haya Ud. triunfado en el concurso a la cátedra de Filología, pues según he visto en los diarios era Ud. uno de los opositores.

9

[Buenos Aires 20 Mayo 1899]

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Ante todo, muchas gracias por su bondadoso artículo en «La Epoca» acerca de mi última novela. Celebro mucho note Ud. algún adelanto en mi procedimiento narrativo y algún progreso en mi elaboración espiritual. Aunque nunca, felizmenet, me he hallado atacado de filodoxia, yo mismo noto este progreso. Cada día me convenzo más de que en *Teodoro Foronda* he echado a perder un asunto excelente. Están todos los elementos reales que constituyen la vida de los muchos *Forondas* españoles e italianos que aquí viven; pero la narración es deplorable en no pocas páginas. El libro sigue viviendo y difundiéndose cada día más, debido exclusivamente al acierto en el asunto. De «La Maldonada» el tipo en que quisiera yo que se fijara, ya que tanto le interesa la vida de América, es en el *Doctor Sonajas*, peligrosa fiera muy abundante en toda la América, naturaleza amasada con los últimos vestigios de la sangre indígena y la potente y audaz del inmigrante. Es difícil que mi literatura sea bien comprendida por Uds. a causa de su desconocimiento del medio ambiente. Por sus escritos acerca de las cosas de aquí, noto que la figura del gaucho la ve Ud. de distinto modo de como en realidad es. Los *Moreira* y los *Fierro*, agigantada su fiereza, por la leyenda, ya no existen. La invasión de la pampa de las razas europeas ha sido tan violenta de el año 70 a la fecha, que ha ahogado a todo aquel elemento bravío, del cual no quedan más que seres degradados y embrutecidos, los *orilleros*. Vea Ud. las páginas 282 y 83 de *La Maldonada*). Queda aún lejanamente parecido a *Juan Moreira* y a *Martín Fierro*, lo que aquí se llama el gaucho *alzado* retirado a los confines de la pampa, límite a las tolderías indígenas. El alambre ha sido la muerte del gaucho, quiero decir el alambrado de los campos, equivalente al seto. El gaucho de *pampa adentro* (150 leguas alrededor de Buenos Aires) es un pastor completamente sometido a la civilización. Se distingue por su carácter servil hacia el estanciero criollo y por alguna que otra reminiscencia de rebelión hacia el patrón extranjero, sobre todo si es gallego o || italiano. El vasco es un admirable patrón para esta gente; todos le quieren y reconocen en él una *cantidad de hombre* superior a la suya. Entre pastores, gauchos y vascos, se profesan gran afecto y reina gran armonía, fenómeno curioso, dadas las formas francamente bruscas del vasco

y las suaves y maliciosas que distinguen al gaucho. Aumenta el fenómeno si se tiene en cuenta que, a pesar de ser preferido el vasco en los trabajos pastoriles, el gaucho no siente por él esa hostilidad que emana de la envidia, o de la emulación. En el campo se impone la fuerza del vasco montañés, francamente desplegada, y puedo asegurarle, sin que esto sea orgullo de raza ni pequeña pasión regional, que el verdadero rey de la pampa es hoy el vasco. Como Ud. comprenderá, tendría verdadero placer en informarle sobre todo cuanto en el sentido étnico y sociológico le interesa; pero ello no cabe en los límites de una carta. Si tengo tiempo disponible escribiré algo sobre todo esto y especialmente sobre la condición actual del gaucho; le escribiré para *Vida Nueva*, de cuya redacción he recibido una circular instándome a que contribuya a propagar el pensamiento de establecer una corriente intelectual entre España y América. La ocurrencia se ha producido algo tarde, notándose en esto como en todo la tradicional desidia española. La idea ha sido acogida aquí con simpatía entre los escasos elementos literarios que existen, y por mi parte, en la medida de mis pocas fuerzas, haré por ella todo lo que pueda. Ruego a Ud. sea intérprete de esta manifestación cuando tenga oportunidad de visitar aquella redacción.

He visto el artículo de mi amigo Rubén Darío en que alude a Ud. con motivo de las primeras líneas de su crítica en «La Epoca». En realidad, Rubén Darío, demasiado artista, se ha ocupado muy poco de sociología americana. Ha residido en muchas republiquititas; pero, en realidad espiritual, nunca ha salido de entre los parnasianos de París. Como él mismo ha dicho con su admirable modo de decir, «mi mujer será americana, pero || mi querida es de París». Y a la querida siempre se ama más que a la mujer... digo yo, aunque nunca he tenido ni mujer ni querida, ni las tendré probablemente, guiado por mi propósito de simplificación, que es lo que constituye en el momento presente la norma de mi vida espiritual. Estoy atento siempre a *desencomplicarme* la vida económica, la del corazón y la de la mente; y si pudiera, reduciría a un solo movimiento las funciones nerviosas. Por esto, mi mayor admiración hacia *Pío Cid* consiste en aquella hombrada de cargar con siete hembras. ¡Pobre Ganimet! ¡tan elevado, tan gran corazón! Si llega a ser compañero de cuarto de Maeztu, es seguro que no se suicida. Antes que a desesperarse, le hubiera enseñado a dominar, convencién-dole de que «*es mejor ser cuchillo que carne*». Dígame: ¿la naturaleza de Maeztu está fabricada con lingote de Baracaldo? Volviendo a Darío, me congratulo de que hayan trabado Uds. amistad. Merece Darío, por sabio y por artista, la consideración y el afecto de todos los pensadores españoles, y especialmente de los modernos y revolucionarios. La nueva literatura le deberá, a mi

juicio, uno de los primeros puestos como innovador en la expresión. En ningún escritor en castellano he visto las medias tintas ni los originales giros que Darío da al idioma. Personalmente es un silencioso, como Ud. me dice. Recuerde Ud. una página de *Paz en la Guerra*, aquella en que delinea Ud. los primeros rasgos del carácter de *Pachico Zabalbide*, al que «éranle *las conversaciones pretextos de monólogos*»... eso es Darío, y como en *Pachico Zabalbide* presumo que vive mucha vida de Ud. mismo, al reunirse con Darío se habrán juntado dos silenciosos. Ya romperán Uds. a hablar a medida que se vayan conociendo.

Tengo la satisfacción de comunicarle que su pensamiento comienza a llamar la atención en Buenos Aires. Aparte otras causas de orden filosófico y literario, obedece esta atención a que su criterio al juzgar las cosas españolas coincide mucho con la opinión que por aquí reina. Hoy se busca su firma con verdadero interés, por lo cual siento inmensa alegría. He sido el más entusiasta vocero de su magistral talento, cautivado por esa hondura *abismática* de su pensamiento y de su espíritu; Darío me ha sufrido sobre este tópico unas *latas* como para techar la pampa; hoy, al verle surgir por acá como lo más saliente del pensamiento moderno... ¿español—¿o sajonivasco?, siento una mezcla de orgullo y de alegría inexplicables que sólo podría traducir fielmente en un abrazo dado fuera de los claustros de Salamanca, en la cresta de nuestros Pirineos.

El movimiento literario aquí es casi nulo. La vida material y el espíritu de acumulación lo absorbe todo. En la gente medianamente culta y acomodada el ideal es la ópera, en lo que ésta tiene de fastuoso, el zapato de charol y la hembra. Por esta causa he dicho yo en alguna parte que la langosta es favorable a los escritores, pues la gente se siente más dispuesta a meditar cuando se halla en un estado de relativa pobreza que cuando nada en la abundancia. Y aquí somos demasiado ricos, créalo Ud., demasiado ricos mientras los ingleses nos envían a espueñas las esterlinas, confiados en nuestro porvenir de progreso ordenado. El progreso puede que lo vean; pero el orden... Aquí habrá siempre menos orden que en España, que es todo cuanto se puede decir. Calienta aquí el sol más que en Andalucía, se charla tanto y con fuste idéntico al de allí, y en cuanto a espíritu de guapeza ¡boca abajo el Tato, Cúchares y Frascuelo! Esto en lo que toca a españoles y criollos, a criollos hijos de todas castas de padres, pues no será extraño vean ustedes cualquier día algún notable banderillero hijo de inglesa y de paraguayo. El espíritu de guapeza (hablo de Buenos Aires) es aquí, más que tradición española, un fruto espontáneo del suelo. No es tan dehonroso el ser un ladrón político reconocido o un contrabandista, como el no ser guapo.

Y en medio de esta general modalidad, corren otras influencias,

a manera de ráfagas, influencias venidas de todas las partes del mundo. Por esta razón el análisis exacto de esta sociedad es tarea difícilísima, pues su confuso estado de larva no ofrece, aparte de talles como el indicado, esas líneas definidas de las viejas sociedades europeas. En medio de esta fritanga de castas y este galimatías de pasiones nativas e importadas de todos los puntos del globo, no hay observador que no se vuelva loco para encerrar en un libro la verdadera modalidad que consiste en tenerlas todas y no tener ninguna. En dos o tres años cambian aquí todas las cosas. Lo condensado ayer en páginas ya no tiene hoy vida palpitante. La nacionalidad definitiva solo puede estar hoy encerrada en la mente de Dios. ||

Veo con gusto que los hombres del Norte se están imponiendo en España. Ya es hora de que los del Sur se convenzan de lo mal que lo han hecho. Lo que dice Ud. de Castelar me parece aplicable a la mayor parte de los políticos españoles. Debe desaparecer el reinado de la hojarasca y del deslumbre de la oratoria atronadora y ampulosa. Me parece buen paso el de haber iniciado el enjaulamiento del más leído de nuestros loros, el de las grandes orquestaciones verbales, que diría Darío.

Me gusta extraordinariamente, por lo brava, la literatura de Maeztu. Tiene su prosa algo así como nervio de acción. Me figuro un hombre que ha viajado y luchado mucho, encarnación del espíritu audaz y potente del emigrante, que ha renovado sus ideas y hasta sangre fuera de España. Estoy encantado de su actitud literaria y de muy buena gana le acompañaría en ella. Me ocupo todo lo que puedo en que se le conozca bien por acá a ese gran descaharrador de chirimbolos históricos. Dígame que cuando llegue el momento de aplicar una tea a la mugre de las capas pardas, incluso a la del Alcalde de Móstoles, quizá me tenga a su lado, armado de mi tizón. Y el día que funde una institución destinada a poner un lingote por rabistaa al culeo de las chulas, ese día anticipo mi viaje. ¿Sería Ud. tan bondadoso que quisiera mandarme un retrato de Maeztu y una media docena de cuartillas de Ud. acerca de él, a las cuales fijaré un precio? El retrato se lo tengo pedido a Herrán, pero aún no me ha contestado. Desearía obtener lo pedido a la brevedad posible.

A título de curiosidad lingüista voy a descifrarle el párrafo no entendido en «*La Maldonada*»: «Ya puede ver, amigo, cómo se las *campaneas* (arregla) para que no le *calotéen* (le quiten) el amor de la *macabisa* (muchacha alegre, pizpireta, etc.). Si no se *hamaca* (se coge bien, se agarra) me parece, compañero, que van a rodar Cupido y su *pingo* (caballo puesto en sentido de Pegaso) por la *vizcachera* de los idilios (Vizcachera se llama al lugar en que hozan

las vizcachas, especie de conejos muy grandes que viven en las cuevas, donde los caballos, especialmente en las marchas de noche, suelen caerse)».

Supongo habrá recibido la colección de «El Sol del Domingo», donde verá reproducidos gran parte de sus artículos. La Dirección me dice que se los han enviado. También le mandé yo otras revistas, entre ellas «Caras y Caretas», donde he comenzado a publicar, entre otros trabajos, una colección de artículos retratando inmigrantes. Por esta galería de tipos podrá Ud., someramente, conocer varios elementos de cada colonia. *El inmigrante bachiller*, que verá Ud. en uno de los números enviados, es el emigrante madrileño nato. Me gustaría verlo reproducido en alguna revista de Madrid, ahora que los empleados de Cuba y Filipinas ponen los ojos en este país, creyendo que el presupuesto es un pesebre del tamaño de un cable interoceánico. Que los racione Maeztu.

Después de lo escrito, veo en «La Nación» su artículo dirigido a Darío (1). Con ser mucho lo que dice, me resulta enorme lo entredicho. El artículo se ha comentado mucho. Ahí se lo envío, junto con un número de «Caras y Caretas», donde verá esbozado el tipo del inmigrante francés.

He querido compensar mi tardanza en escribirle con la extensión de esta epístola, que desearé no le aburra mucho. He escrito en medio de mil ocupaciones, lo cual me impide determinar bien las ideas. Consérvese bueno y feliz, con el espíritu tan hondo, la cabeza tan sesuda y el estilo tan único; y reciba un abrazo de su hermano de raza, amigo de verdad y lector entusiasta.

Francisco Grandmontagne

Buenos Aires Mayo 20/99

Para que se entere de los problemas económicos, agrícolas, pecuarios, deuda pública, etc., etc., le mando un libro de observación bastante acertada. Ya lo habrá visto Ud. anunciado en «La Vasconia», pues el autor es vascongado. Le mandaré todo lo que sobre estas cosas aparezca y que sea algo más que estadística.

(1) Es el artículo 'Sobre la literatura americana', dedicado a Rubén Darío, Obras completas (Escalicer) IV, 728-732. Apareció en «La Nación» de Buenos Aires el 19 de mayo de 1899. La reseña de Unamuno sobre «La Maldonada», ib., 720-2.

Buenos Aires Octubre 15 del 99

Mi tan querido como admirado Don Miguel:

Hasta ayer no se me ha presentado el Sr. Castillo, portador de una carta de Ud. y de recuerdos afectuosos del Sr. Bayón que espero Ud. le devuelva, aumentados, añadiéndole que su hijo marcha bien y progresando, según me dicen. Uno de estos días le mandaré la obra de Groussac, que realmente es de lo mejor que se ha escrito por acá. Es un libro de viajes que contiene buenas noticias y provechosa observación sobre toda América. Este mismo autor tiene una novela *Fruto vedado*, que a mi juicio vale poco. Es exótica y no tiene, como Ud. diría, *sabor de humanidad*. Distínguese Groussac, más que en otra cosa, en la crítica literaria. Ya en otra ocasión creo haberle hablado de él; es francés, meridional, y dirige aquí la Biblioteca Nacional; hombre muy versado en las cosas de América y conocedor de los principales escritores, que aun siendo principales, estima en muy poco y creo que tiene razón. Hace un año estuvo en París; escribió en *Le Figaro* varios artículos sobre nuestra literatura dramática que conoce a fondo, artículos dirigidos a Sarcey, que entre paréntesis, no le hizo caso, llevado de esa soberbia parisien que les hace creer está allí el cerebro del mundo. Groussac puede ser maestro de todos ellos en materia de literaturas extranjeras. Es hombre de fuerte seso, aunque bastante seco, habiendo llegado a dominar notablemente el castellano. Goza de gran autoridad literaria en toda América. Soto y Calvo me envió su libro; tiene bastante sabor local, aunque mucho de lo en él reflejado ya no vive en las costumbres rurales. Los libros de Joaquín V. González, sobre todo *Mis Montañas*, es la descripción tirando a Pereda, aunque más viva y menos trabajada la sencillez, de la parte más pobre de la república. Las novelas de Gutiérrez ya le dije Ud. que no merecía la pena de ser conocidas. Ocantos nos resulta aquí completamente exótico; ni es de aquí ni de ahí el contenido de sus libros. El que con más vigor se inicia por aquí es un joven: Leopoldo Lugones, muy victorhuguesco, pero realmente fuerte; hasta la fecha no ha hecho más que ensayos, algunos artículos muy notables y un pequeño libro excesivamente raro; no le atrae su país como materia literalizable. Conviene —lo digo por Ud.— que al ocuparse de literatura americana, lo haga tratando a los escritores más conocidos, sin ocuparse de las muchas tonterías que verá en las muchas revistas que de por acá le lleguen. Por ejemplo: Díaz

Romero es un chiquillo que se halla, en plena edad de pavo literario. No desciende Ud. a estos escarceos porque ello perjudicaría a || la seriedad de su alta crítica. Hay aquí una runfla (*) de mocosos a a quienes nadie hace caso. En general, la juventud americana es vacía hasta dejárselo de sobra y muy ignorante además; tiene mayor afición a lo bonito que a lo meditado. La cursilería romántica es aquí una enfermedad general. Creo que en América la evidente falta de talentos es cuestión climatológica. Ya sabe Ud. lo endebles que los negros tienen las espinillas; lo mismo sucede a las cabezas criollas. La inmensidad territorial y la altura del cielo tienen una influencia aplastante; aquí nadie es capaz de digerir una página de filosofía, y a todo el mundo se le atraganta la metafísica seca; del *Fausto* lo que más entusiasma son las trenzas rubias de Margarita; de Boito, del ultraterrestre Boito, los espasmos sensuales de su cuarteto. América, desde que es América no ha tenido un solo pensador ni creo que lo tendrá nunca. Está probado que es raza de seso endeble. La vaciedad del cuarterón es algo que no puede Ud. imaginarse. Esto de la influencia del clima y del territorio sobre el pensamiento, ya se lo explicaré otro día tal como yo lo veo. A otra cosa más importante.

Los libreros de aquí son muy brutos, causa del general trastrueque de oficios que se observa en América. Aquí no se dedica nadie a lo que sabe, sino a lo que salta. *Paz en la Guerra* se debía haber vendido a estas horas como diez veces más de lo vendido. Hemos estado sin ejemplares la mar de tiempo. Ayer llegaron 20 a la casa de Bonmatí, y por la noche no quedaba ninguno; a instancias mías tiene otro pedido hecho desde hace un mes; los demás libreros no tienen, y también creo que han pedido en vista de la demanda; me acompañan en citar lo a Ud. diariamente algunos amigos, y aunque los hay que lo hacen en barbecho, ello surte su efecto para los fines de venta, que es a lo que yo tiro con más empeño. En todo Buenos Aires no hay hoy, en las librerías, un solo ejemplar. Hay bastantes lectores que esperan la llegada de nuevas remesas, y se aburrirán esperando que lleguen ¡esa actividad española! Raza de pandas, se van a dejar comer por no moverse. ¿Se acuerda Ud. de aquel *Estupiñá*, tendero de *Fortunata y Jacinto*? Así me imagino a todo el comercio español. Su libro, aunque lentamente, llegará aquí a una difusión que espero le deje satisfecho; lo que me temo es que cualquier día nos le reimpriman, y entonces, en el sentido pecuniario, nos fastidiarían. Si esto sucede harán atrocidades con él, mutilándolo. Trabajo por difundir *Paz en la Guerra*, más que por nuestra buena amistad, por mi entusiasmo por su literatura,

(*) Runfla: ristra, serie.

madre de dilatación en otros, y, sobre todo, en mí. He visto la influencia de Ud. en el último libro de Galdós, velada con habilidad, y más clara aún en || Guimerá, en su última obra dramática, *La hija del mar*, que ahí no conocen aún. Hay una escena en que *La hija del mar* recuerda a sus padres muertos en una forma idéntica que Rafaela a su madre, con una cantinela parecida al *carabí, huri, hurá*, esa página soberbiamente trágica, de tragedia espiritual, no tragedia de alborotos nerviosos o pugilatos de manos. Cuando vi a la Guerrero en esta escena, no pude menos de exclamar en silencio: ¡Unamuno! ¡Unamuno! *La hija del mar* fue agente para que me conmoviera una vez más Rafaela, sacudiéndome, como de costumbre, el espíritu. No sabe Ud. lo que yo me alegro de su influencia decisiva y avasallante en el pensamiento español y de lo que vendrá después, de Pirineo afuera, allá, por la región de los *Faustos*. Vea Ud. en mis palabras, salidas de un corazón que no cede a nadie en honradez; vea Ud. en mis palabras, no al amigo, ni al hermano de raza, ni mucho menos al agradecido; vea Ud. simplemente a un aficionado al estudio que lee lo de todas partes, y se queda con lo de Ud. La prueba está en la influencia que ya habrá notado Ud. en mis pobres trabajillos posteriores a la aparición de su obra. Ha sido Ud. en mi cabeza, mi grande y querido D. Miguel, el apaleador de todos mis ídolos, aun del mismo Shakespearé (*sic*), que es el que más se ha resistido. Sólo siento no poder decir lo que Ud.: «que vengan a mí las ideas, que algo saldrán ganando al pasar por mi espíritu», hermosísimo arranque de su grande alma y enorme cabezota. Nunca he tenido lo mío como signo de imponerse; y así, con dejar que se refleje en mi espíritu lo que yo tengo por más poderoso, y sin que en ello haya haraganería de esfuerzo de creación, procuro concurrir a formar con lo fuerte espíritu de cuerpo. En suma: trabajo por ser aventajado discípulo en la comparsa unamuniana, y sólo lamento no estar en España para que mi acción en tal sentido fuera todo lo eficaz que tal ejército y tal jefe merecen. Aquí, mejor que en España, se adquieren condiciones de batallador para imponer las cosas, aun las literarias; en este sentido militante me tengo por buen soldado. Hay ahí, en literatura como en todo, una presunción guerrillera que el pobre Ganivet ensalzaba en cierto modo en su *Idearium*, la cual presunción resulta tonta por ser los guerrilleros chicos, incapaces de ganar ninguna batalla en el pensamiento universal. Yo creo mejor lo que se hace en Francia, donde cada maestro con fuerza innovadora tiene a su alrededor pode- || rosa falanje de discípulos que, sin perder la individual libertad de ideas, hacen arraigables las raíces, difundiendo por todo el mundo, con los frutos del maestro, los suyos propios. La universalidad de Zola, de Daudet, de Bourget, etc., se debe principalmente a esta tendencia de agrupación que tan acertadamente se

cultiva en Francia. En España cada maestrillo tiene su librillo, y así, todo se vuelve librillos y maestrillos. El *Chato* es un símbolo tan nacional como el alcalde de Móstoles; y todo es chato porque todo es mustolense, es decir, guerrillero. El cuero de toro que simboliza el mapa geográfico español, es, en el sentido político y literario, una partida de cordovanes sueltos; cuando no trabajan compactos, en la cueva, separados son *gente* perdida. El espíritu que no se deja guiar, ha de tener fuerza propia guiable. En España todo el mundo se cree guía, y así anda ello, desguiado todo. No cabe en una carta todo lo que se me ocurre sobre este tópico. Trabaje Ud. mucho, pues aún en la tierra de guerrilleros ha de reunir ejército; tal es el poder de algunas jefaturas. Quizá algún día, y ojalá sea pronto, cuente Ud. por ahí con un entusiasta cabo furriel, asistente, o cosa así, que al menos, si otra cosa no puede, proclamará la excelencia del rancho espiritual de nuestro gran jefe.

Dígale Ud. a Maeztu que los ejemplares de su libro, de la edición hecha en Madrid, se han vendido todos los que han llegado. A fin de que hubiera en las librerías, mi consocio *vascónico* Uriarte, mandó algunos ejemplares de la edición hecha por Herrán, los cuales no se venden fácilmente por la siguiente causa: Herrán ha puesto en las tapas el precio de 2 pesetas para España y 2 1/2 pesos para aquí, que vienen a ser 5 pesetas y pico. El amigo Herrán debe saber que aquí se entenderá poco de literatura; pero todo el mundo se pierde de vista en materia de cambios, y nadie quiere tragar que 2 pesetas sean igual que 2 1/2 pesos. Si lo ha hecho llevado de la vulgar creencia europea de aquí tiramos el dinero, bueno será se convenza de que no hay tales carneros. Muchos han dejado de comprar el libro de Maeztu por esta causa.

Ayer me trageron para corregir las pruebas del artículo que ha escrito Ud. para el almanaque de Penser. Es verdaderamente hermoso, lo mejor que he leído de Ud. en artículos sueltos, un modelo de descripción del alma íntima de la naturaleza, una página de || encantadora ternura. El director de almanaque, mi amigo Lazárraga, está contentísimo de su trabajo

La gente de aquí le conoce a Ud. por sus trabajos de crítica solamente, le tiene a Ud. por un espíritu seco, duro de forma; los que conocen su libro protestan, y esto contribuye a que los primeros vayan a buscarlo, y a que yo me dé el gusto de verlos convencidos. Es que la transición de palabrería estentórea a la médula pura, produce así como cierta difultad (*sic*) para contar lo que se lee; ¡y han sido tan tenores los lectores hispano-americanos! Tienen la cabeza llena de romanzas de Castelar, y otros de redondeces de nalga de ninfa que cultiva en su estilo D. Juan Valera. De cualquier modo, nadie sale indiferente de entre sus páginas, así los

que beben *Paz en la guerra* como los que solo han visto sus artículos; todos proclaman su enjundia.

Darío se ocupa de Ud. en todas sus correspondencias, notándose noble empeño en que se le conozca bien por América. En la correspondencia de hoy habla sobre la enseñanza en España, inspirado en sus artículos publicados en Revista Nueva. Entre paréntesis, conozco mucho al padre del padre de esta revista. Lamento con Ud. que en España, según el último artículo, no haya *materia enloquecible*. Su artículo de «El Liberal» está en las cajas de «El Tiempo» y de «El Sol». Saldrá estos días.

Por este correo recibirá unas cuantas revistas, en una de las cuales hallará un artículo mío sobre Martín Fierro, mejor dicho, sobre su caballo.

Los errores que ha encontrado Ud. en «El Sol», son errores de caja. Hablando, todo el mundo hace aquí s la c, y escribiendo, todo lo contrario.

¿Cuándo sale algún libro suyo? ¿Tiene algo hecho sobre la guerra? ¿Por qué no recopila los artículos de crítica y aquellos que escribió hace años sobre costumbres? Aquí no se conoce de Ud. más que un artículo de costumbres, la descripción del partido de pelota, transcrito en «La Vasconia», y que ha sido muy comentado. ¡Vaya un tanto 13! Tengo un amigo dibujante y andaluz, Mayol, copropietario de «Caras y Caretas», que da el 5.º toro por el tanto 13.

No me olvido de irle preparando lo de la correspondencia de uno de nuestros diarios bonaerenses. Confío en que se obtendrá.

En la primera oportunidad no deje de hacerme el encargo sobre Maeztu, retrato y unas cuartillas, así como sobre cualquier otro vasco que Ud. crea merece la pequeña distinción que podemos hacerle en «La Vasconia». He buscado por aquí la novela de Orbe y no la he hallado. Si quiere Ud. hacer algo sobre él, ya sabe que en este como en cualquier otro sentido, «La Vasconia» es suya. Tengo mucho interés en que se conozca a todos los escritores vascos. Hasta ahora nuestro país ha sido pobre en literatura, y veo con gusto que van saliendo algunos jóvenes de brío. Siendo la índole del país, en general, de brío, es de esperar que, despertada la afición, salga algo bueno.

Me parece que es una regular ración de carta. Siento mucho la enfermedad de su hijito, por cuya mejoría rememoran mis labios la Salve de la niñez. Y Ud. consérvese bueno y mande cuanto guste a su amigo de entraña y atento discípulo.

Francisco Grandmontagne

Después de escrito lo que precede se me ha presentado su discípulo D. Eduardo Catalá, con quien he conversado toda la

tarde. Paréceme hombre discreto, sin concepto iluso sobre las grandezas de América. Las grandezas de América no están aquí, sino que las trae cada uno dentro de sí, en su empuje, en su don de acometividad. Desde luego ésta no es tierra propicia a los doctores en Filosofía, sino a los hombres de trabajo y más aún a los vivos. Los castellanos que no sirven para tenderos resultan aquí un fracaso, doblemente si son de ciudad; el madrileño es el peor inmigrante, porque tras de no servir absolutamente para nada, jamás llega a identificarse con el ambiente. Además —y sobre esto he de hablarle más despacio— el cerebro castellano tiene algo de las materias grijasas de Pancorvo; es seco, inflexible, carece de movilidad, de comprensión rápida, que es en esta activísima vida cualidad preciosa: por otra parte, está lleno de preocupaciones sobre su honor; es quisquilloso, suspicaz, esclavizado a fórmulas vanas, aparatoso en la conversación, lento en la emisión de ideas, castellano, en fin, y esto es lo más anticastellano que Ud. se pueda imaginar.

Como ya le digo, me gusta el Sr. Catalá por su buen juicio y porque me parece que en los dos días que lleva aquí se va dando cuenta clara del medio. Trae un proyecto que me parece muy bueno, si como le digo, sabe explotar la inmensa vanidad del ignorante profesorado que aquí existe vertiendo en períodos retóricos la charla de las cátedras. Esto no podrá iniciarlo hasta Febrero, por estar cerrada la fábrica doctoral. En tanto, como || es necesario que nuestro amigo viva, me he puesto en campaña para buscarle colocación en algún colegio particular. Lo malo es que están por cerrarse todos con motivo del veraneo. El hombre está dispuesto a trabajar en cualquier cosa y esto me gusta, pues no es como la mayoría de los madrileños, que a todo le hacen ascos. Este es un país que lo mismo puede uno formarse en él en un par de años como estar reventado toda la vida.

En el profesorado nacional se le pone decididamente la proa, como vulgarmente se dice, al español, así sepa todo lo que ignoraba Salomón. ¡Es verdad que viene cada profesor español! En fin, al español intelectual no se le quiere bien (dicho sea para inter nos). En general, el país, y con más empeño sus clases cultas, tienden a que crezca la desvinculación espiritual con España. Por esto, cuando le veo a Ud. empeñado en concurrir a formar armonía entre pueblos hispánicos y la madre patria, me duele ver la inutilidad del esfuerzo. Es una campaña, que, emprendida, el año 50 quizás, hubiera dado frutos; hoy es tarde y la culpa, más que de nadie, es de España. Aún no ha mandado aquí un hombre de vuelo, mientras Italia, Inglaterra y Francia les mandan constantemente en viaje de estudio. En fin, que esto no quiere ser español, y el famoso sello his-

pánico con que Ganivet quería sellar a estas razas no lo veremos nunca, sobre todo en Buenos Aires.

Tenga por seguro que haré por Catalá todo cuanto pueda, inspirándole confianza para que vierta en mí todas sus amarguras, que es, por lo pronto, lo que más consuela a un recién llegado. Una vez vencidos los primeros pasos y ya orientado, creo se desenvolverá logrando abrirse camino. En fin, ya nos arreglaremos.

Otro abrazo.

Grandmontagne

11

LA VASCONIA

Buenos Aires Enero 23/900

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Mi muy querido amigo: escribale esta sin esperar su contestación a mi última, para comunicarle que ya tenemos la corresponsalía de que Vd. me hablaba en una de sus cartas el año pasado. La empresa de «El País», diario de reciente fundación, órgano, puede decirse, del Gobierno, me autoriza para que le ofrezca a Ud. el cargo de corresponsal en España, para lo cual es necesario me diga Ud. en qué condiciones escribiría. «El País» del cual le mandé a Ud. hace días algunos ejemplares, se ha fundado con un capital de medio millón de pesos, y su programa responde al fomento de las fuerzas vivas de la república, ganadería, agricultura, industrias, etc., etc. El hombre de esta publicación es el Dr. Pellegrini, hoy *factotum* de todo el tinglado político, por representar su figura política el paso del militarismo mandón a la ciencia económica. Las formas de lucha política han cambiado aquí completamente. Los verdaderos problemas colectivos son problemas económicos, y el único hombre de talla que hay en esto es Pellegrini, bajo cuyas inspiraciones se mueve todo el Gobierno. Creo le conviene a Ud. trabajar para este diario en el cual está metido todo lo que más florece, política y socialmente, por estos pagos.

Como habrá visto Ud. en el primer número está anunciado de corresponsal Becerro de Bengoa, pues a || causa de hallarme fuera de Buenos Aires cuando nombró los corresponsales, no pude intervenir en esto con toda la eficacia que yo deseaba, tanto para bien del diario como nuestro. En fin, no se preocupe Ud. del conflicto a que esto da lugar, pues los criollos son gente que todo lo *arreglan*; quédese esto entre nosotros dos y deje Ud. que corra la bola. A pesar de todo, ellos cumplirán con lo que le hayan ofrecido a Bengoa. Es muy buen amigo mío, le debo algunas atenciones; pero puede en mí más el deseo de que Ud. prospere, a la vez que encasqueta Ud. a estos pueblos el sello de su hermoso espíritu. Por otra parte, creo que Bengoa, tiene más habilidad *garbancil* que Ud., en ese medio madrileño, circunstancia que me libra de todo remordimiento de conciencia. Y aunque así no fuera, tengo el deber moral de contribuir al mayor florecimiento literario de «El País».

Ultima razón: cumplo mi deseo, mi promesa con Ud., y me salgo con la mía. No vaya Ud. a creer por esto, que me ha costado ningún trabajo el conseguirlo, pues no he tenido más que abrir la boca para lograrlo, no por mi influencias, que es nula, sino por lo que Ud. vale. Así que no me debe Ud. ninguna clase de agradecimiento.

Quedamos, pues, en que me contestará Ud. inmediatamente las condiciones, precio, etc. No sé si ha quedado Ud. como colaborador de «La Nación», pues no he ido por aquella redacción hace días. Tengo en ella muy buenos amigos, entre ellos al secretario de redacción, Julio Piquet, a quien dediqué mi *Maldonada*, y el que más ha escrito aquí sobre mi labor literaria. Le entero a Ud. de estas menudencias por si algún día se le ocurre alguna cosa en que pueda serle útil. Creo que la corresponsalía de «El País» le produciría más que la colaboración inter- || mitente: sería trabajo más seguido.

Con los números de «El País» le incluía un ejemplar de «El Correo Español» donde se está transcribiendo *Paz en la Guerra*. No he hecho un artículo sobre su libro porque para los efectos de la difusión es mejor la cita constante en lo que *plumeo*. Déjeme en esto, que yo me entiendo. Además, me pasa con su libro lo que con el estupendo prólogo del *Mefistófeles* de Oracito; se necesitan muchas audiciones para que el espíritu lo digiera bien; es mucho libro para encerrado en un artículo.

También me encarga «El País» le pida a Ud. un retrato, que siguiendo una costumbre establecida en esta prensa, se publicará en la primera correspondencia y una presentación encargada a estas manos pecadoras. No crea Ud. que soy *coqueto* cuando hablo de mí mismo, pues a falta de otras sabidurías de más fuste, sé lo mucho que hay que hilar para llegar a obtener el hilo oro. Mándeme el último retrato que tenga, pues quiero conservarlo. A mi amigo Lazárraga, el del almanaque *Penser*, le he visto uno en que está Ud. de perfil, y no se lo he podido sacar: el hombre es otro devoto de su prosa. Me decía el otro día que con su artículo *Mi raza* le había Ud. tocado las entrañas para ponérselas delante de los ojos.

A estas horas ya habrá Ud. recibido el almanaque «*Penser*». ¿Qué le parece a Ud. la coquetería de los subtítulos de *Jesusa*? Lo hice || para untarles las narices a los decadentes con aquellas cuatro *exquisiteces*. En uno de los números de «El País» habrá Ud. visto mi artículo *Europeizándonos* dedicado a los tontuelos de por acá. Gustó mucho, de lo cual me felicito. Para que comprenda Ud. mejor el concepto de *panchistas* que les aplico, le diré que ello se refiere al mono *Pancho* del jardín zoológico, un mono que fue aquí muy popular por su extraordinaria lujuria.

Si tiene Ud. ocasión de verse con Constantino Sarobe, el tenor, hágalo en mi nombre. Ello le proporcionará ocasión de conocer una ma-

ravilla de intuición artística, y además un prodigio de viveza y de despejo para la vida social; es una mezcla de jabalí vizcaino, por su voluntad y la fuerza de su espíritu, y de guanaco gaucho, por la agilidad en todo sentido. Su vida es interesantísima; su gracia de una originalidad adorable; imita a los gauchos como no he visto a nadie; le hace a Ud. la apología de un cacique político pampero como no puede Ud. imaginarse. Digale que por encargo mío, cante delante de Ud. unas *Vidalitas*; lo hace admirablemente; así se enterará Ud. del ritmo musical, henchido de poesía, de estas pampas. ¡Ah! y que le pronuncie un discurso del presidente del Comité político del Bragado. Pasará Ud. un buen rato con ese simpático muchacho, de bien puesto corazón, quizá el fruto más clásico de la audacia que se adquiere en estas tierras. En Madrid les está dando la gran castaña como hombre de extremada cultura.

No canso más, como dicen los aldeanos de las sierras de Burgos. Contésteme enseguida su decisión sobre el asunto de «El País», que desearé le convenga. Y en tanto reciba el testimonio de mi creciente admiración y de mi fraternal cariño.

Un fuerte abrazo.

Fco. Grandmontagne

(*Añadido al margen de la primera página*): Si encuentra Ud. resistencia por parte de Maeztu en no acceder al pequeño encargo que le hice a Ud. sobre él, abandone la cosa, pues no me gusta que una buena intención sea pagada con un desaire brioso a lo Nietzsche. Que deje sus durezas para las chulas, porque aquí tenemos los riñones bien curados.

12

[Buenos Aires 12 octubre 1900]

Queridísimo Unamuno: Si no he perdido alguna suya (creo que no) le debo respuesta a cinco cartas. Las tengo a la vista para contestarlas por su orden. En la primera (Diciembre del 99) me recomendaba Ud. los libros de Gutiérrez Gamero, el cual me los mandó, atentamente dedicados. Ya los conocía, y dicho sea entre nosotros, y con el mayor respeto a la opinión de Ud., no me gustan nada. La prosa de *El ilustre Manguindoy* la encuentro seca, amanchegada, greda manchega, sin aire y, por lo demás, floja de ideas. Es nimio todo lo que allí dice nuestro simpático amigo. Esto no quita que sea un libro de crítica bien intencionada. Me he ocupado dos o tres veces de este libro en las revistas de acá, en sentido elogioso, por complacer a Ud. y ayudar a Gamero; creo, sin embargo, que se difundirá poco por aquí.

Del 1.º de Enero de este año es la otra carta suya, que se cruzó con la mía ofreciéndole la correspondencia de «El País». La recibí en Mar de Plata, donde pasé el verano (invierno de ahí). En ella me daba Ud. un extracto de «¡Adentro!» y me hablaba de «La Venda». Esta carta, sacado lo íntimo, se publicó en «El País» bajo este título «Unamuno dramaturgo», precediendo a la carta un breve comentario mío sobre su decisión de escribir para el teatro. Carta y prefacio ocupaban dos columnas. Tercera carta (20 de Febrero) dictada a su mujer, según me dice Ud. en la recibida ayer. El primer párrafo de esta carta dice: «Pensaba haber contestado a Ud. remitiéndole mi primera crónica o carta para «El País», pero no tengo retrato tal como Ud. lo desea, para conformarme a las costumbres de ahí». Luego me decía Ud. que escribiría la primera correspondencia en cuanto la gripe le soltara de sus garras. Comunicué al || entonces director de «El País» su respuesta, y nos quedamos aguardando la primera susodicha correspondencia. Y... efectivamente, nunca vino. Volvió Ud. a escribirme, pintándome un sobrio paisaje de nieve, visto desde su balcón, un paisaje que me lo revelaba a Ud. presa de hondísima tristeza reflexiva, abismado en intensísimos mundos, de los cuales salió Ud. de pronto para preguntarme: «¿Qué hay de «El País?»». Pues no había nada más que seguíamos esperando su correspondencia. En la carta de ayer (fecha de 10 de Setiembre) repite Ud.: «¿Y de «El País», qué hay?»». Pues lo mismo, mi queridísimo D. Miguel.

Para mí, dicho sea con toda la fraternal franqueza que debe informar nuestras relaciones de hondo afecto, no he logrado infun-

dirle bastante confianza en este asunto meramente garbancil. Quizá temió Ud. perder «La Nación» y no asentarse en «El País». No quiero cometer con Ud. la hipocresía de guardarme esta suposición, que quizá sea infundada. Lo lamento por Ud. y por mí; por mí, porque al perder Ud. este año un puñadillo de duros, me parece que los hubiera perdido yo mismo, más aún, que me hubieran sacado con ellos las muelas. Me permito la pedantería de este consejo: dude Ud. de mí todo cuanto quiera (que todo será poco) en materia filosófica y literaria; pero sea yo en fe suya, su Jesucristo en esto de garbanzos americanos. Calcule Ud. que los peleo desde la edad de 10 años, y me parece que alguna práctica habré adquirido.

Podía Ud. este año haber ganado con «El País» lo que con «La Nación» en cuatro; y además la influencia deci- || siva sobre este público, cosa que hubiera Ud. logrado con 40 correspondencias mejor que con cuatro. Caso que dudara Ud. de la estabilidad de «El País», tenga Ud. en cuenta que ya no le faltará aquí nunca trabajo. Hay que tirar, pues, a que éste sea abundante y seguido. A D'Amicis, por ejemplo, le deja «La Nación» y le toma «La Prensa». Igual con Mirbeau, Reclus, Bourget (el fantástico sicólogo), etc., etc., «La Nación» le produciría a Ud. más si no estuviera ahí Darío. Caso de que este retorne, creo quedará Ud. de corresponsal exclusivo, y podrá asegurarse unas 4.000 pesetas anuales. Tiene Ud. en uno de los hombres más influyentes del mitrismo y creo que copartícipe de «La Nación» en Guillermo Udaondo, exgobernador de Buenos Aires, un profundísimo admirador. Nos hicimos amigos este año en el balneario de Mar de Plata, donde yo estaba de corresponsal de «El País». En fin, la estancia de Darío en Europa, es la causa por lo cual no tiene Ud. trabajo más seguido en «La Nación». En «La Prensa» (el diario de mayor circulación, después de «Caras y caretas») está el insoportable Don Gaspar Núñez de Arce. ¡Cuidado que el ilustre poeta es malo como corresponsal! Junto a un peñón de la costa, bate que te bate, y nada, ni una chispa.

Ahora bien: *ecco il problema*; yo he salido de «El País» y también su primer director, con quien yo traté sus correspondencias. Felipe Moreira, el organizador de «El País», dirige ahora «El siglo XX» (empresa de un judío sueco) donde también escribe. Yo salí de «El País» porque me quisieron rebajar el precio de la co- || laboración, y además porque en un artículo violentísimo, a mi vuelta de Mar de Plata, atacué a la gente política del pellegrinismo provincial. En fin, líos. Gozo fama de ser un escritor en extremo independiente, y esto me da amigos y enemigos en abundancia. El artículo se titulaba «La Palmira Argentina». Uno de estos días se lo mandaré con otras cosas. Atacaba a Pellegrini, el dueño, puede decirse de «El País» censurando su frase «el que quiera celeste que le cueste», en la cual va envuelta la teoría económica de hacer difícil la

vida, al inmigrante. Seguí escribiendo después, pero ya en relaciones tirantes con el Directorio, compuesto de inmigrantes industriales, hasta que al fin, un buen día, no aparecí más por el diario. Tenía sobrado trabajo y no necesitaba de «El País»; todo ha de decirse. He quedado, de intento, mal con la empresa y su nuevo director. En estas circunstancias, no sé ahora qué responderle sobre sus correspondencias, pues tendría que reanudar mis relaciones con «El País» para resolver el asunto. Creo prudente espere Ud. a que yo le avise de nuevo sobre su colaboración, ya sea para ésta u otra empresa. ¡Lástima el año perdido! Quizá, por otra parte, «La Nación» le dé a Ud. más trabajo. En fin, hay que decidirse por lo que más convenga, pues debe Ud. convencerse de que en este medio, puramente comercial, todo el mundo hace lo mismo. Excuso añadirle que le trabajo y le seguiré trabajando la plaza con todo el afán que provoca juntamente en mi espíritu la admiración y el cariño. Como yo suponía, Bece- || rro de Bengoa no duró en «El País». No interesaba. Lo siento, porque es muy buen amigo mío, lo cual no obsta para que no me interese escribiendo.

Vamos a su última carta, recibida ayer. Admirables, amigo, los *Tres ensayos*. Temo que el excesivo esfuerzo de intensidad, le haga mal a la salud o le agote antes de tiempo. ¡Ojo al cuerpo! y atención a lo que sobre el insustituible animalito dice Schopenhauer. No sé cuál de los tres ensayos me gusta más; encuentro enorme su contenido, con *mucho sentimiento hondo en el pensar hondo* (*Paz en la Guerra*, pja 290). Los he leído y releído, calándome cabeza y alma. ¿Cómo diablos llega Ud. a construir así, tan robustamente? Pero ya caigo; Gracián, el abominable Gracián, me lo ha dicho: «el alma del estilo es el concepto». Y luego: «lo bueno, si breve, dos veces bueno». Y en el *Oráculo*: «más obran quintas esencias que fárragos». Me gusta Gracián extraordinariamente, y no lo cambio por todos los clásicos juntos. Su tendencia antipalabrera debía ser el Evangelio de los jóvenes escritores españoles. ¿Por qué anda tan mal editado Gracián? ¿No le quieren en España? *El Discreto*, el aguerrido *Discreto*, como dice muy bien Farinelli, es el mejor manual para luchar con el mundo. Se necesita haber vivido mucha vida positiva para comprender en todas sus fases a ese estupendo combatiente.

¡Qué hermoso estudio y qué bien dirigido «*La ideocracia*»! Ya conocía su esencia por un artículo de *Vida Nueva*. Es obra || buena sacudir esas cristalizaciones que caracterizan al pensamiento español, ese aragonismo bestial de que tanto se enorgullecen ahí. La consecuencia inamovible es propiedad de las piedras, hundidas en el llano, de donde ya no volverán a rodar nunca. Y no hay español que no quiera tener algo de aragonés abaturrado; en esto consiste el absurdo orgullo nacional. Ser consecuente a la aragonesa, es

decir, a la española, es apretarse la cabeza contra toda idea que venga de afuera: es vivir enrojeciéndose y oxidándose, y ya se sabe que es propiedad de la roña comerse a la materia que custodia (*sic*). Me parece admirable lo que Ud. dice: tener ideas y no ser tenido por ellas. Desearía contar a Ud. muchas más impresiones sobre este trabajo admirable, pero temo se haga interminable esta carta.

Los ejemplares que me envió Serra los pasé a la librería Bonmatí, el cual me los abonó enseguida, sin esperar a realizar la venta a comisión. Inmediatamente escribí a Serra, acompañando la orden de cobro contra el comisionista de Bonmatí en Madrid. Supongo que Serra le habrá enterado a Ud. de la cosa, así como de algunas indicaciones que yo le hacía sobre el negocio de libros en esta plaza.

Conviene (y lo digo por la conservación de su influencia en estos países), que no se ocupa de nimios pinitos literarios. Considere Ud. que el Sr. Ojeda no existe; yo no sé quién es: a Américo Llanos le conozco: es un chiquillo sin importancia alguna, que no conoce más que someramente la literatura de Ud., y aunque || la conociera, es completamente incapaz de digerirla; dio la conferencia por hacerse el novedoso, basado en los cuatro artículos suyos que ha visto en *Vida Nueva*; en fin, es un mocoso que no merece tomarse en cuenta. Con motivo de esta conferencia, me escribieron varios amigos, invitándome a que la impidiese. En una palabra: aquello se tomó completamente a risa por la media docena (no hay más) versados en estos asuntos. Mi buen amigo Berisso es un respetable y rico saladerista, cuya fortuna han labrado los obreros vascos; no es más que un saladerista, estuvo a punto de ser tenor, a cuyo efecto le mandaron sus padres a estudiar a Italia, pero no se atrevió a debutar. Debía haber sido tan *discreto* con la pluma como lo fue con la laringe. Freyre es un sosaina que se esfuerza por ser parnasiano, de los de Leconte de Lisle. No tiene influencia literaria de ningún género, ni hay quien le haga caso. Es diplomático boliviano cesante a causa de haber caído los suyos, mejor, de los que él era, en la revuelta mil y quinientas. Vive aquí reventándose en las redacciones y haciendo como que hace política boliviana. Zaballus rätonea en las bibliotecas de viejo. Y así sucesivamente otros varios. En realidad, excluyendo a Groussac, y el joven Lugones, no hay nada. Desearía que conociera Ud. bien la producción de este muchacho; entre el autor de *Las Montañas del oro*, y el actual hay diferencia enorme. Evoluciona sin cesar, y yo creo que dará mucho; su cultura es grande, y no cesa de trabajar su estilo. Entre sus trabajos últimos, diversos artículos, hay algunos notables. Actualmente prepara un libro, *Guerra gaucha*, en que ha de dar gran parte de la fisonomía de América. Nos tratamos muy poco; así pues, no hay parcialidad en lo que digo.

Tiene Ud. razón en afirmar que la cultura filosófica es aquí inconsistente; el criollo, generalmente, odia lo sesudo; además es muy perezoso para el estudio, y su cabeza es endeble para contenerlo. En todo lo que América lleva de constituida, no ha dado un solo hombre de vuelo; Sarmiento, lo más alto de aquí, fue, como dice Groussac, la mitad de un genio. Le llamarían a Ud. la atención sus escritos, cuyo ritmo es completamente *bagualesco*, una verdadera *montonera*, como aquí se llama a la *avalancha* de las tribus. Algún día, le mandaré el *Facundo Quiroga* y los *Recuerdos de Provincias*, obras capitales de Sarmiento. Es el que mejor, aunque con gran desorden, ha estudiado el paso de la vida nómada a la ciudadana. Le supongo a Ud. enterado del barullo que aquí se ha metido con motivo de la estatua de Sarmiento hecha por Rodin. Sarmiento fue gran enemigo de todo lo español, lo cual inspiró a Viller- || gas una sátira humorística notable titulada *Sarmenticidio*, que supongo conocerá Ud. Otro hombre de talla fue el constitucionalista Alberdi, descendiente de guipuzcoanos, enemigo a muerte de Mitre. Alberdi fue el que más trabajó aquí por quebrar el espíritu religioso español, y lo consiguió. Sus obras, la mayoría sobre legislación, son numerosas. Para mí es la inteligencia más alta de este país. Antes de estos dos, y ahora, no hay nada.

Mi opinión, para que mantenga Ud. su prestigio aquí, es que se ocupe solamente de escritores serios; y aun con estos, hablar siempre de arriba, desde lo alto, como le corresponde. No haga Ud. lo de Valera, alabarle todo, porque esto a la larga, desmonetiza. Tenga Ud. en cuenta que el criollo tiene mucho de la naturaleza de la puta andaluza: le gusta que le den en los *nudiyos*. Hable siempre en tono de maestro, y ocúpese con preferencia cuando escriba para acá, de cuestiones europeas, de asuntos universales. Por ejemplo: debía Ud. haber escrito sobre el asesinato de Umberto. Debe Ud. tratar asuntos culminantes y de actualidad, de cualquier nación que sean. Esto es lo que hace Max Nordau, y se le tiene aquí por un dios. En mi humilde opinión no es más que un popularizador de la ciencia y de la filosofía, eso sí, con mucha habilidad periodística. Este lombrosiano sabe elegir muy bien los asuntos. Estuvo Ud. muy || oportuno con *La leyenda del eclipse*. No le preocupe a Ud. como tema el pobre alegorismo literario de aquí, los decadentes, parnasianos, simbolistas y demás quincalleros, como Ud. dice. Eso no tiene importancia, ni vive aquí más que entre unos cuantos tontos: no tienen público: la mayoría de esas cosas ni siquiera son propias, ni siquiera, tampoco, adaptaciones; son calcos sobre Lorain, Pierre Luys y otros. Cuando más, si tiene Ud. gusto en ello, consagre un artículo general al asunto, tratándolo por el lado ridículo, sin volverse a acordar más de tal asunto.

En cuanto, ya en general, a la influencia francesa aquí, es harina de otro costal. Contra esta influencia protestaba también ayer D. Juan Valera en una de sus amenas charlas en «La Nación». ¿Pero acaso esa influencia no se ve también en España? En sus principales diarios veo que se publican novelas francesas. ¿No las hay españolas? Aquí gusta poco esa prosa lenta y arrastrada de los maestros españoles, una prosa sin bríos ni chispas. Se prefiere lo insustancial francés, con tal que sea curioso. A Maeztu he hablado largamente de lo que España necesita para influir en América, tanto en literatura como en otros órdenes de la vida. No hay que mendigar la hermandad, sino imponer la paternidad, para lo cual hay que hacerse padre. Con manifestaciones de los cadetillos de la marina, no se hace nada. En realidad, créalo Ud. firmemente, aquí se tiene antipatía a lo español, y para que un español llame la atención tiene que estar a la altura de Unamuno, de Cajal, de Letamendi, etc. En cambio, es || grande la simpatía por lo francés, y por los franceses, que por su parte los tratan con un desdén olímpico y se ríen de sus republiquetas, para las cuales reclaman la música de Offenbach. ¿Quiere Ud creer que mi apellido francés ha influido enormemente para ser leído y se me haga caso? Es una puerilidad, pero el hecho es cierto. Si me hubiera llamado Juan Pérez, nunca hubiera podido decir en diarios criollos lo que he dicho, sobre todo, en estos últimos tiempos, en que no me cansado de atacar a la insustancialidad criolla.

Lo que le digo antes sobre su acción literaria y periodística para acá, no implica, ni mucho menos, un consejo, que Ud. no necesita, y menos de mí. Es solamente el buen deseo de informarle, indicándole el camino más utilitario y de mayor provecho positivo. Apunte Ud. siempre al asunto universal más bullente. Ejemplos: una correspondencia sobre Lombroso, que tras revueltos aquí a todos los abogados y médicos (y son muchos): sobre las ideas de Tolstoi, sobre el sensualista D'Annuncio, muy en moda aquí; sobre Nietzsche, a quien pocos entienden, aunque muchos mencionan, como un milagroso coco de la metafísica. Perdone Ud. que me permita estas indicaciones; lo hago por el afán de su mayor lucimiento, y porque Ud. se afiance bien aquí, y gane, además, lo que se paga a Max Nordau y otros, todo lo cual, mi querido y grande Unamuno, me interesa más que si se tratara de mí mismo. Tenga en cuenta que en estas indicaciones interpreto el gusto general.

Leo todas sus traducciones. La || de Carlyle me ha gustado muchísimo, y la encuentro superior a la francesa y a la italiana. De la de Meck y de la de Schopenhauer no sé qué decirle; pues no conozco otras. De esta última, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, hablaba ayer en «La Nación» D. Juan Valera, sin decir que Ud. la había traducido. Observo que los viejos eluden mencionarle. No

le perdonan a Ud. el ¡*Adentro!* y otras cosas. De Shopenhauer (*sic*) y de Gracián decía D. Juan, con su habitual filatería y alambicados ringorrangos, cosas muy *peregrinas* y *donosas*. ¡Vaya con el donaire de D. Juan! Eran unos discreteos sobre materia filosófica, dignos de verterlos en la sonrosada orejita de cualquier Ynesilla. Don Juan debía poner una academia para enseñar ademanes de salón con un curso de charla para señoras, dejando la filosofía para otros meollos. Dice de Gracián pestes, llenas de buena educación, pero pestes: es claro: como que es el polo opuesto de él; Don Juan es todo mollar, flojo, fofo y lindo; Gracián todo es sustancia y tuétano. Debo al Sr. Valera muchos elogios, y nada, como éstos, me hacen desconfiar de mí mismo y... de D. Juan.

Otra cosa: he leído *El Alma castellana* de Martínez Ruiz. No le he visto la punta, a pesar de tenerla tan larga, según las crónicas. Siempre leo con lápiz, y hace falta que contengan muy poco los libros cuyas márgenes yo no marque. El del Sr. Ruiz lo solté en blanco, pues no me interesó guardar || nota sobre el color de las medias que llevaban los segundones en el siglo XVIII. Como revelador del alma de un pueblo me parece el Sr. Ruiz completamente ambizurdo. Es mucho título de libro para tan poco contenido.

Parrafada final, que esto va muy largo. No he contestado oportunamente a sus cartas, primero, porque he estado muy atareado, unas veces de corresponsal por esas pampas, otras con trabajos urgentes aquí. 2.º, porque ha estado en poco que no haya ido a Europa, a España y quizá a Italia; a última hora se deshizo la causa por diferencia de precio al trabajo. Creí sorprenderle apareciendo un día sentado entre los chicos de esa Universidad, en cuyo ámbito deben flotar los manes de los estudiantes de *El gran tacaño*. Dios o las circunstancias humanas no lo quisieron, con pesar mío de no poderle abrazar. Ahora quién sabe cuándo iré, o si iré algún día. De ello tengo ganas ardentísimas. Hace un par de años que siento haberseme despertado los instintos de liebre que indudablemente residen en el fondo de la naturaleza humana. Ya sabe Ud. que la liebre (aquí no las hay) si no muere accidentalmente en la carrera, busca su fin en torno a la estepa en que nació, o lo más lejos, dentro del radio de su valle. Es más fácil —ya se lo decía a Maeztu— universalizarse ideal o literariamente que personalmente. La muerte del emigrante, en la emigración, es siempre triste. Vea Ud. mis ideas, más que ideas, sentimientos sobre este punto en *El ahorcado de Flores*, un cuento de «Caras y caretas». Además, el medio este no es propicio a un escritor. Será porque la literatura, último clavel de la cultura social, surge, como diría nuestro Maeztu, sobre las chimeneas de las fábricas. Y yo, en lugar de venir aquí a levantar chimeneas, como mi pobre padre en España, he venido a hacer literatura, a lo que no || viene nadie. El destino será así: mi padre murió bajo las

chimeneas que levantó en España, y yo moriré bajo la literatura que haga en América. Es la suerte reservada a toda primicia, como decía Zaratustra, que, entre paréntesis, no me parece tan loco como se dice.

La novela (mi tendencia literaria más amada) no puede hoy por hoy prosperar aquí. Novelar sobre esta masa social es difícilísimo. Esto es caótico, embrionario, atrozmente informe. Aquí sólo saben ensayos como el de *La conquista del reino de Maya*, ese confuso y terrible libro de Ganivet. Pero la novela de costumbres es imposible por no haber costumbres, o mejor dicho, por haber tantas como individuos. Quizá sea también que yo no pueda novelar sobre tan heterogéneos elementos. Es una sociedad para hacer sobre ella síntesis transcendentales. En tal sentido, a nadie como a Vd. le convendría conocerla. La novela popular para que circule, tiene que estar dirigida a grandes masas, de cierta uniformidad de vida; necesita pueblos hechos, tuerta o derechamente, pero hechos, con líneas generales, en las que el novelista popular basa sus estudios y narraciones. Aquí no hay nada de eso. Además la población es pequeña, aunque deforme, y quizá es esto el mayor mal de este país, cuyo fracaso político y económico es fácil adquiera resonancia universal si Inglaterra lo quiere. Figúrese Ud. una cabeza de elefante (Buenos Aires) sobre un cuerpo de tenía; una estructura, en fin, imposible. Las consecuencias de esto son tan múltiples como desastrosas.

Por otra parte, para mi objeto literario, estamos en un borde del mundo, sin comunicación literaria con las demás repúblicas. Está Ud. más sobre toda América desde Salamanca que lo estaría desde Buenos Aires. De mí se ha escrito bastante en Chile, Perú, etc., y sin embargo, no he logrado grado difundirme allí. De *Teodoro Foronda* hice dos mil ejemplares; siendo un éxito comercial, la edición está por agotarse ahora: *La Maldonada*, siendo a juicio de Ud. mejor libro, no ha tenido ni la mitad de éxito. Y es porque *Teodoro Foronda*, mal hecho y todo, abarca un pequeño mundo de líneas generales: la colonia española.

Tengo, pues, grandes deseos de emprender la conquista del público español en la novela popular o costumbrista. Creo que España, sus regiones y costumbres, serían vistas por mí de un modo original, por hallarme libre de prejuicios; sería un extranjero escribiendo en español. Lo vería todo de un modo distinto a los escritores de ahí. Desde luego no tengo más aspiraciones que a ser uno de tantos, un novelista entretenido. Ni yo soy capaz de marcar rumbos nuevos a la literatura ni a nada, ni aspiro a la categoría de genio. La novela sobre el pueblo vasco, que no se ha hecho, ni lo es el *Ramonchu* de Loti, me interesa mucho. Por otra parte, siempre contaría con el público conquistado aquí, al cual, estoy seguro, in-

teresaría más desde ahí. Porque nadie como los sur-americanos du-
dan de sus propias cosas y de cuanto entre ellos se forma.

Como ventajas personales para luchar cuento con conocer to-
das las situaciones de la vida, desde las más pésimas hasta las más
cómodas; una voluntad a prueba de pampas, mucho amor al trabajo
y al estudio, 33 años bien vividos, de yunque casi siempre, y un
nombre muy largo y hasta bonito que ha despertado gran curiosi-
dad en D. Juan Valera (Dios se lo pague). Contrás: un carácter
encogidísimo en || sociedad; y, por otro lado, fenómeno al parecer,
aunque yo creo que no lo es, un temperamento brutal en la polémica,
lo que me haría algo peligroso para ser pelo tomable. Soy solo,
sin obligaciones de ningún género, y podría disponer de siete a
ocho mil pesetas para sostenerme los primeros tiempos. Como los
segundones en la novela española, me atrevo; pero no sé si los *se-
gundones*, entre sus novelas y artículos, logran vivir. ¿Qué le pa-
rece a Ud. todo esto? Pero no, no se tome Ud. el trabajo de discurrir
sobre la cosa, porque, probablemente, todo esto no pasará en mí
de un ensueño perenne.

Otra cosa de Europa que me interesa muchísimo es el anarquis-
mo; quisiera penetrar en sus vivas entrañas, en el núcleo de que
nace la acción, pues lo libresco, con *Grave* y *Kropotkine* me tiene
indeciso. Los anarquistas dispersos que andan por aquí, se entu-
siasman mucho con un artículo mío *El cajista de Kropotkine*, donde
pintaba a un tipógrafo componiendo un original de Kropotkine. Yo
creo que el obrero de imprenta, por vivir de retazos de ideas, es
el más exaltado. En fin, ahí verá Ud. el cuento, en la colección de
«Caras y caretas» que le mandaré en estos días.

Me alegro infinito de que tan bien le hayan sentado sus escur-
siones campestres por Ledesma. Alvarez, o *Fray Mocho*, me ha co-
municado los recuerdos que para mí envía Ud. en la carta que a
él le dirige. Este Alvarez es el Director nominal de «Caras y ca-
retas» pues los efectivos, y verdaderas almas de este bodrio de ||
publicación que ha obtenido aquí un éxito enorme, son Pellicer y
Mayol, un burgalés y un gaditano.

Espero siempre con sumo interés sus producciones; me intere-
sa mucho *Ledesma* y en *El campo*, que supongo serán de carácter
poético. Aquí se le tiene a Ud. mucho más por pensador que por
poeta; no aciertan a verle más que de perfil. Yo le siento a Ud.
poeta aún haciendo lingüística, y gustándome infinito lo que da su ca-
beza, me quedo con lo que da su espíritu. Lo primero lo admiro; lo
segundo lo amo. Siento que es Ud. difícil para llegar al pueblo, y
que éste no está hoy para subir hasta Ud. Lo siento, porque no
logrará la difusión universal que merece, y siempre habrá una gran
masa que dirá: «¡Ah, Unamuno!», pero sin llegar a calarle ni a
calarse de Ud. En fin, ya conozco sus ideas sobre este punto, y lo

consolado que está Ud. «Ganará tu eficacia en intensidad lo que en extensión pierda» (*Adentro* p^a 18).

A Catalá hace tiempo que no le veo. Me visita de tarde en tarde, lo cual no quiere decir que sea ingrato. Todo lo contrario; es muy buen muchacho. Creo que le va muy bien, trabaja || jando mucho. No puede hacerse al país, consecuencia de haber venido maduro. Es un muchacho triste, serio, de interior que me gusta mucho. Pasó la cirugía de la *novatada*, pero ahora marcha, aunque excesivamente agujoneado por la nostalgia.

Perdonen los ilustres griegos muertos el rato de atención que he robado a su segundo intérprete. Perdón. ánimas de Homero y Luciano.

Mis afectuosos recuerdos a su guerniquesa; una pampa de besos a sus chiquillos, mis votos de salud por el pobre enfermito. Y para Ud. un efusivo y más que fraternal abrazo.

Fco. Grandmotagne

Buenos Aire octubre 12 de 1900.

Escribame con frecuencia; que yo también lo haré de aquí en adelante.

El artículo «La venda» lo hice reproducir en «La Prensa».

Sé que ha regresado Rentería; ha venido a buscarme varias veces, y aún no hemos logrado encontrarnos. ¡Salud!

13

[Buenos Aires 24 octubre 1900]

Francisco Grandmontagne.

Queridísimo Unamuno: al levantarme esta mañana he visto en los telegramas de España su ascenso a Rector de esa Universidad. Oiga Ud. por esas viejas callejas el batir de unas palmas: son los mías, por Ud., por la enseñanza y por España. ¡Oh férreo verdugo de la palabrería! Al fin, te miran y te subes. Esto último es el mejor signo de regeneración nacional. Me pro- || meto esta noche un banquete celebrando el suceso. Un millón de felicitaciones. ¡Bien por Alix, o por quien sea!

Hace días escribí a Ud. una *latosa* carta, de cuatro o cinco pliegos.

¡Salud! ¡Viva la regeneración y la España nueva!

Adiyo!

Buenos Aires Octubre 24/900.

14

Carta de D. Alejandro Carbó a Grandmontagne

Membrete

CAMARA DE DIPUTADOS
DE LA NACION

Buenos Aires Noviembre 13 de 1900

Sr. D. Francisco Grandmontagne.

Muy señor mío:

He recibido con su amable tarjeta el folleto que contiene la conferencia leída por el Sr. Prof. Unamuno en ocasión de celebrarse la apertura del curso académico de 1900 a 1901 en la Universidad de Salamanca.

Conservaré como precioso recuerdo la hermosa pieza literaria con [que] el expresado profesor enriquece la producción de la afamada Universidad, y con cuyo envío ha querido honrarme.

Quedo agradecido a la atención de Ud. y me suscribo su atento
y s. s.

Alejandro Carbó

[Noviembre 1900]

Querido Unamuno: cuatro letras nada más: repartí los folletos conteniendo el discurso de apertura de curso; el resto los he repartido como me ha parecido, a unos en nombre de Ud., a otros en el mío. He ahí lo que me contesta el diputado Carbó, a quien se lo mandé en nombre de Ud.; conviene se vincule Ud. a estos hombres. Este Carbó (no sé si lo he dicho) apoyó sus teorías sobre enseñanza en palabras de Ud. que citó hace poco en el Congreso frente al Ministro de Instrucción pública. El debate fue la comidilla de varios días. Supongo lo verá Ud. en la crónica de «La Nación», donde se publicó el discurso de Carbó. Por este mismo correo van dos número de «El Tiempo» en que he hecho transcribir el discurso; a otros diarios mandé sueltos que no he recogido. En fin, el terreno está de sobra trabajado; pero así mismo, no pierdo ocasión de que se difunda Ud. todo lo posible. No lo hace el amigo, sino el admirador entusiasta, y algo más, el discípulo más atento. ¡Lástima que, intelectualmente, esto sea tan chico! Aún no he visto a Yribas para ponernos de acuerdo sobre el precio de los artículos remitidos.

El zaratustrano y buen amigo Maeztu me ha escrito una extensa carta sobre nuestra tierra, sobre el espíritu bilbaino, sobre la invasión jesuítica y otros tópicos interesantes; tiene un proyecto que me gusta mucho, y en el cual he de ayudarle cuanto pueda. Pienso escribirle extensamente uno de estos días. Estoy compaginando un pequeño almanaque para «La Vasconia» donde publico un retrato viejo de Ud. ¿Por qué no me manda uno moderno? Se lo agradecería mucho. Escríbame.

Un abrazo.

Grandmontagne

16

LA VASCONIA

Revista ilustrada Euskaro-Americana

Buenos Aires Enero 28 de 1901

Mi querido Unamuno:

Recibí su tarjeta postal, y los dos retratos: muchas gracias. Observo en las fotografías que está Ud. viejo, lleno de canas a los 36 años. Mas es lo esencial estar sano y fresco por dentro, y a juzgar por la apostura, todo denuncia gallardía íntima. El de cuerpo entero, verdadero tipo de chimbo clásico, está pidiendo el impermeable para ir a la mina, a la mina que oculta el filón y la rica veta del nuevo espíritu de esa aplanada España. Yo te saludo, guapo minero.

Otra cosa; estuve con Yribas, para arreglar el precio de los artículos: convinimos en 25 duros por cada uno. No pude sacar más. La Administración de esta revista padece *asma* crónica, con todas las angustias de quien desea vivir y no puede. Se sostiene llenando anhelos de ritmo político entre el *politiquerismo* intercontinental; una vida, en fin, muy arrastrada, porque la peor crisis económica que nos atraviesa, no permite a los políticos *picolos* ser muy espléndidos. Nada tenemos que ver con esto nosotros, es decir. Ud. pero Ud., que tan hondamente conoce los fenómenos universales, conocerá también lo que en lenguaje vulgar se llama *golpes de rechazo*. Hay que *eruditarse* (¿se puede decir así?) || en estos golpes, vamos, erudición de vida, que es tan útil como la erudición de libros. Hace tres días, me dijo el amigo Yribas que ya habían sacado el giro por los 75 duros, los cuales deseo estén ya en su compañía. Si así no fuera, escríbame enseguida para apresurar con maña americana el envío de los pesos. No sé si quedará Ud. conforme con el precio; pero, a la fuerza ahorcan.

Leí con el interés de siempre su artículo de año nuevo en «La Nación». Yo traté el mismo día el mismo asunto. No le digo a Ud más para encarecer la diferencia. Ya se le podía haber ocurrido Ud. otra cosa o a mí. Yo no supe salir del movimiento comunista francés, previo un recorrido a la historia antigua, en bicicleta. Ahí va el buñuelo, entre esas revistas que le envío.

Por estos pagos se escribe de Ud. con frecuencia, casi todos los días, citas, transcripciones, etc. Es el mejor sistema para la difusión, mejor que el artículo, aparte de que no tenemos por aquí *dedos para*

guitarreros (dicho criollo) para hacer un estudio completo. Constantemente recibo cartas pidiéndome informes sobre Ud., noticias biográficas, etc., pues me han tomado por el depositario del unamunismo en América; a todos satisfago, como puedo; así que, cuando vea algún infundio biográfico, ya sabe Ud. la fuente, y no le preocupe. Ya sabe Ud. que en América se cultiva con verdadero genio el espíritu de Ud. todo, sin las restricciones que se le hayan pedido pegar a su contacto con esa pueril austeridad de la vieja Castilla. En diarios de Montevideo y de Chile habrá visto Ud. algunas noticias. Entre los jóvenes sosainas americanos que *macanean* (¿conoce Ud. el término?) en París, también veo que de rechazo de Buenos Aires cunde el unamunismo. Tengo a la vista un diario en que el mulato Ugarte, un viejo amigo mío, aunque él es muy joven, echa también su cuarto a espadas sobre sus dos últimos folletos. ¡Adelante, o arriba, o adentro, o mejor, a todas partes, con el vigoroso arranque de adentro!

Le escribo esta carta con el pie en el estribo; me voy a Mar de Plata y al Quequen, una costa indígena, a veranear, a ver de nuevo los cortes colosales que el mar le ha hecho a la pampa. Estoy cansado del trabajo diario de prensa, que aquí es capaz de matar a un toro. Voy a revivir mi Cantábrico, a que se me «suban a flor del alma, como Ud. dice, los años de verdor». El océano me da la ilusión de la vieja Fuenterrabía; pero el plano paisaje de la tierra me la quita.

Un abrazo y que el buen Dios le aumente la salud, la prosperidad y la gloria. Escríbame.

Grandmontagne

Buenos Aires Febrero 8 de 1901

LA VASCONIA

Mi muy querido D. Miguel: confirmo (estilo comercial) la mía del otro día, y le acuso recibo de su última (12 enero). Lo ví a Yribas y supe que no le habían girado de la Administración los 75 duros *del verbo amar*. Me lo temía, como ya habrá observado en mi anterior. Le apuré de un modo amistoso, aunque grave, haciendo de la cosa una obligación personal mía ante Vd., y obtuve la promesa de que los primeros pesos que entraran en caja estos días seguirían viaje para Salamanca. Además, para obligarle de un modo directo, me prometió que ese mismo día le escribiría a Vd., diciéndole por qué no había ido el giro. Me hizo una larga explicación, que omito, ateniéndome al trigo. Descuide Vd., que ahora no dejo el asunto de mi mano. Desde Mar de Plata, le acribillaré a cartas. Es buen muchacho Yribas, pero... *anda águila*. Esta locución criolla quiere decir apretado económicamente. Puede Vd. confiar, sin embargo, en el pago. No he recibido aún «La Lectura» ni «La Unión Escolar», cuyo artículo reproduciré en cuanto llegue. Para la primera ahí va un || artículo, si sirve. No tengo tiempo de hacer nada original. Más adelante, quizá le mande un pequeño estudio sobre la colonia española. No sé si el tono en que está escrito el adjunto artículo sobre Galdós dramaturgo encajará en la revista. Usted lo verá y hará lo que quiera. Me gusta mucho Galdós como dramaturgo, y creo que representa un verdadero progreso en el teatro español. Desde la soledad del mar-pampa, puede que le cuente algo de mi azarosa vida personal y literaria, no para los fines que Vd. me lo pide, sino por el gusto de contárselo, para que se ría Ud. un rato y se conmueva quizá, que para todo dan mis treinta y dos años.

Me alegro mucho de que esté Ud. de acuerdo con mi opinión sobre Martínez Ruiz y Gamero: son dos *ambizurdos*.

No se puede Ud. imaginar el ansia con que espero su drama y su novela. El motivo de ésta me gusta mucho, y tengo una confianza absoluta en que ha de resultarle el humorismo con que piensa Ud. tratarle. Todavía me estoy riendo del *turipanta* del artículo de «La Ilustración». Supongo no le hará mucha gracia a Eusebio Blasco,

autor de la zarzuela que tiene eso del *turipanta*. Me parece que en el drama va a estar Vd. fuera del gusto del público. A estos sentimientos inexplicables, se les llama en criollo *pálpitos*. Este término es muy original y expresa muy bien lo que quiere decir.

Manténgase bueno y feliz, y *«apuntando a lo inasequible»*. Un fuerte abrazo de admiración y cariño

Grandmontagne

18

Membrete

LA VASCONIA

Revista ilustrada

Euskaro-Americana

Administración: Avenida de Mayo 781

Cooperativa Telefónica 506

Buenos Aires Abril 29 de 1901

Mi queridísimo Unamuno:

El portador, mi buen amigo Navarro Lamarca, desvía su itinerario por Europa, y va a Salamanca por solo el deseo de conocer a Vd. Se lo presento como uno de sus mayores admiradores americanos, aunque él es español, hijo de criolla. Es mi amigo hombre que conoce mucho estos pagos y que ha actuado fucho en la sociedad bonaerense, a la que se halla muy vinculado. Le podrá informar sobre cuantos puntos tengan despertada su curiosidad en lo relativo a este país. He sido mi amigo catedrático de Historia americana, historiador a ratos, abogado distinguido del foro bonaerense, representante de empresas yanquis o londinenses, un hombre múltiple, a la americana; él le dirá quiénes fueron Sarmiento, Alberdi, Rivadavia, etc., puesto que los ha comentado con frecuencia; le diré también cómo se formaron aquí los hombres intelectuales, y podrá, en fin, responderle de todo cuanto le interese.

Le debo contestación a tres cartas; uno de estos días le escribiré.

Lleva mi amigo ansias de empaparse de ese medio vetusto en que aún deben de flotar las tunas figuras del *Gran Tacaño*. Es un espíritu el de mi amigo muy americano. Le agradeceré mucho le acompañe Vd. y le ayude en cuanto desee conocer.

Navarra Lamarca, que es muy expansivo y cordial, lleva para Vd. el abrazo de quien más le quiere, de

Grandmontagne

Carta a Conte Mac-Donell con añadido para Unamuno

Buenos Aires 19 Junio 1901

Sr. Conte Mac-Donell.

Muy Sr. mío: A lo que es verdad, puede Ud. llamar *Chantage* y otras palabras de igual o mayor bulto honorífico. Aquí lo esencial es que Vd. porque a mi amigo el Dr. Unamuno, ya sea por mi conducto o girándole directamente, que aún me parece mejor. Hace Uv. bien en sospechar que sea yo hombre de poca confianza para entregarme esa suma. Hay opiniones que bruñen, como me bruñen a mí todas las malas que a Vd. pueda yo merecerle.

No me convencen sus explicaciones sobre los tratos, contratos y contradanzas, entre Vd. y el Sr. Iribas. No entiendo cómo la colaboración debía pagarla Iribas y beneficiar de ella la Revista, es decir, Iribas y Vd. Además al quedar separado Iribas ¿por qué sigue Vd. considerando a Unamuno como colaborador de la Revista? Así lo veo en el último número. Por otra parte || si no se cree Vd. responsable ante Unamuno ¿por qué dice Vd. que le va a pedir disculpa? ¿qué disculpa le debe Vd.? Déjese de niñerías. Vd. no le debe disculpas, sino p. 75 oro Enviéselos y será la más agradable de las disculpas.

Mi carta no contiene ningún insulto, porque conozco perfectamente el valor de las palabras (permítame Vd. este rasgo de modestia). Por el contrario es una carta generosa, avisándole a Vd. mis propósitos. Eso no es *Chantage* ni pamplinas; eso es sencillamente gritos de acreedor, aunque por cuenta ajena. Parece mentira que un hombre que de tal modo confunde los términos dirija una «Ilustración». Y es que el país es muy ancho, mi amigo Sr. Mac-Donell.

Decididamente es Vd. un analfabeto en materia de comprensión de conceptos. En cuanto al Dr. Uriburu, confío, sin miedo ¿eh?, Sr. Mac-Donell, en que sabrá leer mejor que Vd. mi carta anterior. Y si la lee como Vd., pues tal día hará un año.

En fin, retiro lo de mal pagador, entendiendo que lo retiro desde el momento que Vd. gire a Unamuno, que es lo esencial de todo nuestro asunto. Y ¡por Dios! no || le mande Ud. mi carta a Unamuno ¡ay qué miedo!

Y salude Ud. a la gente al final de sus cartas: pues no quita

el pagar tarde, saludar a tiempo. Como yo le saludo a Ud. ahora, reconciliado ya, muy afectuosamente y devolviéndole a Ud. todos los honores que tuviera antes de mi carta-chantage, etc.

(Autógrafo) Grandmontagne

Nota. Puede Ud. comunicar al Sr. Guon en respuesta a su carta que la dirección del Dr. Unamuno es así: Sr. Dr. Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, España. Con esta misma fecha escribo a mi amigo comunicándole que sale el giro de los setenta y cinco pesos oro. Fundo mi tranquilidad de acreedor de refleja en la respuesta del Dr. Unamuno, anunciándome haber recibido la visita de los 75 pesos oro.

(De letra de Grandmontagne).

Querido Unamuno: Esto lleva trazas de acabar a coscorrones, en danza de padrinos y mogiganga de duelo. Tanto como Ud. ha de lamentarlo, lamento yo el haber llegado a este extremo: pero no había más remedio. Se me ha metido en la cabeza, como es justo, y no || cejaré hasta conseguirlo. Una de las características de esta sociedad es el ser en extremo tramposa. Como Ud. deducirá de todo este proceso, me he dirigido a los dos que pueden pagar, pues de Yribas, fuera ya de «La Ilustración», no sacaríamos nada. Uriburu, sobrino de un expresidente de la República, muchacho rico y de mucha figuración social, me conoce y ha temido al escándalo, sabiendo, como sabe, las ganitas que yo tengo de meterle mano. (Véale Ud. pintado en el librito que le envío, en la pág. 109 y siguientes, en el loco lindo *bullebulle*). La carta del administrador que le adjunto es obra suya. Temo que no le giren a Ud. Espero me comuniquen Ud. si han cumplido como corresponde. No vaya Ud. a ocul-tármelo en caso de que no le giren en el término de ocho días a contar desde que reciba Ud. esta carta. De todas maneras, el paso más violento ya está dado. Además lo hago ya cuestión de amor propio, y yo tengo mucho. Le suplico, por lo tanto, le pido encarecidamente que no deje de avisarme si es que no le han girado. No hoy otro remedio: o giran, o los saco a la vergüenza pública. En América somos muy violentos: ya lo habrá Ud. notado. Y para lo sucesivo, cualquier revista de aquí que le pida a Ud. original, será bueno que me lo mande Ud. a mí, único modo de evitar los trampeos en publicaciones que carecen de seriedad. Uno de estos días contestaré a sus cartas. Llevo una temporada muy ocupado, y por esto no lo he hecho. Supongo habrá Ud. recibido la visita de mi amigo Navarro Lamarca, quien le entregará libros de Sarmiento, Alberdi, etc. ¿Cuándo sale la novela sobre pedagogía? La espero con impaciencia. Hasta uno de estos días. Un fuerte abrazo.

Grandmontagne

20

Membrete

Francisco Grandmontagne

Buenos Aires Noviembre 1901

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Su ya célebre discurso (1) me ha costado media docena de rabetas de *órdago a la grande*. Uriarte es un tipógrafo, de una *ignorancia enciclopédica*, terco como un alto horno: además es un bizkaitarra de postín, de los que odian a España desde su caída. Cuando la guerra de Cuba, la prensa española de aquí comenzó a señalarnos como filibusteros, y como entonces todos los vascos de por acá eran muy españoles, me hizo escribir unos cuantos artículos de un españolismo furibundo. Vivimos juntos: no nos hablamos hace dos meses, y creo acabaremos en un total rompimiento, cosa que sentiría, pues es, por lo demás, un excelente chico. No transige con lo del vascuence, que, entre paréntesis, habla muy mal, como todos los bermeanos. Usted no sabe lo que es discutir con un Uriarte... hay que dejarle pasar. «La Vasconia» siempre ha sido cosa de él. Yo no hago más que un artículo de vez en cuando, ocupado siempre en otras publicaciones, pues en realidad, «La Vasconia» no me produce nada, ni me liga a ella otro afecto que el de haber sido sus columnas palenque de mis primeros ensayos literarios. He llenado de disparates los primeros tomos, víctimas de mis desodernados saltos en busca de ruta. ||

Estoy en todo de acuerdo con su discurso. Aquí he observado cuánto daño hace el vascuence para el desenvolvimiento del vasco. Un ejemplo: hay aquí, en torno a Buenos Aires, en cincuenta leguas a la redonda, un núcleo de vascos *tamberos* (lecherías, profesión habitual del vasco rural) que representarían, unidos, un poder económico colosal. Un fuerte sindicato inglés ha querido asociarse a ellos para explotar la industria de la mantequería, abanteciendo de este artículo casi toda Europa. Le prevengo que se trata de un negocio fabuloso, del que la República esperaba una de sus principales fuentes de riqueza. Pues bien: no ha sido posible ponerse de acuerdo con esta gente vasca, por su estado de ignorancia y atraso, por su barbarie, para decirlo todo de una vez. Y ahí andan, disper-

(1) Se refiere al discurso en los Juegos Florales de Bilbao el 26 de agosto de 1901. *Obras completas*, IV, 237-48.

sos, con sus tarros de leche, aferrados a la rutina, desconfiados como los lobos, odiando toda innovación y todo progreso. El vasco se impone aquí por su fuerza ciega, una fuerza jabalina.

Sobre el papel del vasco en España: escribí a Maeztu hace dos años una carta extensa, sosteniendo, entre otras cosas, la necesidad de echar el Pirineo sobre España, una especie de segunda irrupción de los bárbaros. Le convendría al español y al vasco: es quizá la fusión que puede salvar a España. Es la nuestra, como Ud. dice, una raza difusiva, y el vascuence es completamente aislador, contradicción que llevará indudablemente a la muerte del vascuence. El vascuence está haciendo de Bilbao un pueblo híbrido: en su lucha para rechazar al español, que también es conquistador, a pesar de sus regiones dormidas, aférrase al lastre de cuatro tradiciones estúpidas que le traban el vuelo para universalizarse. Tiene Ud. razón: Bilbao hablando vascuence es un fenómeno de necedad: por el lado del comercio se relaciona con el mundo, y por la lengua, que al fin es el vehículo de todo, se encierra en un baúl. La política vascongada es algo que da náuseas. El político regional, en quien está la raíz del daño, el *raté*, el fracasado en la vida nacional, es quien lleva el trastorno a todas partes. Se inicia en la vida pública apoyado en la tradición, en el Fuero, que generalmente no conoce, en el sentimiento popular de aldea: sube un poco, llega a Madrid, fracasa, y vuélvese a la región, a ser as en ella, ya que no pudo ser punto visible en la nación. Este es, a mi juicio, el origen del alborotador de Barcelona y de Bilbao. Hasta en literatura ocurre algo semejante. Entre las cosas divertidas y donosas (estilo de D. Juan Valera) que hay en España, pongo en primera línea el decadentismo literario de Barcelona, *los decadentes de Barcelona*, que decimos aquí.

«El vascuence es inepto para la cultura moderna». Hay que ser un completo majadero para negar la absoluta verdad de esta afirmación de su discurso. He visto una protesta, entre otras muchas, contra su discurso, de los profesores y doctores || vascos que hay en Salamanca. Por ella deduzco que andan más desarrapados de cultura que en tiempo de los catedráticos de esa Universidad que examinaron a Colón. Las figuras del *Gran Tacaño* me parecen lumbres. Aquellas llevaban la capa raída: éstas el entendimiento, y me parece que saliva de bilis de envidia en el alma. Creo que estarían mejor bajo el rectorado de Alfonso de Espina que de Miguel de Unamuno. Lo malo es que ni siquiera le bruñen a Ud. esos manifiestos, por la pobreza del ataque. Esta noche leeré los 5 artículos de «El Imparcial».

Como habrá visto Ud. en «La Vasconia», he dejado la dirección, que en realidad nunca tuve, pues no puedo tolerar que llegue a suponerse mi consentimiento a tales desatinos. Sin que yo supiera, dirigieron a Maeztu un ataque tan intempestivo como mal fundado,

a propósito de un artículo de éste publicado en «El Imparcial» (2). Un señor Jaca y Uriarte hicieron aquel desaguisado, mejor dicho, Jaca, que es un distinguido boticario y un vascófilo con rebetes de filósofo de percalina. Muy buen hombre, por otro lado, sincero, y que todo el día está lamentándose del «traspiés que ha dado Ud. en su brillante carrera». Ya puede Ud. prepararse para una larga tirada con que le está apuntando. En cambio, hay otro señor vasco, Goicoechea, ingeniero americano, *sur-americano*, que está de acuerdo con Ud. y del cual habrá recibido una carta y un artículo que nuestro bizcaitarra Uriarte no quiso publicar en «La Vasconia».

Diga a Maeztu que nada tengo que ver en las *formidables* atrocidades que le diga «La Vasconia». Yo no he querido escribirle (a Ud. se lo digo todo) porque no fuera a pensar que mi disculpa argüía miedo. Dígaselo como cosa suya. Yo soy algo pueril a veces. No conozco bien el alma íntima de Maeztu, y no estoy seguro de que hubiera interpretado derechamente mi confesión.

Dejemos todo esto... ¿y esas cosas en preparación? ¿Cuándo salen? ¿Y *la Venda*? Se me ocurre una cosa: ¿por qué no me la manda para que se estrene aquí, por la Compañía de la Guerrero a su regreso del Pacífico? Quizá le conviniera mandar una pieza teatral, *La Venda*, u otra que podría Ud. preparar de aquí a Junio. Tendría Ud. un inmenso auditorio, y haría con ello un buen favor a los artistas del Español, y al mismo tiempo le producirían bastante las representaciones. Además sería una prueba de distinción a Buenos Aires, a la gente que por aquí medita algo, y entre la cual tiene Ud. un prestigio más que español, universal. Anímese y mándeme una obra, en la seguridad de que mi amigo Díaz de Mendura pondría toda su alma en una esmerada presentación y ejecución. Para cualquier innovación que Ud. intente en el teatro, creo mejor preparado a Buenos Aires que a Madrid.

A mí también me ha tentado el teatro, y trabajo en mi *Avión*, que se estrenará en agosto. Fundo grandes esperanzas en mi obra, y espero meter en ella, el espíritu español contemporáneo. La acción se desarrolla en Vizcaya y Navarra, y a pesar de lo simbólico del asunto, espero resulte clara mi idea en el desarrollo dramático. En fin, allá veremos. Otro día, que esto va largo, le explicaré el asunto de *El Avión* y su tendencia y fondo, que en realidad, será el *Avión en el suelo*. Quiero conquistar España, una conquista modesta, como ya le he dicho, y me parece el teatro el camino más corto. Hasta la fecha, me he salido con la mía en cuanto me he propuesto: y con trabajo, estudio, paciencia, mucha hurga por dentro, una voluntad a prueba de ciclones, y algo que Dios ayude, llegaré a mi ideal, y a provocar otro cuando alcance éste. No estoy descontento

(2) 30 agosto 1901. *Obras completas*, IV, 248-50.

de mí mismo: criado de napolitanos, pobres agricultores: pastor luego: segador de alfalfa, gaucho, peón de estación, albañil, fundidor, despachante de aduana, escritor... creo que, *evidentemente*, he ido ascendiendo. Y no he llorado en mi vida. De sembrador de maíz con los napolitanos, a sembrador de ideas, siempre resignado, en resignación activa, y siempre valiente. *Cuí* en el país con tres reales en el bolsillo, y sin conocer a nadie: los *parientes colaterales*, al arruinarse y a la vez morirse mi padre, me sacaron de este medio: vine en calidad de carne de inmigración, tirado con 2.000 más sobre la cubierta del Equateur, con pasaje subsidiario. En las costas del Brasil padecí un acceso de locura: me serené, y entre aquel miserable montón de desgraciados sentí los primeros impulsos de elevación. Trabajé, sudé, sufrí, sangré. ¡Qué resignación me entró, y qué valen- || tía infantil! El hombre está más orgulloso del niño que lo estará el anciano del hombre viril! ¡Bien, *petite Grandmontagne*! Permitame Ud. este saludo a aquel chiquillo que quedó ya muy atrás. ¡Si Ud. supiera cómo he estudiado lo poco que sé: bajo los carros, al pie del caballo, en los ranchos, entre los alfalfares. Un día galopé 22 leguas y leí el *Tratado teológico-político* de Spinoza. Otro día, mientras me cargaba el carro de alfalfa, aprendí en Schopenhauer a enriquecerme por dentro, a esperarlo todo de mí: el *Contrato social* lo estudié a raíz de una pelea entre los gauchos: la *Teodicea*, mientras me curaba en un rancho de una descalabradura al rodar el caballo en una *vizcachera* (las toperas de la pampa): a Kant le conocí en una estación de ferrocarril, a la horas del almuerzo, donde estaba yo de peón, descargando bolsas de harina, bien me acuerdo: la lectura de la historia de España fue para mí un problema económico enorme. ¡Qué historia! Toda igual: parece hecha a máquina Singer: es como para leída en la pampa...

Si como dice Nietzsche «los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen», los míos, surgidos a la carrera, debían de ser extraordinarios.

No he recibido el libro del Sr. Larrabure. En las librerías de aquí no le hay. Mándenlo enseguida. Haré todo lo que puedo, pues tengo algunos amigos en las compañías de seguros. Manden ejemplares a la librería Bonmatí. Cobrará el 30% de comisión, y nada los que pueda yo vender.

Mándeme Ud. a vuelta de correo una carta-poder para cobrar a la *Ilustración*: ya sabe, 75 duros por los tres artículos. He de apretarles hasta el último extremo. Mande la carta enseguida, pues no se han de salir con la suya.

Un fuerte abrazo.

Grandmontagne

Tarjeta postal

Vista de Cercanías de Fuenterrabía.
El Santuario de N. Sra. de Guadalupe

[Madrid 28-3-1902]

A Miguel de Unamuno
Universidad
Salamanca

Querido Unamuno: no llegaron a la librería los ejemplares de Larrabure. Espero su llegada para hacer por difundir la obra. Sobre la cuestión seguros en Buenos Aires le informará como nadie el Sr. D. Carlos Navarro Lamarca, radicado hace dos meses en Madrid. Tiene grandes deseos de conocer a Ud. Llevaba una carta mía. Buen chico, *listo*. Ha sido aquí el abogado de las principales compañías de seguros inglesas y yanquis. Dirijase Ud. a él con toda confianza por si la obra puede negociarse aquí con alguna compañía. No sé su domicilio en Madrid: pero puede dirigirse Ud. a casa del Sr. Santiago Liniers, que es pariente suyo. No tenga Ud. inconveniente en preguntarle todos los detalles sobre el asunto. Ahí van dos números de *El Tiempo*, uno con un suelto mío sobre su prólogo a Bunge: otro con un artículo *calamo corriente* sobre la cuestión catalana. Vi «La Lectura». Sobre esto, el prólogo, etc., le escribiré largo otro día. ¿Cuándo sale la novela sobre pedagogía? Un abrazo.

Grandmontagne

M[adrid] 28-3-1902.

Mi drama marcha: estoy metido en él con toda mi alma.

22

Francisco Grandmontagne

Buenos Aires Mayo 15/902

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo:

He pasado una temporada de trabajo abrumador que me ha impedido contestar en oportunidad a sus interesantes y cariñosas cartas, cuyo recibo suelen darme un buen día.

A fines del año pasado dejé «La Vasconia». No tengo ya nada que ver con todo eso. Mi rompimiento con Uriarte, en cuya compañía he vivido nueve años, ha sido radical. Nos hemos separado odiándonos. Yo soy un gran odiador, con sentimiento de serlo, lo que contribuye a mantener perenne la pasión, envuelta en no se qué fondo poético oscuro. Cuando rompo con un amigo, es para siempre: jamás he reanudado una amistad. El ideal melancólico y triste de tener sentimientos eternos, creo que es la causa de esta modalidad de mi carácter. Tengo el defecto de formarme cultos exagerados de todo, de la familia y de la amistad. Y cuando la realidad, cuando lo amado no responde al amor que le tengo, caigo en la exageración de lo contrario: primero un odio vivo y ardiente, tensión que acaba en una indiferencia glacial que me entristece, pues en realidad, mi organización espiritual está hecha para los grandes afectos. La vida de mi alma carece de matices: todo es en ella fuerte, claro-oscuro. A casi todos los miembros de mi familia, con quienes no he tenido choque de intereses positivos, los he integrado, *mentalmente*, en el montón anónimo. Téngoles el cariño que profeso a lo humano desconocido, un cariño de pensador o poeta, no de hombre de familia. Para mí es cada vez una cosa más chica la familia, el cotarro particular, que circunscribe al hombre a sus creaciones inmediatas, a lo que sólo alcanzan los ojos y, si se quiere, sus vibraciones concretas. El cotarro familiar tiene todas las dulzuras, pero también todas las pequeñeces del cotarro. Quizá pienso así porque no habiendo tenido hogar, lo he idealizado en exceso. En fin, cada uno es como es, y yo no me esfuerzo en ser distinto de como soy. Y me gusto a mí mismo por bueno.

He aguantado a Uriarte las mayores idioteces. En momentos que peligraba la suscripción de «La Vasconia», que entre paréntesis, no produce nada, cuando la guerra de Cuba (yo era partida-

rio de la independencia, por patriotismo español, pues siempre me pareció Cuba un foco de corrupción política), me hizo escribir unos cuantos artículos de un españolismo estúpido, para contentar al elemento vasco, inconsciente y torpe, que entonces era muy español. Perdida la guerra, surgieron aquí los bizkaitarras, cuatro tontos, que superan en idiotismo a los de Bilbao. Todo lo he tolerado, pues, en realidad, mi labor en «La Vasconia» carecía para mí mismo de interés. Me sometía a todas las majaderías de mi amigo, riéndome en familia de su vasquismo de carbonero. Y vino lo de Ud., su programa de Bilbao, que no es a mi juicio un plan de porvenir, sino un hecho actual. La raza es hoy mismo invasora en obras, aunque se manifieste estrecha en palabras. Prediqué, expliqué su discurso, recurriendo a las formas más populares para meterlo en estas cabezas vascas, que son muy inferiores a sus brazos. Si hubiera proporción entre las cabezas y los brazos, serían los vascos los dueños de América. Todo inútil. No se respetó mi obra en «La Vasconia» ni mi admiración y cariño por Usted. Las burredas me fueron exasperando, hasta que rompimos de la manera más dura. Llegó al extremo de querer atacarme en «La Vasconia», cosa que evité con mi actitud, indigna ya de un hombre medianamente culto. En fin, todo eso se acabó: tie- || rra y cielo encima.

Leí su artículo de «La Lectura». Muchas gracias. Mi ideal ahora es hacerme público en España. Y vivir ahí, que aun siendo bastante limitada la vida intelectual, siempre es más amplia que aquí, donde, como Ud. sabe, el *tilinguismo* es general. Además estoy cansado de mi emigración. Y, por otra parte, ansío una lucha más en grande. Aquí ya no tengo por qué luchar. Aquí me leen y hasta celebran y consideran como cosa propia: pero yo no me siento de ellos, y en el fondo no me tragan. He dicho cosas muy fuertes, y esto no se le perdona a un extranjero. En fin, se me ha metido en la cabeza la conquista de España. Tengo gran curiosidad por conocer mi país, por ver cómo se presenta a mis ojos. Tengo la nostalgia de las montañas y el mar, y estoy muy harto de la tierra llana. Con esta idea, hasta me gusta ahora Celso Lucio. Con esto, le digo todo.

Tiene usted razón en afirmar que no soy un sabio. Estoy muy lejos de eso. Mi memoria es mediana, y no envidio las buenas. Sigo en esto su consejo de «no ser arca de conocimientos». No envidio las cabezas *marcelinescas*, ni aspiro a llevar una cuenta exacta de los folletos heterodoxos que pasó Herrezuelo o el amigo Juanillo. No he de dirigir ninguna biblioteca, ni nada dirigible. Mis celdillas no están hechas para casilleros catalogantes. Hasta eso de la dirección de los globos, que Dios quiera no se realice, me trae enojadísimo. Me gusta lo que no se deja dirigir. Cuando domaba potros en la pampa, me repugnaban los que caían en la categoría de caballos de tiro. En fin, repito que no quiero ser sabio: y si no fuera tan

curioso como soy, sabría mucho menos. No soy aficionado a los conocimientos precisos, y toda teoría demostrable es para mí teoría muerta. Creo que ha dicho Ud. en alguna parte que la ciencia muere en el hecho. Pues a la teoría la mata la luz. Las teorías han de vivir || como los peces, en lo semiclaro de profundos fondos. No hay decadentismo en este espíritu de indeterminación, sino ilusión de lebrél en correr tras de una nube. Los artículos que me salen con mucha razón demostrativa, son los que menos me gustan.

Mi aspiración es ser un erudito en porvenir, no en pasado, y un conocedor de la actualidad. Prefiero la intuición al conocimiento. Es labor más personal. Todos mis conocimientos están confrontados con la vida. No he hecho nunca esfuerzos de memoria para que se me quede lo que quiere irse. Cuando se va es porque el alojamiento es impropio de la cosa alojada. Quiero que haya amor entre la posada y los huéspedes. Las ideas, las humanas, han de tener *sangre* para asimilármelas. He leído mucha teología y no me ha quedado nada. Las sombras que no van precedidas de cuerpos, apenas las veo. De mi comprensión de Dios no quiero hablarle, porque yo mismo no me entiendo, y en no entenderme, veo a Dios, porque El es superior a toda capacidad humana. Mi Dios es cuestión de corazón, no problema de mente. Buchner es el cerebro más limitado que yo conozco. No sé si me explicaré diciéndole que yo prescindo, anulo, mejor, mi mentalidad para entenderme con mi Dios. Mi Dios está de cuello abajo. La cabeza puede negarle si quiere, ella sola, por su cuenta, pero mi yo total cree en él y le ama. La cabeza es impura para recibirle, y además, alojamiento muy estrecho. Las ardientes sutilezas de Malebranche para meter a Dios en formas naturales me parecen pobrecitos juegos de ingenio. Yo necesito una causa de amor más grande que la humanidad y todo lo conocido, y en esa necesidad veo a Dios. Si Dios fuera una cosa clara, personalizada, buscaría otra causa de amor. Mi Dios es un amor extravasado, depurado de todo concepto explicable. Respeto la ocul- || tación de Dios a toda comprensión pláctica, o positiva, o siquiera clara a la razón. Por esto, toda la teología me parece soberbia intelectual, contraria al misterio, a Dios mismo, rebelión, heregía, qué sé yo. Dios, explicado, se empequeñece. Todos los santos que se forjaron un Dios seguro y claro eran unos seres inferiores, de amor limitado, a lo explicable. De Dios no se debía de hablar nunca: no debía existir el vocablo. El Dios concreto de un hombre no puede ser el Dios de la eternidad y de los mundos. Y el concepto del Universo y de la eternidad, todavía es menos que Dios, porque... Dios sobre todo.

Tengo mucha curiosidad por conocer las conferencias de que me habla. Creo le envié el número de «El Tiempo» en que trascribí un fragmento de su carta sobre esto. Lo publiqué en Viernes Santo.

Un consejo, en interés de su prestigio en América: no se ocupe Ud. de nosotros como ascritores: deje usted a Ghiraldo, Saavedra, etc., etc. Todo eso no vale nada, ni significa nada aquí, ni en ninguna parte. Sus prólogos a Ugarte y Soto Calvo, le han perjudicado más que otra cosa. Aquí tenemos poco talento y mucha viveza. Y la viveza, ve en usted, con estas cosas, el deseo de mantener el mercado. Se lo digo con toda claridad para que sepa a qué atenerse. Son impropias de su genio estas menudencias. Y contraproducentes. Fíjese bien en esto. No haga usted como Valera, que habiéndonos elogiado a todos, nadie cree en él. Infórmese todo lo que pueda de los problemas de América, y hable de ellos: pero no de los escritores, que entre todos juntos, no llegan, o no llegamos, a constituir problema alguno. Soto y Calvo, a quien no conozco, me ha escrito dos o tres cartas y || me ha enviado sus libros. Todo eso es un *macaneo* corrido. Ugarte, un mulato más fofo que un zapallo, o una patata, aguachenta, es un acoplador, zurcidor, ensamblador, o cosa tal, de los complicados de boulevard parisien. No le bulle nada en la cabeza ni en ninguna parte. Solo le conozco de vista. Ghiraldo es muy amigo mío. Padece el delirio de querer significar algo, y día a día, atrasa en el logro de su empeño. Le metió en eso del anarquismo Basterra, un chico bilbaino, que es, espiritualmente, un verdadero apóstol, aunque corto de meollo, anarquista de buena fe, muy simpático, lleno de fiebre, muy trabajador que su causa, un huelguista eterno y bastante ilustrado. Los escándalos de Ghiraldo caen en el vacío más absoluto. Como aquí se dice: *nadie le lleva el apunte*.

He terminado mi *Avión*. Estoy contento de mi trabajo. Dentro de unos días sale para España. Creo se estrenará en Noviembre, en el Español. Mi obra quiere ser muchas cosas y no sé, si en realidad, será algo. Más que *El Avión*, debía titularse *El Avión en el suelo*. La obra versa sobre el catolicismo militante español. En resumen es esto: la revolución industrial del norte de España, y, en general, del mundo, frente al carlismo clerical. La acción comienza con el levantamiento de las primeras partidas el año 72, y termina con la transformación de la ferrería en fábrica. El mundo económico obliga al avión a descender de las torres al suelo, y una vez en el suelo, ya sabe usted lo que es el avión, ni vuela, ni anda, que es a mi juicio la España del siglo. Estoy muy contento de la fábula sobre la que gira todo el drama. He puesto en mi obra los cinco sentidos, y toda mi alma. Creo que tiene sabor español, pues he vivido en ella toda la infancia. Ataco el desenceno de la Iglesia española a cacique político, la mayor calamidad de España a juicio mío. La evolución de las ferrerías me ha salido muy bien. He nacido en eso, y creo que mis ferrones tienen gran relieve. En fin, allá veremos lo que sale.

Yo creo que la decadencia del teatro español está en que los dramaturgos no ven su pueblo. Estas palabras de Juan Pablo que lleva *El Avión* en su primera página, le explicará mi pensamiento: «En otro tiempo la poesía pertenecía a la nación, y la nación pertenecía, como objeto, a la poesía: hoy se canta en gabinetes de estudio sobre las materias que más interesan a los que en ellos se encierran». Los dramaturgos españoles quieren ser creadores de conflictos *universales*, y en realidad, no son sino muy poca cosa.

Me he sometido, menos en el acto 2.º, a los cánones teatrales, pues me interesa, hacerme auditorio, conquistar autoridad, para luego hacer lo que me dé la gana. Creo que mi labor del porvenir estará en el teatro. Tengo dos cosas que son buenas para este género literario: facilidad para dialogar y calor en la expresión. Y una tercera de orden muy secundario: *viveza titiritesca*. En el género teatral es donde más suple la viveza al talento. Decididamente me meto en la casa de Calderón. Ya verá usted cómo estímulo los pulmones de los actores españoles.

Cifro grandes esperanzas en mi drama, más aún que en la técnica, en su contenido. Creo que trato una cuestión importante, casi me atrevo a asegurar que, más o menos bien tratado, es el problema de España, visto desde el extranjero. ||

Mucho me alegraría tuviese usted ocasión de asistir al estreno, pues me imagino que levantará roncha, y me convendría que alguien explicara lo que haya de oscuro en la obra, si es que hay algo oscuro. No sé si en Madrid se conoce bien la evolución industrial vascongada, que es donde quizá no sea bien comprendida la pieza. De cualquier modo, la editaré, aunque sea fracaso en el teatro, y ya la conocerá usted.

Leí el prólogo a Bunge. Muy bueno. Sobre todo aquel juicio sobre Nietzsche me pareció admirable. Creo que un negador tan vehementemente es de cepa teológica. Hay muchos que creen en Dios, y no hablan con tanto calor de él. Kempis, por ejemplo. De lo que no se cree se habla poco y en frío. Muy notable el juicio. He pensado mucho en él.

Salud. Y un gran abrazo.

Francisco Grandmontagne

¿Qué hay de lo de Ilustración? ¿Le pagaron? Mándeme la cartapoder. De lo contrario creo que no se sacará nada. Tendrá usted que juntar los 75 duros a los 100 francos que Canals me ofreció por artículo, y que aún no los he visto. Parece que fuera Canals suramericano. A ese precio renuncio a llenar las páginas de «Nuestro Tiempo», y al prestigio que pudiera darme la interesante revista. Trabajo que no me pagan, no me sale. El dinero me estimula mucho. ¿Y esa novela sobre pedagogía? ¿cuándo sale?

23

Membrete

BRISTOL HOTEL

Antonio Cano y Cía.

Mar de Plata Marzo 26 1903

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Querido amigo: aquí me tiene Ud. en esta playa, perdido entre mar y pampa, entre la desnuda pampa y el océano soberbio. He venido a descansar y recuperar las fuerzas perdidas en un año de actividad periodística, y de paso, a tomar parte en los concursos de tiro a la paloma: sport que me gusta mucho y cultivo con éxito. Aquí veranea toda la alta sociedad bonaerense y aparte los sofocones del juego, a que soy aficionado —no tanto por espíritu utilitario como por el placer de llenar la vida de peligros— llevo un mes delicioso, confortante y alegre.

En Enero del año pasado escribí a Ud. contándole mi rompimiento con «La Vasconia» y mi pelea con Uriarte a causa de la interpretación de su discurso en Bilbao sobre el vascone. Desde entonces no tengo nada que ver con la revista. He cortado todo trato con Uriarte. He empleado el año en la prensa del país, contribuyendo a formar una revista frente a «Caras y Caretas». En fin, he pasado el tiempo.

Su «Amor y Pedagogía» la leí una noche a bordo en viaje de Montevideo. Me resultó muy original. Yo sentí bien su asunto, creyendo también que la pedagogía no hace genios, ni siquiera crea mal genio, de donde, a veces, resulta algo parecido a la inspiración. Entre otros ejemplos de lo poco que la pedagogía influye en el surgimiento del genio, puede ofrecerse Homero, que nunca fue a la escuela. La cuestión pedagógica es harto batallona. Aquí también andan a vueltas con el problema de la enseñanza, si ha de ser práctica o clásica, agrícola o industrial, etc., etc. Si yo tuviera poder para formular un programa de instrucción pública, sería éste muy sencillo. Cuatro lecturas de la Biblia, cazar una liebre y domar un caballo. De aquí partiría cada cual hacia la carrera o especialidad que quisiera, y el que tuviera genio sería *partido* por él. Los que no partieran para carrera alguna, ya podían decir, con una liebre en la mano y un potro sofrenado bajo las piernas, que eran dueños, hasta donde es posible, de su vida. En todo esto de los

programas de enseñanza no hay más que palabrería miserable. Muy antipáticos me son siempre los ministros (ya el ser ministro es una arbitrariedad social), pero ninguno tanto como el de Instrucción pública. En España instruyen con decretos. Es verdad que ahí se va a sustituir algún día con un decreto la llave inglesa de sacar muelas (¿hay llave inglesa, o siguen todavía con el gatillo, con el cual me sacaron las primeras que me salieron?).

Su libro (opinión de lector corriente) resulta entretenido: para que emocione hay que ser muy culto. La nota sensual es exquisita, sobre todo aquella página en que el flequillo de la muchacha roza el rostro del amigo Apolodoro. En cuanto a que la verdadera creación sean los hijos, no lo dudo, pero no lo siento. Y me agrada más aquella otra teoría de Ud. también, «de constituir especie única». No sé si interpreto bien las dos fórmulas, pero sometido a prueba yo mismo en este mes y medio de vida animal que llevo, físicamente vibrante, me quedo con la última. Meta Ud. aquí ambición ideal, instinto de permanencia nominal, amor a la gloria, rebelión contra la || nada definitiva, erostratismo, etc., etc., pero ponga Ud. también algo de experiencia sobre la familia, experiencia de hijo, que algo alcanza, dada la vuelta al revés, a la experiencia de padre. Se me ha metido que un hijo no es tan propiamente de uno como una idea de eternidad inexpresable. Usted me comprende, si acaso yo mismo no me entiendo. Hijos creados o ideas expuestas mueren igualmente por uso de vida. En esto de la familia dejo aparte lo de orden social, económico y los fracasos ¡ay! de los cultos, espirituales. La familia es una verdad de carne y hueso nada más, y en tal sentido, tanto quiero a mi padre inmediato como al más lejano, «Haz hijos, Apolodoro!». A la voz intensa que desde el fondo de la naturaleza le grita esto, se oponen multitud de voces creadas por artificio nefasto sin duda, que le gritan lo contrario. A los 33 años de perdísima (*sic*) vida (nadie padece ni goza como el perro sin dueño) me he reformulado este programa íntimo frente a las bestialidades del mundo: solo, cauteloso y libre. No siento interés alguno porque el mundo continúe. Mi antídoto sensual son las lecturas, incomprensible, ¡sport divino! Mi alcanfor suele ser Fichte y alguno que otro místico muy puro, ¡hay tan pocos! Las crisis amorosas las he vencido siempre reflexionando sobre su desaparición o mudanza, calculando que siendo la vida movimiento y lo más vivo de la vida el amor, no puede ser éste estático e invariable. La sociedad, la religión y la ley civil quieren que sea invariable, y... yo no sirvo para engañar a un ser tan indefenso como la mujer. El amigo D. Fulgencio es un envidiable loco contemporáneo. Buena figura. No cabe en una || carta lo que sobre él se me ocurre. Para los fines de librería, creo que la novela debió ser bautizada con el nombre de «Apolodoro».

a quien Dios reserva, como dice Shaskespeare (sic) una resurrección feliz.

Hablando hace algunos meses en «La Nación» de colaboraciones de Ud. indiqué la correspondencia de que hiciera algunos cuentos para el suplemento de los jueves. Me dicen que le han escrito a Ud. con este fin, pidiéndole suavemente original. Probablemente se publicará su novela en las ediciones (una biblioteca universal) que hace dicho diario. Le dí la obra al encargado de esta sección, señor Drago, con quien he conversado en este balneario.

El Sr. Udaondo (exgobernador de Buenos Aires y candidato a la Presidencia) me regaló aquí su «En torno al casticismo». No he leído nada, que me haya hecho igual efecto en cuanto a la arquitectura de prosa. Pero ¿cómo diablos llega Ud. a tales concreciones y síntesis? Ese libro merece una docena de discípulos que lo desentrañen, disloquen y difundan su contenido. Pero, dudo que haya en España siquiera intérpretes. Para mi gusto, ese libro y el final de «Paz en la Guerra» es lo mejor que Ud. ha producido. Sesudísimo.

Recibí sus «Paisajes». Brianzuelo de la Sierra ha despertado en mi emoción profundísima, recordando cómo mi padre alborotó con su ingenio industrial una aldea castellana sumida en idéntica quietud. ¡Si viera Usted la guerra sorda surgida entre el pastor y el ferrón! Mi padre tenía un desprecio olímpico hacia el ganadero trashumante y le inspiraba repugnancia el pastor. Transformó por completo la comarca. Es una narración hermosísima, con muchos menos artificios que las puestas de sol, a pesar de verse en ellas el artista-sabio. (Supongo que asociadas las palabras, tolerará Ud. que le llame sabio). ||

¿Por qué no tiene Ud. discípulos? ¿Es que no ven la liebre, o que no tienen piernas para seguirla? ¿O es que prefieren, a ser galgo hermoso de una jauría, con piel propia, ser aislados gozquecillos de piernas tullidas y tenue ladrido? La personalidad que surge entre generales es más grande que aquella brotada entre guerrilleros. Espoz y Mina nunca hubiera sido Napoleón... Además hay el calor mental y el cariño que inspira lo grande, cariño sin el cual no comprendo la admiración. Todo lo que admiro, lo quiero, y si algún accidente de la flaqueza humana me hace retirar el cariño, allí muere también la admiración. No comprendo la admiración en frío. No sabe Ud. lo que daría por cualquier objeto del pobre Ganimet.

A la mujer que uno quiere, empezó por admirarla: cuando ya no la quiere, tampoco la admira. El ejemplo no será muy propio, pero no tengo otro a mano. Y para una demostración, a lo mejor son mejores los absurdos.

No sé si «Nuestro Tiempo» de Febrero habrá publicado una

cosa mía. De Madrid tengo excelentes noticias sobre la buena impresión que a Mendoza ha producido mi drama. Me escriben que lo pondrán en escena en cuanto representen los estrenos que hicieron en América. Allá veremos lo que sale.

Noticia final. Me voy a España dentro de algunos meses, de corresponsal de «La Nación». Me envía en regulares condiciones, según el arreglo que hemos hecho: voy a estudiar la última evolución de ese pueblo, la cuestión socialista, huelgas, etc..., y además otros puntos que le expondré en otra carta en cuanto vaya a Buenos Aires. Como aquí nada hay seguro, no sé si lo arreglado no se deshará a última hora. Creo que no.

Sale el correo y no hay tiempo para más.

Salud.

Grandmontagne

Conste que yo no estaba en deuda con Ud., pues mi última carta no fue contestada.

Membrete

CASINO DE BIARRITZ

Place Bellevue

10-6-903

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca.

Mi querido amigo: el director de «La Prensa» de Buenos Aires me escribe de París ofreciéndome el cargo de corresponsal de aquel diario en España, en sustitución de Núñez de Arce.

Al mismo tiempo me encarga que obtenga originales de dos escritores de nota para el número de año nuevo, dejando a mi elección las firmas. Por lo tanto ofrezco a Ud. una de esas colaboraciones. Si le conviene, mándeme cuanto antes el original a San Sebastián, Elcano 1. El trabajo conviene sea de carácter literario, y como estos números de año nuevo se forman con colaboración de toda Europa, conviene ponga Ud. empeño en él. Se lo digo, no || porque dude de la conciencia que Ud. pone en sus trabajos para América, sino por su propia conveniencia, pues estos artículos suelen ser comentados allí y tienen cierta influencia para el resto del año. En cuanto al precio, puede dejarlo que lo fijen ellos. «La Prensa» es un diario rico, y creo que no es tacaña con la colaboración extranjera.

Avíseme si acepta, para saber a qué atenerme.

Tengo hechas las dos conferencias de Bilbao, en que suelto algunas cosas agrias, y parte de la de Zaragoza. Estoy preocupado con la de Barcelona, y creo me decidiré a meterle mano al problema catalanista, aunque haya de renunciar para el porvenir a tener lectores en Cataluña. Donde más noto la cobardía española es en los escritores. La vida a peseta da poco brío. Pero yo (perdone Ud. la baladronada) me las he visto muchas veces || con el hambre, y señal de que la he vencido es que vivo. No me asusta el descender de Biarritz a pan, patatas y catre. Yo no soy feliz más que siendo sincero. En Barcelona se han de tragar la demostración de que el ejército español es el único exportador que han tenido. Y guárdese Ud. el secreto de esta intención.

Debido a los trabajos que tendré que enviar enseguida a «La Prensa», demoraré algunos días la terminación de las conferencias.

Pasado mañana volveré a San Sebastián, de cuya población y paisaje estoy encantado, más de éste que de aquella, pues falta allí todo lo que un hombre de gusto y algo vicioso necesita. Cantidad de vida, no tiempo, de vida. El tiempo, por sí sólo, no tiene contenido alguno.

Francia es la cátedra universal de enseñar a vivir. Aquí están || los dos cabos de toda la línea de la libertad, Combes y la Otero. No sé si línea y libertad se avienen: pero no tengo tiempo para dar con otra forma de expresión más precisa.

Un abrazo de su mejor amigo.

Grandmontagne

25

Tarjeta de visita

Francisco Grandmontagne
Corresponsal de «La Prensa»
de Buenos Aires

[Junio 1903]

Amigo Unamuno: ahí va la 2.^a conferencia que he pronunciado en Bilbao (1). Para evitar errores en la opinión pública, le suplico quiera Vd. aclarar mi verdadera intención, pues estoy muy disgustado por la interpretación en el Senado del Conde de Peña Ramiro, quien ha sido sorprendido por la mala fe que hay en el telegrama del corresponsal de «El Imparcial», esto es, a la vez, redactor de «La Gaceta del Norte». Ya le contaré cómo han pasado las cosas en Bilbao, y algo sobre el valor de Alzola (2), a quien *se la guardo*.

Le mando el cuadro estadístico que falta en la conferencia por exigencias de la composición del periódico.

Grandmontagne

(1) La conferencia de Bilbao fue en junio de 1903.

(2) Pablo Alzola.

Tarjeta de visita

Francisco Grandmontagne
Corresponsal de «La Prensa»
de Buenos Aires

Puede Ud. hacer el trabajo como quiera, ilustrable o no ilustrable. Con plena libertad. ¡Salud!

Mi domicilio, Calle Mayor 16

Madrid 28 de Febrero 1904

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi querido amigo: el excesivo trabajo que me da «La Prensa» me ha impedido contestar a sus cartas hasta hoy. Estaba muy atrasado con el periódico y desde que llegué a Madrid he escrito, casi de una sentada, 25 correspondencias, esbozos del estado social, político y administrativo de España. En «La Publicidad» de Barcelona habrá visto Ud. reproducidas las primeras cartas sobre Bilbao. Además he tenido que arreglar algunas escenas de *El Avión*, trabajo que me ha ocupado algunos días.

Por lo que puedo observar en la prensa argentina, mis diez correspondencias contando lo que me ha pasado, han despertado mucha curiosidad, cosa que se explica fácilmente, pues los principales periódicos de Buenos Aires han gastado más de veinte mil francos en cablegramas sobre los incidentes a que dieron lugar las conferencias.

Efectivamente, su artículo se publicó en el n.º de 1.º de año para el cual estaba destinado. «La Prensa» no me ha girado aún su importe. Hay dos razones para esto: 1.ª que sólo desde hace unos veinte días saben allí mi domicilio por haberme descuidado en decírselo a tiempo. 2.ª, que Rezaval, secretario general del periódico, con quien yo || me entiendo, está enfermo. Los giros de mis sueldos de setiembre, octubre y noviembre, han andado dos meses dando vueltas por España, pues la Administración puso al sobre Elcano 1, Madrid, en lugar de Elcano 1, San Sebastián. Supongo que en breve recibiré giros por los meses posteriores y ahí vendrá, seguramente, el importe de su artículo. Por manifestaciones de Rezaval a mi amigo común que acaba de llegar a Madrid, «La Prensa» quiere mejorarme las condiciones convenidas en París. Estoy esperando de un día a otro carta de Rezaval. Allá veremos.

Todo esto no importa para que Ud. me diga lo que vale su artículo, y le giraré el importe inmediatamente. Fíjese Ud. la suma y mándeme el recibo para yo pasarles allí la cuenta.

¿Mis impresiones de España? No pueden ser peores. He visitado lo más adelantado, y me parece atrasadísimo. Aquí los fuertes no son los catalanes, sino el resto de los españoles que los mantie-

nen, cobrando en desprecio su propia filantropía. Me parece la más grande de las leyendas eso de la energía catalana. Su estado industrial es deplorable. Se han enriquecido con el arancel español, y en lugar de aplicar las utilidades en mejorar los medios de producción, desterrando los batanes de sus abuelos, las han empleado en piedras, en chalets y torres, como ellos dicen, una edificación llena de || troneras y castillitos que acusa el espíritu condal de la ciudad. El Cid vive en todas las azoteas de Barcelona. Sobre esto he escrito extensamente en «La Prensa» y puede Ud. verlo en «La Publicidad». Ni una sola empresa de urbanización ha sido emprendida por el capital catalán. Allí todo es belga, inglés, alemán y francés. El *Fomento*, sociedad en cierto modo asesora de los Gobiernos en materia económica, sólo se ocupa de conseguir monopolios. No sé si conoce Ud. mi conferencia de Barcelona, que Altamira ha defendido con calor en Buenos Aires, lo cual le agradezco muchísimo, pues no tengo con él ninguna clase de relación. Lo que allí dije les escoció de una manera brutal, y por este escozor deduzco que tuve razón. La fuerza catalana es la firma mayor que padece España.

El negocio de la exportación no puede interesar aquí mientras el proteccionismo dé a las industrias embrionarias y torpes, un 33%, como ocurre con los Altos Hornos. El proteccionismo no es aquí una teoría económica, sino un foco de corrupción política. Con decirle a Ud. que durante el curso económico, el ministro puede alterar los aforos, está dicho todo. En suma, España me parece un pueblo absolutamente zoquete explotado por doscientos individuos en medio de mucho ruido parlamentario para distraer a los otros doscientos que se están *ilustrando* para llamarse a la parte. ||

No hay espíritu nacional de ningún género. No hay idealismo patriótico. No hay probidad, ni arriba, ni abajo, ni en el medio. No hay cohesión un vislumbre de nueva orientación. No hay cultura gubernamental. No hay cohesión social, ni intelectual, ni política. No hay armonía interna. No hay plan alguno en política internacional. No hay pueblo, sino una sociedad disuelta. No hay teorías económicas, ni buenas ni malas. No hay garantía de la moneda fiduciaria. No hay mercado de oro nacional para garantizar la moneda falsa circulante. (Esto lo ha estudiado muy bien Mr. Larrabure). No hay un solo hombre de prestigio. No hay un solo caudillo rural que pueda mover la gente del campo frente a la acción corruptora de los centros urbanos. No hay disciplina de ningún género, en ninguna esfera de la vida. No hay religión, ni tampoco antirreligiosos. No hay periodismo nacional. No hay enseñanza. No hay nada, absolutamente nada. No hay más que un pueblo brutalmente inculto, deshecho y podrido. Esta es mi impresión y mi mayor desconsuelo.

De todo cuanto conozco, lo único que me gusta mucho es San Sebastián. Mi ideal es retirarme a vivir allí, a soñar entre aquellos cerros. Toda acción, por ahora, me parece absolutamente estéril. El pueblo necesita más golpes para discurrir sobre ellos. ¿De dónde vendrán los golpes? No lo sé, pero vendrán. Cuando nos veamos, fundaré mis impresiones. En una carta no se puede. Probablemente me iré a París en breve, a pasar unos días. Su amigo.

Grandmontagne

Le mando el n.º de la «La Prensa» de 1.º de año.

28

[Madrid 25-5-1904]

Bilhete postal

Sr. D. Miguel de Unamuno
Universidad
Salamanca

Vista de S. Roque, Paquetá, Río de Janeiro.

Madrid 29-5-1904

Esta noche salgo para Lisboa. A la vuelta tendré el placer de visitarle. ¡Salud!

Grandmontagne

Membrete

Francisco Grandmontagne
Corresponsal de «La Prensa»
de Buenos Aires

Madrid 12/904 Junio

Querido Unamuno: desde que llegué no levanto cabeza, remitiendo cuartillas al tonel de las Danaides. Cosas de política, de Marruecos, siguiendo las vibraciones del cable. Tengo que hacer esfuerzos de atención, porque mi atención, cuando no cae en la más absoluta vaguedad, se va por otra parte. Dichoso Ud. que le «han nacido luceros en el cielo del espíritu». Yo paso lo más del tiempo en período nocturno, en un mar peligroso en que nunca amanece. Se lo confieso en secreto: me parece que Nietzsche me ha reventado, y el entusiasmo que pongo en las cosas terrestres, en esas cosas (ya sabe Ud. qué cosas) no pasa de una farsa indigna y fría. Sobre todo *Aurora* y la *Genealogía de la moral* me han hecho un daño terrible. Agregue Ud. que la evocación de mi infancia es algo tan brutalmente amargo que, en realidad no sé dónde refugiarme. Más: el desarraigo: soy un semita, que ya no será de ninguna parte, ni siquiera del semitismo, un judío sin judería. Y sobre todo esto una propensión a la melancolía que empieza a asustarme. Refugiarse en sí mismo? ¡Ay! ay. Es poco uno mismo para uno mismo.

Pero dejemos esto. He estado por enviar a Buenos Aires las cuartillas que Ud. me ha remitido. Pero no || me he atrevido sin que corrija Ud. algunos conceptos, *peinando* las frases, si quiere Ud. dejar su sentido. Hay que darles en los nudillos... pero no tanto. Algo hay de lo que Ud. dice, y mucho que necesitaría Ud. ver para formar juicio acabado. Las cuartillas son hermosísimas, y en medio de ese estilo (contenido es el estilo, como Ud. ha dicho) sereno, interno y tranquilo, disuenan las líneas que le señalo. Cambielas, sin variar el fondo, y en lugar de irritarse allí, le agradecerán la lección, pues ellos no tienen fuerza creadora, pero es posible que el sentido de percepción lo tengan más desarrollado que en España.

Le conviene a Ud. que se publique ese trabajo, porque es muy hermoso y encierra una gran enseñanza. Pero *péínelo*, en la parte que le señalo. Desde Salamanca se ven bien las cosas de los mun-

dos, pero me parece que no se ven tan bien las cosas de los hombres. Y no vale sustraerse a la contemplación de lo horrible.

Ud. sabe cuánto le quiero y cuánto deseo que su espíritu influya allí y aquí, sirviéndonos de guía a los que mejor le entendemos, amamos y admiramos. Por lo tanto sabrá disculparme el atrevimiento de pedirle que modifique la forma de esos conceptos y me devuelva las cuartillas para remitirlas a Buenos Aires, junto con otras cosas que haré sobre Salamanca en la próxima semana.

Yo sé, en último caso, que lo interesante para Ud. son los «luceros del cielo de su espíritu», más aún que corregir a las razas. Dios se anticipa al todo maestro humano, matando el defecto al matar a quien lo lleva. La suerte final de vicios y defectos es la misma. La cuestión es soñar y dar grandes carreras entre sien y sien. Y alejar las metas para que dure el sport. Y que las ideas calienten el corazón para poder decir y al decirlo sentirlo: «¡Qué hondo sentimiento es el pensar hondo!» (*Paz en la Guerra*, pág. 290).

Con que... corrija eso, y reciba un abrazo de quien de veras, muy de veras, le quiere.

Grandmontagne

Muchos recuerdos al amigo Pinillas.

30

Membrete

Francisco Grandmontagne
Corresponsal de «La Prensa»
de Buenos Aires

Julio 2/904

Querido Unamuno: el lunes salgo para San Sebastián, a pasar el verano, que en este Madrid es insoportable. (Las estaciones se parecen aquí a las gentes).

Hoy he mandado la última carta sobre Salamanca. Son tres. «*Salamanca en exámenes*», «*Las santas piedras de Salamanca*», «*Lo que dice Unamuno*». Ocuparán los tres unas diez columnas de *La Prensa*. En la última, definiendo, o expongo, mejor dicho, el fondo poético de su obra. Hay de todo en estos tres trabajos, párrafos buenos, y otros en que se ve el estado de mi voluntad, que se derrumba no sé por qué, pero se derrumba. Yo no || he tenido nunca una idea tan triste de la vida como frente a las cosas y las gentes de España. Y se apodera de mí una tristeza infinita al pensar que nunca podré amar esto, que levanta ahogadora náusea en mí espíritu. Yo, sin sociedad en quien poner amor, soy hombre perdido: solo este interés me da felicidad y ánimo y vigor. El vacío de mi vida individual solo se llena con un fuerte interés por la vida colectiva. Las «ultratumberías», como Ud. dice, me dan miedo. En esa esfera del pensamiento todo me impresiona de un modo superior a la voluntad con que cuento para contener la impresión. En cuanto pongo intensidad de pensamiento en ello, noto extravío, y me aterrorizo. Creo que son unos canallas todos los que han escrito sendos tomos de teología o de mística sin haber acabado en el manicomio o en esqueletos vivos. No han sentido esas cosas (¿serán cosas?) como las siento yo, con verdadero pánico.

Tengo la nostalgia del desierto, donde he pasado los diez mejores años de mi vida. El desierto poetiza la atrofia. De modo que da uno en animal delicado. Porque la ferocidad de los animales domésticos es la peor ferocidad.

En fin... no quiero molestarle con la exposición de estas dolencias sin remedio.

Mandé sus cuartillas, con la Historia reformada. La otra le hubiera perjudicado a Ud. y esto ha bastado para decidirme por la corregida, a pesar de su carta. Yo conozco a aquella gente.

En S. Sebastián escribiré una carta «Una noche en Medina». Al venir de Salamanca me quedé allí. Casi toda la noche la pasé persiguiendo murcié- || lagos en aquellos hórridos y enormes soportales. ¡Qué noche!

Si algo se le ocurre, escíbame a S. Sebastián, Elcano 1.

Avísame cuando publique algo para preparar (*sic*) el mercado allí. Si ahora hubiera libros de Ud. en Buenos Aires, creo que se venderían bien, pues habrá alguna curiosidad por las obras que cito y comento en las tres cartas.

Salud. Adiós. Un abrazo.

Grandmontagne

Mis más afectuosos recuerdos al Dr. Pinillas.

Maeztu va conmigo a S. Sebastián.

31

Membrete
 GRAN CASINO
 de
 SAN SEBASTIAN

Octubre 18/904

Sr. D. Miguel de Unamuno
 Salamanca

Mi querido amigo: la dirección de «La Prensa» me encarga que pida colaboración española para el número extraordinario de 1.º de año. Entre las plumas que elijo para este fin está la suya.

Debo advertirle que dicho número lo hacen en colores, para lo cual, según me dicen, han instalado una nueva máquina. Por lo tanto sería bueno que el trabajo que le pido tuviera elemento ilustrable. Yo desearía que contase Ud. aquella historia del amigo de Moreira a quien mataron por decisión popular en un pueblo de esa provincia. ¿Se acuerda Ud. del relato que me hizo cuando estuve ahí? Esto es una indicación, pues Ud. puede tratar el asunto que más le plazca. El trabajo urge. Necesito tenerlo dentro de 10 o 12 días para que allá haya tiempo de ilustrar, compaginar, etc. Contésteme para saber a qué atenerme.

He leído en el n.º de «Nuestro Tiempo» correspondiente a Mayo un artículo en que transcribe Ud. las cartas del hijo de Ortega Munilla, un «vivo» de corte metafísico, como su padre lo es de corte || social. Nos tiene a Maeztu y a mí por malos estrategas. Es natural. Todo el que dé en España un grito de ánimo, de dolor o de protesta, será tenido por mal estratega, porque aquí todo se mata a la chita callando, y el fraguar conventual es hábito de toda la raza. En una sociedad de cotarrillos en sorda epilepsia, ni Maeztu ni yo podemos ser buenos estrategas. Este país es un grave vejistorio que odia a la juventud. Tiene la compostura del pollino aparejado. Y yo, siendo burro igualmente, prefiero serlo desaparejado, dando respingos en la era. Pero impera el pollinismo grave. Ya puede Ud. escribir cosas magistrales sobre enseñanza. Mientras no se pasee Ud. durante 15 años por la carrera de San Jerónimo, enfundado en una levita cruzada, no será Ud. ministro de Instrucción pública. La ciencia está en la gravedad de la levita, en eso que llama estrategia el hijo de Ortega.

Sí, amigo. En este pobre país, pobre hasta en gritos, porque no hay salud física para darlos, toda voz libre, animosa, franca, brotada del primer movimiento espiritual, tiene que resultar destemplada y espantable.

Yo digo que en América había «vivos». ¡Aquí, aquí sí que los hay! Y existe un tipo único, el memo-vivo, el que quiere ser listo y es un animal.

No crea Ud. que estoy indignado. || He perdido el interés por todo esto. Y sólo me preocupa mantener mi puesto en América y acentuar allí mi modesta personalidad. Después de las cartas de Salamanca, que supongo habrá Ud. visto, sólo he mandado trabajos de índole pintoresca, a la francesa... ¡y viva la Pepa!... de Richepin.

Yo he soñado también con todas esas ideas que suele Ud. dirigir a la juventud. He tenido el propósito de reunir a los jóvenes, hablarles de una gran conquista espiritual sobre 30 millones de seres que hablan español, tratar, en la medida de mis fuerzas, de extender la acción de cada uno de estos jóvenes, enterarles de lo que convenía hacer, hasta en aquello relativo a una mayor utilidad que les diera mayor desahogo en la vida real. En fin, un vasto plan, bueno o malo, pero lleno de buena voluntad. Mas todo este buen deseo se ha desplomado al conocer a los jóvenes. Son incapaces de cohesión. Y, por lo tanto, me quedo solito con mi mundo, alejado de toda comunión espiritual y hasta social, y acechando el momento de alargar esta lejanía con un trasplante definitivo. El país del amor frenético, de la pasión, etc., etc., calienta poco. La mayor «trola» no era la belicosa, sino la espiritual.

Por lo demás lamento que el joven Ortega Munilla, a quien no he de negar inteligencia y ese *acaso* de buena intención que él me atribuye, confunda la estrategia con la camandulería. No me parece *El Imparcial* escuela de estrategias, ni siquiera de camanduleros, pues su director, el padre del que me tiene por un oso de feria, es un || pobre hombre cuya vida se parece a la de una tortuga en un barrizal. Y es que, en un medio de listos, el que lo es más está muy mal reputado. No haré el favor a su hijo de responder a su grosería. Este oso duerme bien, aunque se le posen encima todas las moscas de estercolero que pululan por *El Imparcial*.

No quiero, amigo Unamuno, ser buen estratega en España, porque eso que se llama aquí ser buen estratega repugna a mi espíritu y a mi carácter. De todas las armas que existen, el anzuelo me parece la de peor índole, la que acusa mayor perversidad.

El aragonés se presenta aquí como símbolo de españolismo por su claridad y franqueza. Ahí tiene Ud. otra patraña, otra «trola», otra mentira. Se estima el carácter aragonés por ser excepcional. fuera condición general del espíritu español, no tendría ese relieve.

Yo no quiero ser estratega en un ambiente de zapa. La tragedia universal me espanta menos que la tragedia de las cuevas.

Y basta de lata. En España vivo, pero, en realidad, en otros mundos y en otras cosas. Mi propia vida me ha llegado a dar capacidad de aislamiento. Y soy feliz, a pesar de su creencia al suponerme un espíritu entristecido.

Por lo demás, quédense estas murmuraciones entre nosotros, pues no quiero ofrecer a nadie motivo de irritabilidad, ni mi altruismo me permite amargar la digestión de ningún prójimo.

Un fuerte abrazo de su entrañable amigo.

Grandmontagne

Dígame si va Ud. a darme el trabajo que le propuse. ||

El día San Miguel mandé a Ud. un telegrama felicitándole. El precio del trabajo será, por lo menos, el del año pasado.

32

Francisco Grandmontagne
Corresponsal de «La Prensa»
de Buenos Aires

s. f. [1904]

Querido Unamuno:

He estado enfermo una semana y me hallo atrasado en el trabajo. Recibi el artículo. Ya le escribiré despacio.
¡Salud!

Grandmontagne

Iré a Madrid dentro de 15 días Siempre es uno desgraciado.

33

Querido Unamuno:

Mándeme un capítulo de su próxima obra, a fin de remitirlo a «La Prensa» por el correo del próximo sábado. Es la mejor manera de preparar allí la atención para cuando llegue el libro. Dígame el título y remítame algunos datos sobre las líneas generales del trabajo.

Su buen amigo.

Grandmontagne

34

Membrete

ESPAÑA

Año I. Madrid Lunes 4 de Julio de 1904

Redacción

Madrid 19 diciembre 904

Querido Unamuno: Vayan unos cuantos datos sobre el Sr. *de los Cobos*. (En Buenos Aires siempre le hemos conocido bajo el sencillo nombre de Francisco Cobos): ha estudiado su carrera en Buenos Aires, adonde se trasladó en muy temprana edad, según tengo entendido.

Hace muy pocos años —unos 6 o 7— se dio a conocer con motivo de unas oposiciones para ocupar el puesto de Director del Hospital San Roque (institución municipal de Buenos Aires, una de tantas). En los ejercicios hubo empate entre Cobos y Zárate (éste criollo). El *conflicto* se resolvió atendiendo al que mejores notas hubiera tenido durante la carrera. Examinada la hoja estudiantil resultó favorecido Cobos para ocupar el puesto. Recuerdo haber oído que en las oposiciones deslumbró con su verbo fácil, pero que, en realidad, la instrucción científica de Zárate era más sólida. (Así de- || cían los médicos).

El Correo español y la colonia echaron las campanas a vuelo, haciendo suponer cuánto no valdría Cobos cuando un tribunal americano le daba el puesto frente a un contrincante del país. En realidad, Cobos estaba tan relacionado como el otro: «suponiendo —y Ud. perdone como examinador— que las relaciones influyan en estas patentes de sapiencia).

Bueno: con el bombo consiguiente, Cobos sacó la cabeza de entre el feliz montón anónimo. Abrió su estudio y se dedicó a esas enfermedades que no tienen remedio —tisis, corazón, nervios, etc., etc.—: lo incurable es la especialidad más productiva, porque la permanencia del mal perpetúa el cliente. Se llenó de enfermos su estudio: de todas partes de la República concurrían españoles a que les curara en un periquete. Pero Cobos carece de recursos imaginativos hasta para mantener una aureola de este género. Sus auxilios científicos se limitaban a pesar en una balanza a los enfermos. Y agregaba: «Vuelva Ud. dentro de unos días y le volveré a pesar». Por cada vez que les pesaba cobraba diez pesos. Naturalmente: los enfer- || mos querían *pincho* o *toma*, no contentándose con aquello de la balanza: pero Cobos es un excelente hom-

bre al que no puede achacarse, ni por disculpable investigación, ningún crimen científico.

Un buen día la balanza se quedó en fiel, por falta de clientes que lo inclinaran. Contribuyó a su descrédito la afición desmedida que cobró Cobos al helenismo. Hizo una porción de discursos sobre este tema apenas conocido. Y claro: las gentes huyeron (en absoluto) del estudio. (Las gentes desconfían siempre del médico mixto de orador y poeta). Escribió un librito que se titula *Autoriales*. Como *macaneo linguico* es superior a la *Frases Rítmicas*, de Edmundo Montague. Le debemos muy buenos ratos por esta obra incomparable.

No tengo que decirle que entre los grandes médicos de allí, Güemes, Ramos Mejía, Llovet, Avelino Gutierrez (español), Lagleize, Golarini, Baztarrica, etc., etc., Cobos ni pincha ni corta.

Tal es el hombre. Se lo pinto sin pasión alguna, pues nos habremos saludado un par de veces, y aún le debo buenas ausencias. Pero, ante todo, la verdad.

Sobre su misión, todo cuanto Ud. me dice es verdad. Es inútil soñar || con que vengan aquí jóvenes americanos, mientras España **no** tenga en el mundo *cartel de cultura*. Y aún así, sería difícil, porque los americanos, a la vez que perfeccionan sus estudios, quieren **aprender** otro idioma. Sobre toda ilusión quijotesca, debe ponerse esa ilusión de Salamanca que supone vayan ahí los jóvenes americanos. ¿Hay algún profesor tan inocente que crea pueda aclimatarse un joven de Buenos Aires a la vida de esa ciudad? ¿Creen que allí, en América, suponen que la superioridad científica de Salamanca sobre Francia, Italia y Alemania, podría hacerles soportable la estadía en una ciudad muerta? ¿Creen que los españoles ricos y mucho menos los americanos van a entregar la educación científica de sus hijos a unos profesores que acaban de comulgar, trayendo una especie de obligación moral para sostener el dogma de la Inmaculada? ¿Creen que las Universidades de Buenos Aires, donde no se estudian textos españoles, son inferiores a la universidad de Salamanca? ¿Creen, por fin, que España se halla en || condiciones de imponer su cultura a América?

Los americanos, por otra parte, sólo en muy pequeño número estudian en Europa. Lo que hacen es venir a perfeccionar sus estudios, una vez terminada la carrera: especialmente los médicos. ¿Cree Ud. que vendrán a Salamanca a perfeccionar lo que han aprendido en Buenos Aires, donde ya tienen (cosa que no hay en toda España) hasta laboratorio especial para los estudios de psicología experimental? Wunt (*sic*), Haeckel, Wirchow y todos los maestros italianos y franceses en esta materia novísima tienen más discípulos en América que en España.

En fin, todo lo que yo le diga, lo sabe Ud. de sobra.

¿Y qué necesidad hay de una Universidad especial? Con poner el nombre de || «Universidad Hispano-Americana» a cualquiera de las existentes, ya está todo arreglado. No hay más que esperar a los discípulos.

Yo he combatido en Buenos Aires (en un artículo en *El País*) que los jóvenes estudien su carrera en Europa: porque los años de ausencia del país en que se ha de trabajar, cortan las relaciones entre las cuales se ha de desenvolver el médico, abogado, etc. El que huye de su medio, tarde lo reconquista. Recuerdo que todo el mundo me dio la razón. El ser sobresaliente en la Facultad de Buenos Aires implica tener clientes enseguida: el serlo en la de Salamanca no da clientes en Buenos Aires, sino en Salamanca o en España, todo lo más. Y de allí no vendrán a conquistar aquí un título para trabajar allí con él.

Todo eso de la Universi- || dad Ibero-Americana es absurdo y fantástico: bien lo sabe Ud.

Otra cosa. Anoche hablé con el duque de Tamames, diputado por Salamanca. Yo creí que el representante de esa región hubiera educado a sus hijos en la clásica universidad: pero resulta que sus hijos varones son ingenieros ingleses y sus hijas, maestras normales de la escuela de París. Si el diputado por Salamanca envía sus hijos al extranjero ¿cómo quieren los salmantinos que los americanos envíen los suyos a Salamanca?

El duque de Tamames me hizo el favor de darme la lista de jóvenes de la nobleza que se educan en el extranjero: la tal lista es enorme: en cuanto a los hijos de políticos españoles, todos están en Alemania, Inglaterra y Francia. ¿Cómo se ha de pretender que vengan a España los americanos?

Cobos no trae la representación de la Asociación Patriótica, que es la institu- || ción que allá toma las iniciativas de cierta magnitud. Creo que habla en nombre de asociaciones de carácter recreativo.

El proyecto no puede tomarse en serio por su imposibilidad presente, y ese pueblo debe salir del error de esa ilusión. Y si no sale, el tiempo le sacará.

Un abrazo.

Grandmontagne

De estos datos puede Ud. hacer el uso que quiera: los de índole particular, deseo que permanezca ignorado el origen, pues no quiero que se suponga que hostilizo al hombre, el cual me tiene por amigo, más o menos lejano. Además, podrían pensar allí, en Buenos Aires, que me mueve alguna mala pasión. En cuanto a mi opinión sobre la tal Universidad puede Ud. exponerla si Ud. cree que ello puede fortalecer sus palabras para sacar de su error a las gentes.

35

Sin fecha [final 1904]

Querido Unamuno: adjunto un giro por 125 pesetas en pago del trabajo que le pedí para «La Prensa».

Espero tenga la bondad de enviarme un recibo a la brevedad posible, pues tengo que arreglar mis cuentas de fin de año con la administración.

Ando helado por este Madrid de cuya atmósfera quisiera huir.

Maeztu se nos va a Londres (1), huyendo del medio intelectual y social de España. Le estoy trabajando algo en Buenos Aires, que espero saldrá bien. El hombre se lo merece todo por su inteligencia y por su hombría de || bien, mérito que abunda poco en el granujismo *improductivo* que impera en todas las esferas.

Ando muy atareado por la cantidad de original que tengo que mandar con motivo de fin de año. Escíbame. ¿Cómo anda el libro sobre el Quijote? Maeztu ha hecho un trabajo notable sobre este asunto para «La Prensa» que ocupará cerca de una plana. Yo no sé si tendrá razón, porque yo entiendo ya muy poco de razones; pero es interesante.

¡Salud! Un abrazo.

Grandmontagne

c. Mayor 16 [San Sebastián].

(1) Se fue en 1905.

36

s. f. [principio 1905]

Querido Unamuno: la obligación de alimentar aquel túnel de Danaídos me impide escribirle con más frecuencia.

He leído todo el original que Ud. me ha enviado. Creo efectivamente que es lo más fundamental, o espiritual, que Ud. ha hecho. Sin embargo, yo prefiero *En torno al casticismo* y las cien páginas últimas de *Paz en la Guerra*. Este gusto mío se funda en la preferencia por las ideas que viven como los peces en lo semioscuro de aguas profundas. Hoy casi no leo más que metafísica, cuanto más enrevesada, mejor. No busco verdades, sino la sensación de la más alta presión cerebral. Y Ud. sabe darla, aquí donde no la da nadie, o casi nadie. ¡Viva la quimera! || Tiene Ud. razón: el cerebro español está tupido de sentido común. Y qué sentido común. El cuquismo, o la cuquería, arranca precisamente de ese sentido común imperante. Todo lo grande de España, lo realmente grande, lo realizaron 200 hombres, 200 segundones arrojados de España por el sentido común, por el sentido común doméstico, y no el sentido común legislativo.

Yo no creo que el Quijote sea un símbolo nacional. Me parece más bien la rebelión contra el sentido común y contra la cuquería. No ha estado Don Quijote, no está, ni acaso esté nunca en el alma de Castilla. El Quijote está en América: lo deramaron allí los 200 segundones peninsulares que lo llevaban en el alma como símbolo de rebelión contra el sentido común. Y así aquellos pueblos tienen ahora el sentido extraordinario que nunca se soldará con el sentido común peninsular, por muchas lañas vinculatorias que le echen los iberoamericanistas.

He mandado cuatro capítulos a «La Prensa» acompañados de unas cuantas cuartillas llamando la atención sobre la obra y el paralelismo que encierra entre las vidas del Quijote y Loyola.

Me parece que debe Ud. echarlo a la calle a mediados o fines de abril || coincidiendo con los preparativos del centenario.

Domicilio de Maeztu: 8/9 Grenville ST. Brunswick Square, London W. C.

He logrado que sea corresponsal de «La Prensa» en Londres (1) y está loco de contento. ¡Feliz mortal! Hoy mando su primera carta y la presentación del hombre que la dirección me encomendó.

De mi vida... ¡cisco! Por fuera, bien. Por diversos conductos

recibo proposiciones de «La Nación». No sé por qué se han empeñado en que escriba allí. Competencias de empresa, o capricho, no sé. Tendría más sueldo. Para qué lo quiero... No pienso moverme de «La Prensa». Lo mejor sería no tener que escribir y vivir tirado en un prado.

Lo de Echegaray, magnífico, la más acabada cuquería. Si ve él lo que hay por dentro de seguro que pierde el estómago (2).

Vaya un abrazo.

Grandmontagne

(1) Maeztu fue a Londres en enero de 1905. Cfr. VICENTE MARRERO, **Maeztu**, (Madrid 1955) p. 195 ss.

(2) Ver carta 38.

37

Tarjeta postal

A Miguel de Unamuno
Universidad
Salamanca

Querido Unamuno:

¿Recibió Ud. el n.º de 1.º de año de «La Prensa»? ¿Ha visto Ud. la carta que mandé sobre la Universidad Hispano-Americana? El n.º que contiene este trabajo llegó hace tres días.

Pronto llegará también otra titulada «Unamuno y los catedráticos clericales». Trata de las asambleas de Barcelona. Escríbame. Un abrazo.

Grandmontagne

M[adrid] 11-2-1905.

Madrid Febrero 9/905

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Nuestro estimado amigo:

Diversos intereses ajenos a un verdadero sentimiento o ideal artístico, se han combinado para presentar ante la nación a D. José Echegaray como la encarnación más alta del movimiento literario español. Se trata, casi al mismo tiempo que a Cervantes, de rendirle un homenaje nacional.

Un grupo de jóvenes, todo el elemento moderno, que trabaja por orientar hacia rumbos más amplios el movimiento literario, trata de formular una protesta, respetuosa contra el indicado propósito sostenido por algunas empresas teatrales y algunos directores de periódicos.

Quizá este acto fuese el arranque inicial de un movimiento de cohesión entre la juventud intelectual, de esa unidad en la lucha que tantas veces ha proclamado Ud. ||

He aquí los términos de la protesta: «Parte de la Prensa inicia la idea de un homenaje nacional a D. José Echegaray, y se abroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser comprendidos, sin discutir ahora la personalidad literaria de D. José Echegaray, hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas». ||

Siendo Ud. uno de los prestigios más sólidos de la España nueva, desearíamos saber si nos autoriza para poner su nombre al pie de la protesta que proyectamos.

Con este motivo le saludamos afectuosamente sus buenos amigos.

Grandmontagne

(Autógrafos)

Valle-Inclán

Luis Bello

A. Palomero

A lápiz: Conteste telegráficamente si podemos contar con Ud. Se ha teleografiado también a Rubén Darío y a Maeztu.

39

Tarjeta postal

Espagne

Mr. Miguel de Unamuno

Universidad

Salamanca

[1905]

Vista de Toulouse. La Rue du Metz (Angle de la rue des Marchands) del 15 de mayo 1904.

Mi saludo desde la Salamanca francesa.

Grandmontagne

40

Matasellos: 15 05.

Tarjeta postal

A Miguel de Unamuno
Universidad
Salamanca

Haga el favor de enviarme a vuelta de correo una carta presentación a nombre de Manuel de Rezaval, subdirector de «La Prensa», para el Sr. Mújica, de Berlín, a fin de que oriente a mi amigo en los días que va a pasar en la capital alemana.

Salud.

Grandmontagne

M[adrid] 23-3-1905.

41

Tarjeta postal

A Miguel de Unamuno
 Universidad
 Salamanca

S[an] S[e]bastián], 3-11-1905

Querido Unamuno:

Voy a cumplir su consejo, de cuya eficacia supongo estará Vd. siempre seguro.

Pasaré un mes entre Niza, Montecarlo e Italia. A Madrid volveré lo más tarde posible.

Si quiere Ud. venir a la boda, queda Ud. invitado.

Un abrazo de su invariable amigo.

Grandmontagne

[*Pegado un recorte de periódico*]: Bodas. Se ha fijado el día 10 de Noviembre para la celebración de la boda de la distinguida señorita de Echeverría con el conocido escritor don Francisco Grandmontagne. La cedemonia se celebrará en el palacio que posee la familia de la novia en la calle de Oquendo. Después de celebrada la boda, los novios saldrán para Italia y Francia, regresando a esta ciudad para las fiestas de Navidad (1).

(1) En efecto, F. Grandmontagne se casó en el Santuario del Cristo de Lezo el 10 de noviembre de 1905, a sus 38 años. Su esposa fue Jerónima Echeverría Urruzola, hija de Miguel, de Cizurquil, y de María Ascensión, de Hernani, tenía 35 años. **Libro 12 de Matrimonios**, de la Parroquia de San Vicente (San Sebastián), f. 194 r-v. En esta parroquia fueron bautizados sus hijos: María Teresa, el 30 julio 1907, nacida el 5, quien se casaría con D. José María Bajo en la parroquia del Buen Pastor (San Sebastián) el 19 enero 1933; y Francisco Javier, el 22 de junio, nacido el 10, quien se casó en Nuestra Señora del Valle (Buenos Aires) con Soledad Mújica, el 10 junio 1942. **Libro de Bautizados** 26, f. 7 v - 8r, y **Libro 27**, f. 167 r. Me asegura D. Ignacio Uría que el Dr. Bago, médico y republicano, fue a Buenos Aires en la guerra de 1936.

[San Sebastián 15-6-1907]

Tarjeta postal

A Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca

Mi buen amigo: no he contestado antes a su carta porque he pasado una temporada por Pau y Tarbes. Recibí su libro, cuyo envío le agradezco. Celebro mucho el camino que se abre Ud. en Italia, según me comunica Ud. en su carta. He visto por correspondencias a *La Nación*, pues me envían de allí el periódico. He comunicado a Salaverría el encargo de Ud. Me dice que no ha recibido el libro. No conozco a D. Juan Arzadun. Apenas salgo de casa. Y cuando salgo, ando solo por estas carreteras y montes. El paisaje es agradable y prescindo del paisanaje, por si no lo es. De modo que, aun siendo este paisanaje como Ud. me dice, no me molesta. Los demás sólo molestan cuando en ellos o por ellos se pone algún interés, o cuando se depende de ellos, que es el peor caso. El *sport* y la observación, que acaba por hacer desgraciados a los filósofos, es obra de las molestias que puede ocasionarnos el paisanaje. Para evitarlo, contemplo los robles y el mar hasta que me gana la modorra, que no es tan perpetua como yo quisiera. No hago nada fuera de la información a *La Prensa*, en puro tono periodístico. Atina Ud. al suponer que no deseo ir a Bilbao. No creo que Bilbao sea la futura conciencia de Vasconia. Bilbao no pasa de ser el primer consumidor de pimientos de Calahorra y bacalao de Escocia. Confío más en Soria, mientras no conozco Soria y uno permanezca siempre en este desconocimiento.

Su buen amigo.

Fco. Grandmontagne

Eva Canal es la mujer de un antiguo periodista español llamado Perillan Buxó, del cual decía Cánovas que era muy modesto, porque siendo un redomado pillo se contentaba con llamarse Perillán. Dña. Eva escribió muchas novelas en España: allá, en Buenos Aires, me las regaló ella misma. Se dedica Dña. Eva a las conferencias a los españoles por los pueblos de la pampa, cobrándoles la entrada. El tópico de estas conferencias es el valor de los españoles y la hermosura de las españolas. Pero creo que se va poniendo ya muy malo el negocio.

S[an] S[ebastián] 15-6-1907.

APENDICE

OTRAS CARTAS ARGENTINAS COMPLEMENTARIAS

Francisco Grandmontagne no es el único vasco que se relaciona con Unamuno desde Argentina. Son muchos más. De esa tupida red hemos seleccionado, como complemento de esta correspondencia, las cartas de personas mencionadas en las cartas de Grandmontagne, cerca de una decena de nombres. Las cartas de Uriarte e Iribas proceden del mundo de la revista La Baskonia, mientras Becerro de Bengoa escribe desde Montevideo. Un antiguo compañero de estudios de Unamuno, Eduardo Catalá, delinea en sus cartas el drama del emigrante de forma muy viva, mientras que la carta de Leopoldo del Río describe el eco de Unamuno en Buenos Aires a raíz de su nombramiento como Rector de la Universidad.

Algunas cartas, como las de José María Goicoechea y Jaca nos informan sobre el trasplante del bizkaitarrismo a Argentina y sus derivaciones respecto a Unamuno. Goicoechea está de acuerdo con el famoso discurso de Unamuno en los Juegos Florales de Bilbao (26 de agosto de 1901), mientras Jaca, hombre de envergadura ideológica, discute con el Rector de Salamanca y aporta reflexiones de fondo, dignas de ser conocidas. Los «protestantes de Bilbao», no otros que los que protestaron y atacaron a Unamuno por su discurso, tienen su continuación en Buenos Aires. Las cartas de Juan S. Jaca resultan interesantes como ilustración de una institución vasca tan importante como Euskal-echea, todavía hoy en pie. Finalmente, las de Navarro Lamarca constituyen un espejo crítico del clima intelectual argentino y una desmitificación de algunos de sus mitos históricos intocables.

En resumen, este lote de cartas complementa el de las cartas de Grandmontagne y ayuda a profundizar tanto en la presencia de Unamuno en el medio argentino como en la imagen que de éste podía formarse a distancia el escritor bilbaino. Sólo desvelando estos entresijos podremos comprender en toda su profundidad la personalidad de Unamuno.

Las cartas van ordenadas por orden alfabético de apellidos de sus autores.

Becerro de Bengoa a Unamuno

1

Montevideo 11-19-905

Sr. Rector de la Universidad de Salamanca
Don Miguel de Unamuno

Ilustrísimo Señor:

Por este mismo correo remito a Vd. un ejemplar de la revista «Evolución», órgano de la «Asociación de los Estudiantes de Montevideo».

Propendiendo esa publicación al engrandecimiento de nuestra intelectualidad, así como de los países latinos, y siendo Vd. una de las personalidades más descolantes de la madre patria, he resuelto poner desde este momento a su disposición las páginas de esa publicación, esperando de su amabilidad quiera honrarnos con su valiosísimo concurso intelectual y con el prestigio de su nombre.

Ofrezco igualmente por su intermedio las columnas de esta publicación al distinguido profesorado de esa Universidad, esperando poder publicar a la brevedad posible algún trabajo llegado de la patria de Cervantes.

Queda a sus órdenes s. s. q. .b. s. m.

M. Becerro de Bengoa
11-19-905

s/c Calle Ituzaingo 106, Montevideo.

B 21 3

2

EVOLUCION

Organo de la Asociación
de los Estudiantes
Dirección

Montevideo 2-29-906

Ilmo. Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Distinguido Señor:

He tenido el altísimo honor de recibir su carta, fecha 10 de Ene-

ro, en que me ofrece colaboración para la revista «Evolución». En mi nombre y en el de mis compañeros de tareas, agradezco a Vd. las frases de aliento que nos envía y esperamos poder ofrecer a los lectores alguna producción con su ilustre nombre.

Queda siempre a sus órdenes su s. q. b. s. m.

Becerro de Bengoa

3-29-906

P. D. Escritas las anteriores líneas, leo en «La Tribuna Popular» de esta ciudad su notable artículo sobre nuestro gran poeta Bonilla de San Martín.

Siendo Vd. admirador del autor de «Tabaré», he resuelto remitirle una colección de «la Ilustración Uruguaya» que dirigí en esta ciudad el año pasado y que tuvo que dejar de aparecer, por falta de protección pública.

En el último número podrá ver un hermoso retrato de Bonilla y su brillante discurso en la Rábida.

Esa publicación le dará a Vd. una idea de lo que se puede hacer en este país, sin dinero ni protección pública.

De Vd. atento y s. s. q. b. s. m.

Rúbrica

B 21, n. 1-2

Eduardo Catalá a Unamuno

1

Madrid y Febrero 9/99

Sr. D. Miguel Unamuno.

Querido amigo Unamuno:

Aun cuando hace mucho tiempo que no nos vemos y aunque las exigencias y necesidades de esta pícara vida nos han separado, supongo no será obstáculo para que olvidemos el tiempo en que fuimos condiscípulos y para que nos sirvamos mutuamente en cualquier apuro o necesidad. Hoy me encuentro yo en este caso y no he vacilado en acudir a ti: ¿he hecho mal? No lo sé, pero juzgando por mi propia conciencia, me inclino a la negativa, desde el momento en que si fuera el caso a la inversa y tú necesitaras de mí, te serviría con verdadero placer.

El objeto, pues, de la presente no es otro que el rogarte me adelantes, hasta que pueda devolvértela, una pequeña cantidad, girándome *dos o tres duros*, lo que buenamente puedas.

Cuando me he resuelto a dar este paso, debes comprender lo apurado que estaré, hasta tal punto, que en mi casa ha llegado a faltar hasta lo más necesario.

Por haber estado enfermo más de un mes con un grave catarro pulmonar, tuve que abandonar mis trabajos taquigráficos, que era de lo que únicamente vivía; así es que, desde Diciembre próximo pasado, no sólo no he ganado nada, sino que he tenido que gastar en mi enfermedad hasta lo que no tenía. Espero colocarme el mes que viene; si no sucediera así, no sé lo que haré.

¿Y tú? ¿Qué familia tienes? ¿Cómo te encuentras en Salamanca? Desearía que me hablaras de todo esto en tu próxima carta. Ya he leído mucho de lo que has escrito y excuso decirte el placer con que he visto tus continuados triunfos.

Sin más y rogánte me dispenses la libertad que me he tomado, hija no más que de las difíciles circunstancias porque atravieso, queda tuyo tu agradecido amigo y antiguo compañero que te abraza.

Eduardo Catalá

Estrella 3, 4.º

2

Marín y Julio 17/99

Sr. D. Miguel Unamuno.

Mi querido amigo: Después de mil sinsabores, disgustos de familia, enfermedades, etc., etc., he llegado a esta población, donde tengo un hermano farmacéutico, de paso para Buenos Aires. Estaré, pues, aquí, hasta fines del mes actual. No he contestado a tu carta, en primer lugar porque me anunciabas en ella otra, y en segundo, porque, te repito, he pasado una temporada tan terrible, que no tenía gusto para nada.

La presente tiene por objeto, después de enviarte el triste saludo de despedida del que abandona su patria, familia y amigos, acaso para no volver más, porque mi salud está muy resentida, rogarte veas, si es posible, por medio de tus relaciones conseguir una mejora de pasaje, pues sólo he podido reunir 300 *pesetas*, y por tanto no puedo pagar más que billete de 3.^a, que cuesta 40 y tantos duros y en donde se va infernalmente; hay billetes de 3.^a de preferencia, en que se va mucho mejor. Este favor podría obtenerse mediante una recomendación del Sr. Marqués de Comillas, Director-Jefe de la Compañía. Trasatlántica. También te agradecería mucho me facilitaras, si te es posible, alguna carta de recomendación para alguien de Buenos Aires, porque no llevo ninguna.

Dispensa todas estas molestias a tu antiguo compañero y recibe un apretado abrazo de tu desgraciado amigo.

Eduardo Catalá

Señas para la contestación: Eduardo Catalá, Botica Madrileña, Marín (Pontevedra).

C 5, 2 (2)

3

Marín y Julio 23/99

D. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: He recibido tu cariñosa y por demás atenta carta y en la situación de ánimo en que me encuentro, falto de todo apoyo y afecto, me ha conmovido profundísimamente. Se ha complicado, todavía más de lo que estaba, mi situación: como te decía en mi última carta, contaba con 300 *pesetas* para mi viaje

a América: éste me costaba, en 3.^a, 45 duros, más cinco los derechos y sellos de la Provincia por expedir el pasaporte y otros cinco que me costaban dos documentos que aún me faltaban, el certificado de no haber sido procesado y el de buena conducta, expedido por el Alcalde y visado por el Gobernador.

Para todo tenía, aunque muy escasamente, pero todos mis proyectos han ido por tierra; he aquí lo que me ha sucedido. Mi hermano el boticario, con el que vivo hace dos meses, desde que vine de Madrid, no quería que me marchara a América por mi delicado estado de salud y por el escasísimo dinero que tenía: estuvo procurando quitarme de la cabeza la idea del viaje y viendo que no lo conseguía y que se acercaba el plazo de mi viaje, que era el de fines de este mes o primeros del que viene, se marchó una tarde a Pontevedra (que está a legua y media de este pueblo) y sin decirme una palabra, se fue al Casino y se jugó las 300 pesetas con el ánimo, según me dijo después, de procurarme una suma mayor, para poder hacer el viaje en mejores condiciones, o en caso de pérdida, para imposibilitarme la marcha y evitarme, de esta suerte (según me ha dicho después) una muerte casi cierta, por no poder yo resistir una travesía larga en tan malas condiciones.

Así que me contó todo esto y que me dijo que había perdido dicha suma, me quedé sin saber qué hacer ni qué contestar. Aquí no puedo continuar, porque ni hago nada ni le soy útil a mi hermano, ni a mí me conviene tampoco: mi hermano desea que continúe aquí.

Yo no sé qué hacer: si fuera fácil (para mí todo es difícil, porque estoy atado de pies y manos) embarcarme en calidad de emigrante o como camarero, o en el concepto que fuese, lo haría con sumo gusto, porque estoy viendo que llegará un momento en que mi paciencia se agote (acaso no muy lejano) y esto unido a la falta de fe que tengo en todo y de todo...

Aguardo con impaciencia un consejo tuyo que, como tal, será discreto y leal y cariñoso. Te abraza tu desgraciado amigo que por todo te está agradecidísimo.

Eduardo Catalá

C 5, 2(3)

4

Buenos Aires Diciembre 17/18 99

Querido amigo Unamuno: ¡Ya era hora que te dedicara una tarde entera...! Dispénsame si antes no lo he hecho, en atención a

la brusquedad del cambio y a las condiciones pésimas en que vine. Te haré un minucioso relato de todo.

Vencida la lucha que tuve que mantener con mi familia, como ya sabes, para poder arrancar de ahí, me embarqué el 24 de Septiembre p. p. en Vigo en un barco alemán. No te relato los horrores del viaje en gracia a la brevedad: sólo te diré, como detalle, que en los 30 días que duró el viaje, no pude recostarme ni descansar un momento, porque en los camarotes de 3.^a iban 800 emigrantes, de tal manera colocados que, más que seres humanos, parecían bestias: todo el viaje lo hice sobre cubierta. Une a todo esto la impresión tremenda que produce el abandono de la patria.

Llegué aquí con tus tres cartas y otra además para el Vice-Cónsul de España, en ésta; de las cuatro, sólo pude entregar dos: la última y la tuya dirigida al Sr. Grandmontagne; la dirigida al Azul, la remití por correo (no me era posible hacer el viaje) y no he obtenido contestación; la otra no la pude entregar, por estar ausente de Buenos Aires el Sr. Uriarte. El Director de *La Vasconia* me recibió muy bien; como es un antiguo amigo, se me ha ofrecido en todo y para todo y me ha presentado a varios amigos suyos por si me pudieran servir. De tal manera te estima y considera (no es él sólo, aquí son muchos los que te conocen y aprecian) que cuantas veces he conversado con él, otras tantas ha girado la conversación acerca de tí; por mucha estimación que le tengas, sólo harás corresponderle. Es un carácter abierto, noble, sumamente simpático, de mediana estatura, pero temperamento de acero revelado por su relampagueante mirada. Como escritor, no puedo juzgarle aún; sólo he leído dos artículos suyos escritos a vuela pluma.

Desgraciadamente los pasos que en mi obsequio ha dado tu amigo no han sido fructuosos hasta ahora.

Hoy me encuentro colocado interinamente en una Casa de Comercio donde llevo los libros y soy Profesor de un hijo del Principal, que estudia el grado de bachiller. Para el mes de Marzo empezaré mis trabajos en la Universidad como taquígrafo y en Colegios particulares como Profesor.

Respecto al país, en general te diré que me parece peor que malo; ni las costumbres ni el clima ni las comidas ni nada, en fin, me gusta. Cada vez me acuerdo más de mi querida patria: es tal la nostalgia que se ha apoderado de mí, que no sé si podré resistir ya más: llevo luchando mucho tiempo y me van faltando las fuerzas: además careces de estímulo, porque ni tengo familia directa, ni tengo fe religiosa y por tanto camino como un nuevo judío-errante, sin rumbo fijo, sin norte ni guía y con un bagage de sentimiento (sentimentalismo para el vulgo: esto es, para todos) y de amor a la belleza en todas sus manifestaciones, que me abruma, por demás; sobre todo en este país, donde no se oye otra conversación que la

de los negocios, las mercaderías, las libras esterlinas, los pesos, etc., etc. Aquí no se rinde culto ni a la familia, que no existe, porque los hombres están dedicados en cuerpo y alma al negocio y las mujeres a vicios, ni a la amistad ni a la religión. No hay alegrías ni esparcimiento del ánimo ni vida verdaderamente tal: en los mismos espectáculos y en los paseos, hay una tristeza tal que más que sitios de distracción parecen cementerios. La población misma, con ser tan amplia y edificada a la moderna casi toda ella, es fea; porque no hay dos edificios iguales, como no hay dos calles desiguales: éstas son interminables, monótonas, frías, si vale la frase, al lado de un edificio notable (por el costo, no por otra cosa) hay en las calles más céntricas edificios asquerosos de un solo piso y sucio y feo por demás. Lo único que abunda es el comercio y para eso ni tiene inteligencia (ni aún la comercial) ni moralidad. Los hijos del país, deconcertados ante la avalancha de extranjeros que se les ha colado por las puertas de Italia, España, Inglaterra, Alemania, etc, han quedado casi relegados a un 2.º término, aun en su propia casa; son falsos, hipócritas y volubles y hacen sentir su autoritaria fortaleza con los pobres, como se arrastran a los pies del que estiman más fuerte, séalo no lo sea, con tal que a ellos les parezca.

Es cierto que no conozco aún más que la Capital, pero por lo que oigo decir, el campo es peor: ni es sano ni he visto esa vegetación con la que se sueña en Europa: ni he visto árboles gigantes, ni siquiera prados floridos (y eso que he llegado en el tiempo mejor para ello), ni frutas ni nada. en fin. Vale infinitamente más nuestra vieja España con sus errores (los de la gente política, mejor dicho), sus campos explotados y sus hijos, que tendrán mil defectos, pero que al lado de éstos crecen hasta en proporciones gigantescas: no exagero, querido Unamuno. No hay Literatura, ni Literatos ni periódicos: éstos son (ya los habrás visto) anuncios vivientes y nada más. La 1.ª plana son anuncios y allá, al final, hay unos cuantos telegramas y noticias de sociedad (reuniones, bailes, etc., etc.) de vez en cuando algún artículo de un escritor extranjero de fama: Amicis, Núñez de Arce, etc. Pero aun estos artículos parece como que están allí de más: como si estuvieran pegados y a la fuerza; desdicen del marco, en una palabra.

Aquí se jactan de que hay muchas Librerías y de que tienen lo último que produce Europa: error notorio, porque ni el número significa nada, en último término, ni hay verdaderas Librerías, ni aquí se lee (mucho menos que en España, a pesar de su mala fama), ni se tiene aquí otra cosa que novelistas, a salvo rarísimas excepciones. Estudios Superiores no hay: las Facultades viven en mantillas; este año saldrán los primeros Doctores de Filosofía y Letras. Por cierto que (y antes de que se me olvide) un Profesor de dicha

Facultad que te estima mucho y que se llama García Velloso, te va a mandar un ejemplar de una Historia de la Literatura Española y Americana: me han hablado bien de esta obra, sólo conozco el programa y por él no se puede juzgar más que el método, éste es bastante aceptable y sobre todo práctico y útil para la enseñanza. Piensa este señor, que es muy buen español, irse a vivir a Alcalá o el Escorial dentro de 2 o 3 años, así que pueda jubilarse con todo el sueldo.

Ya va siendo demasiado larga esta carta y no quiero cansarte más. Te envía un fuerte abrazo tu antiguo amigo y condiscípulo.

Eduardo Catalá

Señas: Victoria 968, Librería y Papelería, Buenos Aires.

P. D. Aun cuando no necesitas consejos y menos míos, me permito advertirte que R. Darío no será nunca un buen amigo tuyo ni de ningún español. ¿Por qué no mandas ejemplares de tus obras aquí? Se venderían.

Al margen: Espero una carta tuya cuanto más larga, mejor: miel sobre hojuelas. Háblame mucho de España; y aparte modestia, háblime de tí, de tus proyectos, de tus obras todas; es una vergüenza que sepan más de tí, que yo, por no haber leído yo todas tus obras, debido esto a la accidentada vida que he llevado en Madrid, vida toda llena de disgustos y sinsabores; y debido también a tu olvido. Demasiado podías y debías saber que yo sería el último en comprenderte, tal vez; pero uno de los primeros en gozar de tus triunfos y rápida cuanto justa, ascensión. Aquí te quieren mucho. No estaría de más, salvo tu mejor opinión, que *apretaras* un poquito más a Grandmontagne, para que me colocara en un Colegio: me lo ha prometido, pero se les olvida todo aquí, pronto.

5

Tarjeta de visita

EDUARDO CATALA

saluda atentamente a Miguel Unamuno y tiene el gusto de presentarte al dador, amigo de Grandmontagne y mío, señor Maturana, poeta y periodista y entusiasta partidario de tus obras.

Buenos Aires y Abril 1903.

C 5 2(5)

6

Buenos Aires, julio 7/915

Sr. D. Miguel Unamuno
Salamanca

Estimado amigo:

Después de tantos años de ausencia, no sé ni cómo empezar la presente; si le felicito por sus triunfos, pudiera creer interesada mi felicitación por constituir el objeto de la presente la petición de un servicio; pero a trueque de que piense como quiera, le diré que todos o casi todos sus artículos de «La Nación» y de las Revistas españolas los he, más que leído, saboreado; y cuanto juicio he escuchado aquí, favorables todos, para Ud., me la han parecido algo mío, por su doble carácter, de español y de discípulo mío; y lo que me ha ocurrido con Vd., me ha acontecido— en otro orden de ideas— con Domingo Arraiz de Condenera, en sus campañas de Cuba y de Marruecos, sobre todo cuando el «Diario Español», de aquí, publicó su biografía, con motivo de su ascenso al Generalato.

En cambio, mi vida ha sido un tejido de sinsabores y amarguras; después del desgarramiento que sufre el que emigra de su país —¡error crasísimo!— todo me fue de mal en peor. Recién llegado, trabajé mucho, como taquígrafo; tomé las Conferencias de varios profesores durante varios años; las publiqué y las vendí. En compensación a este ímprobo trabajo, solicité y obtuve un puesto de taquígrafo en el Servicio Nacional de este país. Cuando ya me creía tranquilo y seguro, un buen día recibo una comunicación del Secretario del Senado en la que me comunicaba mi traslado, de la oficina de Taquígrafos, a la de Teléfonos; como estimé injusta esa medida y como me pareció vergonzoso aceptar ese humilde puesto, no tomé posesión y a las pocas semanas me declararon cesante, después de haber desempeñado mi puesto durante más de dos años con el beneplácito del jefe de mi oficina, señor Parody, de quien conservo un excelente certificado.

A mi salida del Senado, trabajé como taquígrafo en varias Casas de Comercio hasta que sobrevino la crisis general actual, y como consecuencia, la reducción del personal en las citadas Casas; y como ya voy siendo viejo y los disgustos me han aviejado más, todavía no he encontrado colocación desde hace 22 meses y mis pocos ahorros los consumí todos. En estas circunstancias he vuelto los ojos al Senado, para ver si podía entrar nuevamente; me reco-

mendaron varios amigos (Grandmontagne entre ellos) y no he conseguido nada. Visité al Senador, doctor Joaquín V. González, hombre de gran influencia y que me conoce personalmente; tuve la mala suerte de no encontrarle y me dijeron en su casa que hasta primeros del mes próximo (agosto) no volvería a Buenos Aires (está en la provincia de su nacimiento, la Rioja); como el tiempo me apuraba, le escribí y, entre otras cosas, le decía que, con aquella fecha, escribía a Vd. rogándole una carta para él, de recomendación.

Además, el jefe actual del Cuerpo de Taquígrafos del Senado, señor D. Pedro Varaugot, es redactor antiguo de «La Nación» y supongo conocerá a Vd., o de no ser así, el Director de «La Nación», que seguramente será amigo suyo y a la vez amigo del citado señor Varaugot. No dudo que cualquier carta suya para el Senador, doctor Joaquín V. González, o para «La Nación», me serviría de mucho para poder reconquistar mi puesto en el Senado, de taquígrafo, con lo que podría terminar los pocos días que me resten de vida, con alguna tranquilidad. Sería éste un favor tan señalado, que no sabría cómo agradecer bastante.

No le digo más; lo que falte a la presente (la falta no es otra que mi atrevimiento al solicitar un favor suyo después de 16 años de ausencia) Vd. lo suplirá: junto a una inteligencia de 1.ª, no puede haber un corazón de 3.ª (si es que estas cosas se pueden expresar en números).

Reciba, con un apretado abrazo de su antiguo discípulo, el agradecimiento de su amigo y s. s.

Eduardo Catalá

P. D. Mucho le agradecería que, en su contestación, me diera las noticias que pudiese acerca del número de sus hijos, edad que tienen, y de los antiguos discípulos; todas estas noticias se las agradecería muy vivamente.

Mi dirección: Calle Cerrito n. 34, Buenos Aires.

Leopoldo del Río Reyes a Unamuno

1

Leopoldo del Río Reyes
s/c Calle Australia n. 2236

Exmo. Sr. Dn. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad de
Salamanca.

Exmo. y respetable Dn. Miguel: En toda la capital argentina, y en la mayor parte de esta República sub-americana, a cada momento se oyen el sin número de elogios de su personalidad, tanto en el manejo de su pluma, como en la verbosidad de su oratoria.

La prensa en general, publica hoy su nuevo nombramiento de Rector de esa antigua e histórica Universidad, que hace algunos años abandoné; y cual rayos de sol que hieden el espacio, desde España hasta el nuevo mundo de Colón, llega a nosotros la noticia, que es acogida en el espíritu de todos, con el mayor entusiasmo y alegría, por cuantos le hemos sabido apreciar y admirar tanto en el desempeño de tal cargo como destituido de él.

En mí siempre ha surgido la idea de que es y ha sido siempre el único y exclusivamente llamado a desempeñar tan delicado cargo y que con tanto acierto supo dirigir.

Necesariamente esto tenía que llegar. Aún recuerdo aquellas tan conocidas palabras que al fin se han cumplido: «Unamuno cayó, su fama se levantará».

Y el gobierno español, apartándose de la política, ha sabido obrar con justicia bien berecida, lo que yo celebro en lo más íntimo de mi corazón, que, aunque tarde y a tanta distancia, no he de pasar desapercibido sin que unida a los millares de firmas, contribuya con la mía, que aunque humilde y sin importancia para V. S., le envía desde la República Argentina la más cordial enhorabuena.

En Buenos Aires se le aprecia, y hace algún tiempo los periódicos hablaron de un próximo viaje de Unamuno.

Si así es, sea lo más rápido posible, y tendremos la satisfacción de felicitarle personalmente, pues no lo dude, hay verdadero entusiasmo por su viaje, y a la vez oír de sus labios tan sabias y meditadas palabras de gran orador.

Y aunque mi firma, no sea reconocida ni mis palabras compitan como gran escritor, no por esto se apartan de que, escritas con la pluma, las dicta el corazón lleno de satisfacción y alegría por su vuelta al Rectorado, que muy pronto lo veremos engrandecer con su nombre tan mundial. ¡No merecen menos esas viejas aulas, ser regidas por un Unamuno!

Acoja mi más entusiasta felicitación y enhorabuena, que de corazón le envía su más affmo. seguro servidor y paisano a. a. V. X. e. s. m.

Leopoldo del Río Reyes

Buenos Aires 1.º de octubre 1921.

Nota: Le recuerdo en estos momentos, su excursión con varios amitos por la Ribera y el Abadengo que al paso por Masueco de la Ribera pasaron allí la noche, y a la vez tuvo a bien enorgullecer a mi familia con su hospedaje en mi humilde habitación de estudio, en la casa del comerciante.

Este es, su servidor, que en estos momentos le recordará en su memoria y, aunque distante, no olvida a los hombres que valen.

Después de mi derrota en las últimas oposiciones a escuelas (donde presidía mi tío D. Nicasio S. Mata), quise conocer la Argentina, y después de 5 meses en ella, la aprecie de verdad, como pudiera apreciar a España donde nací; pues ésta me da vida y porvenir.

Su affmo. s. s.

Leopoldo del Río Reyes

José María Goicoechea a Unamuno

1

Buenos Aires Diciembre 30 de 1901

José María Goicoechea

Señor Dn. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi muy estimado Señor:

Recibí con mucho agrado la atenta carta de V. contestando la que yo me permití escribirle.

He demorado algunos correos esta correspondencia, esperando que llegara el discurso que yo le pedí y cuyo envío me anuncia V. en la suya; y aunque todavía no lo he recibido, no quiero tardar más en dar a V. las gracias por su fina atención y por los buenos conceptos de su carta.

La falta del discurso de V. me tiene muy contrariado y atribuyo a algún envidioso que se lo haya apropiado, privándome del placer de conocer esa producción. He hecho revolver las oficinas del correo hasta convencerme que allí no está; he recorrido las agencias de publicaciones españolas sin resultado y también las direcciones de los diarios como «La Nación», «El Correo Español» y otros donde pudieran darme algún dato sobre su discurso, y sólo tienen de él en este último diario un extracto, reducido a algunos párrafos, que es lo único que aquí conocemos. Su envío, pues, lo han extrañado sin remedio.

Los protestantes de Bilbao (1) tienen aquí muchos prosélitos, y para éstos soy yo el *vicho* (sic) raro que desearían aplastarlo, pero no hay cuidado; la corriente de la civilización seguirá su curso y estos anacoretas de nuevo cuño, que quieren encerrarse dentro de su vascuence para no ver la luz del progreso, para no entender las hermosas concepciones de los grandes espíritus que dominan al mundo y para substraerse de toda correspondencia con los idiomas que ilustran, han de sentirse bien pronto axfisiados en el reducido ambiente de su apasionada soledad y comprenderán que una misantropía, no explicada por ellos, es la causa de la enfermedad que les produce delirios, y cuando las pasiones se moderen, cantarán la palinodia, las mismas bocas que protestan hoy contra lo que han de alabar mañana.

Para la curación de esos enfermos importa mucho la prédica

de V., y quetriendo yo seguirle, he tomado precauciones para que no se me escape el trabajo que piensa publicar en «La Lectura», y he de comunicarle mis impresiones a su respecto.

Ahora deseo corresponder a la amistad que V. me ofrece y, aunque la mía poco valga, cuente V. con ella sin limitación, que será sincera en todo tiempo.

Deseando a V. un feliz año nuevo, le estrecha la mano con toda efusión s. s. y amigo.

José M. Goicoechea

Buen Orden 185.

G. 3 111, 2

(1) Los que protestaron por el discurso de Unamuno en los Juegos Florales (1901).

Ramón María de Iribas a Unamuno

1

La Ilustración Sud-Americana

Directores y propietarios:

Ramón M. de Iribas y Fco. Conte Mac'Donall

Buenos Aires 6 Septiembre 1900

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca.

Muy distinguido Señor mío:

Sin más títulos que los de compatriota de V. y vizcaino como V., me permito escribirle y robarle algunos momentos de atención.

En varias ocasiones he enviado a V. números de esta Revista, y Marino Brais, el que suscribe, se ha dado el lujo de comentar algún que otro trabajo de V., hasta reproducir algo pensado «a punta de tijera» de otros diarios y revistas en las columnas de la nuestra. No dudo de que Ud. nos perdonará estas *licencias* y nos autorizará para algunas futuras, siempre que no hagan más que pellizcar en los derechos de su propiedad literaria, a tenor del *Comunismo* que por estas regiones ibero-americanas se estila y por abuso de la benevolencia de autores y editores.

¿Quisiera V. (señalando V. los honorarios) favorecernos con algunos artículos que tiendan a algo más práctico que esa pseudo-*unión ibero-americana* de que retóricamente se alardea? Larga es la distancia, y humilde mi valer para concretar aquí opiniones, pues si una carrera científica mal aprovechada y algunos *hombres literarios* de estos últimos años no me autorizan, a pesar de indicarme nuestro común amigo Grandmontagne que le escriba, para ejercer de predicador y dómine. Tengo mi alma en mi armario, y mi le según la siento.

Disculpe lo difuso de esta carta y ordene a s. s.

Ramón M. de Iribas

I 51, 8

2

Tarjetón

La Ilustración Sud-Americana
Director

Buenos Aires Noviembre 15/900

Sr. D. Miguel de Unamuno:

Muy ilustre paisano y compañero: Premuas de confección del próximo número dedicado por esta Revista al Brasil, me tienen muy atacado a estos días, y soy breve (solicitando su disculpa y su perdón) en esta esquila microscópica.

Favorecido con su amable colaboración que estimo *en mucho*, no he podido ponerme al habla con nuestro común amigo Grandmontagne y le escribo para que nos pongamos de acuerdo.

En este campo de lucha *vivida* observo, aun cuando nos distancien puntos de vista, V. desde la altura y yo desde las bajas colinas de unas creencias, si pedestres, no por eso menos arraigadas, que nos anima la fe en el porvenir de una raza dormida por tantos «malos hombres» como la adulteran y permiten a todos los organismos de una sociedad de moldes estrechos, de rutinarios frenos y de farmacopea retórica que tanto daño nos va haciendo con falsa cultura y desplantes de fanfarrón que no miran la savia vigorosa de los arrestos y fiereza de otros tiempos.

Fundir lo bueno añejo y lo bonísimo coetáneo en el campo de la idea y de la acción, he aquí en su resumen su ideal, el mío y el de tantos otros. Sigamos esta especie de apostolado que, por distintos rumbos, podemos llegar al mismo valle.

Perdone mis digresiones: seré más extenso muy pronto, y mi aplauso por su discurso académico. Ahí van varios números de «La Ilustración» y que Vd sea ahí, si lo merecemos, nuestro pregonero sobre ese Congreso Ibero-Americano que veo fracasar por escesos retóricos.

Suyo, beti biotzeco laguna eta aizquiria.

Ramón M. de Iribas

3

La Ilustración Sud-Americana
Revista ilustrada

Directores y propietarios:
Ramón M. de Iribas y Fco. Conte Mac'Donell

Buenos Aires 30 Diciembre de 1900

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Muy estimado e ilustre paisano:

Con esta carta irá el último número «salido a luz» de esta Revista. Engalanan sus páginas párrafos (los más principales) de su discurso de apertura de clases en esa Universidad, y llevan un título que yo me he permitido ponerles contando con su aquiescencia.

Anuncio sus colaboraciones para que todo «redunde» como V. me dice en beneficio del pro-común que, solamente así, con *santitos* y reclamos cayadores entra un poco por el aro, pues andamos pobres en la patria, de los Sénecas y Luises en esta «temporada» de intercambio intelectual para hablar en jerga de mercader.

Perdone mis digresiones: son válvula de seguridad a lamentos morales que me ahogan en este quietismo embrutecedor de la vida mercantil de estos *pagos*. Y no es «dulce lamentar» el mío como el de tantos otros: nos llevan y nos traen en lenguas cuatro babiecas, y llegamos a creer que somos algo entre esta estulticia que nos rodea. ¡Y lo que nos falta para llegar!

Pecho al agua y a la tarea de fragua. Están terminando balances y demás cosas en esta administración para darle cuenta de lo de sus colaboraciones.

Le escribiré oportunamente; en el ínterim, mande y ordene a su afmo. s. s. y amigo y admirador.

Ramón M. de Iribas

4

La Ilustración Sud-Americana

Tarjetón

Director

Febrero 10/901, Buenos Aires

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi distinguido Señor y paisano:

Poco avezado a discutir «asuntos económico-mercantiles», dejé que esta Administración señalase *día y hora* como en las vistas judiciales, para el turno financiero de V. Así se lo dije a nuestro común amigo Grandmontagne, agregando (de mi cosecha) cuán molesto me era *injustipreciar* (esa sería la palabra adecuada, si lo que limpia y fuera el lenguaje lo autorizase) su trabajo y los demás trabajos intelectuales.

Pero «venidos a menos» porque nunca fuimos *más* en estas cosas financieras, apenas bajada una cuesta, tenemos otra enfrente y hemos de pedir perdón a todos para que nos ayuden a hacer una Revista, si, de poco lustre, de alguna enjundia, jugo y otros tónicos de que necesita la gastada flaqueza española.

Así, para fin de mes le girará a V. algunos pesos y, con franqueza vasca, le estimaré me diga: Es poco, o basta, así o asado, *ondo o gaizqui*.

Supongo que recibe V. los números: supongo que los mira con indulgencia, porque sabe V. medir, lo cual es harto difícil en este mundo.

Todo está sujeto a peso: granita más o menos. Desde el medio ambiente al medio personal hay progresiones geométricas de varias razones, y V. creo que sabe ajustarnos en líneas converjentes que van a un fin práctico.

No tenía a mano, por ser Domingo, en mi casa, otro papel. Disculpeme, pues, y mande cuanto orden se le ocurra. Hablo y obro sin recámara, siempre

Suyo afmo. s. s.

Ramón M. Iribas

Juan S. Jaca a Unamuno

1

Juan S. Jaca
 Fábrica a vapor
 de
 Productos químicos, farmacéuticos
 e industriales
 Liniers 227 y Victoria 3410
 Buenos Aires

Buenos Aires Enero 12 de 1906

Sr. Miguel de Unamuno
 Salamanca

Estimado Señor: La presente tiene por objeto felicitarle a V. por el artículo que ha escrito comentando otro de Maeztu a propósito de los que pretenden emigrar de Boada, y que transcripto por el «Diario Español» de aquí, acabo de leerlo.

Ese artículo reúne en mi concepto, a la valentía de la verdad, la expresión precisa de lo que ocurre en el concepto económico-social de nuestra desventurada patria y de lo que fatalmente ocurrirá en las demás naciones a continuar primando la evolución institucional del presente.

La seguridad de que esto mismo ocurrirá en breve en nuestras provincias vascongadas, a no modificarse la influencia de la política central sobre ellas, me ha hecho disentir de las ideas de Maeztu y de V. con respecto al vascuence y al tradicionalismo del país nuestro.

El arraigo que en mí tiene esta presunción de un porvenir desgraciadamente próximo, lo encontrará V. en *Hernandarias* y *Benalcázar* que conjuntamente con ésta le mando; porque supongo no debió recibir el que le mandé por intermedio de nuestro común amigo Sr. Grandmontagne, porque nunca tuve noticias de este recibo (1).

(1) Sí lo recibió, ya que en su biblioteca aparecen dos ejemplares de la obra, *Hernandarias y Benalcázar, o sea el pasado y presente económico y social de la República Argentina* (Buenos Aires, Tipografía de La Vasconia, 1899). El primero, V 604, lleva esta dedicatoria: «Al distinguido profesor y publicista Don Miguel de Unamuno, en testimonio de aprecio, su afmo. paisano, Juan S. Jaca, Buenos Aires abril 1904». El segundo, V 3415, que es el citado en esta carta, lleva por dedicatoria: «Al ilustre publicista D. Miguel de Unamuno, testimonio de consideración y afecto, Autor, Buenos Aires Enero 2/906».

Sin embargo de este disentiimiento, que en el concepto real de las cosas nada vale, sigo leyendo con preferencia todos sus escritos, y lamentando no apronte V. el estudio de la Arrogenia vascongada comparada con la de las demás civilizaciones para limpiar la historia euskara de las borrosas tradiciones, prejuicios y supercherías, y plantearla sobre las preciosas bases que informan al par que su preexistencia su hermosa e ilustrativa etiología; porque le creo a V. el más preparado para ello, y el que está en mejores condiciones para divulgar y popularizar sus sanos principios en el mundo de los intelectuales.

Respecto a los vascongados de aquí, le he hecho remitir el número conmemorativo de la colocación de la piedra fundamental de los asilos y colegios de la Euskal-eehea, que le informan de nuestros trabajos y propósitos en estas lejanas tierras.

Nuestra preocupación del presente es estudiar el modo de plantear nuestras escuelas en condiciones de que alcancen en su desarrollo ulterior, la misma influencia moral que nuestros *bizkaitarras* han conquistado en el orden económico y social de estos países.

Lo conseguiremos. Encontraremos para ello elementos suficientemente ilustrados en la modalidad étnica vascongada, que sin caer en radicalismos absurdos, hagan sino primar, ingerir en la educación los sanos principios de la consciente y responsable individualidad que distinguen los fundamentos de todo régimen vasco?

En encontrarlos estribará el éxito de nuestros propósitos.

No me atrevo a molestarle con impertinencias, pero no será extraño que le pidamos su ilustrada cooperación, en la resolución de este problema, pues cuento para ello, además de con su reconocida caballerosidad, con su notorio euskarismo.

Rogándole disculpe la extensión de esta carta, me suscribo de V. afmo. paisano y s. s.

Juan S. Jaca

J 1, 1

2

Membrete
como la primera Carta

Buenos Aires Marzo 5 de 1906

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi muy distinguido Sr.: Con el mayor placer he recibido la

hidalga cuanto conceptuosa carta de V., del 9 del mes próximo pasado.

Participando de las mismas ideas de V., con respecto al malestar social de España, he conceptuado siempre los extremos del bizcarrismo y catalanismo, como natural consecuencia de ese malestar, o más propiamente como efecto de la descomposición moral del desgraciado organismo político-social de la nación.

Las mismas asperezas e incongruencias de estas manifestaciones esternas, que he tratado de estudiarlas en algunos artículos de la Baskonia, son lógicas, porque surgen en ambiente muy viciado y de espíritus, sino enfermos, conturbados. He sido también víctima de sus ásperas incongruencias. Como prueba le mando por separado un folleto que tuve que publicar al retirarme de la *Laurak-bat*, de la que fui iniciador.

Para biografiar a los bizcarras de aquí, basta consignar que la Plaza Euskara, fundada con fondos reclutados por caridad para los fines que más tarde han dado origen a la Euskal-echa, la vendieron para construir con su importe un palacio para su exclusivo recreo social; y que el retoño de Guernica, que por su lozanía de 20 años era la admiración de propios y extraños, lo trasplantaron a su nuevo local en plena primavera, después de una podada completa. Como era natural y aún lógico, suponiendo que los árboles simbólicos tengan lógica, se secó.

Ahora han traído nuevos retoños para injuriarlos (por cierto inconscientemente) trasplantándolos en el centro de la ciudad en la estrecha lobreguez de un patio. Ate V. cabos y dígame qué clase de patria independiente concebirán éstos.

Felizmente para ellos, y hasta para nosotros, en la boráGINE (*sic*) material de esta ciudad cosmopolita, nadie se fija en estos actos carnavalescos, sino pobre de nuestro concepto moral [!].

La Baskonia, perdone le aplique la ortografía que se ha adoptado, está dirigida por un bermeano muy vasco y muy laborioso, pero muy testarudo.

Por impulso de sus condiciones ingenuas, de las que quizá le habrá hablado Grandmontagne, ha seguido a los bizcarras, especialmente de esa, por más que ha aceptado como suyos los principios que sobre el Nacionalismo Vasco he publicado, y noto alguna derivación en sus intransigencias, de la que es prueba la publicación de la carta a que V. se refiere.

En lo que hace a mi ingerencia, es estrictamente la de un colaborador independiente y extraño al mecanismo de la Revista. Es exactamente la misma de cuando Grandmontagne era su redactor.

Hecha esta aclaración de mi actuación en La Vasconia, y muy conforme en un todo con V., en lo que hace a las tonteras de mu-

cho vascófilo, disiento en lo que concierne a la influencia del eusquera en la manera de ser de nuestro pueblo.

Creo que existe una cultura genuinamente vascongada generada y nutrida por su lengua, que difiere en absoluto de lo que podríamos llamar civilización o culturas indogermanas.

Es un hecho indiscutible para mí que la civilización asiática cuando traspasó las mesetas de la India para invadir el Occidente, estaba ya viciada; mucho más subordinada a los convencionalismos humanos que a las leyes de la naturaleza y de la razón; y que todas sus creaciones han fracasado por el pecado original de que venía infeccionada.

Opino por esto mismo que las instituciones y modalidades vascongadas (hablo de las que viven en y con el eusquera) ofrecen tanto o mayor influencia que la misma lengua, con las instituciones y modalidades de los demás pueblos. Y que el raro fenómeno de haberse conservado el pueblo vasco en su relativa pureza, reconociendo el propio albedrío como guía de norma, se lo debe exclusivamente al genio y peculiaridades de su lengua.

En prueba de ello —de esta ventaja del vascuence— reconcentre un momento su espíritu y pregúntese, si el *erri* del vasco, equivale a la *patria* de los demás pueblos; o si no es mucho más preciso y concreto el *erri* que la *patria*. Si *Jaungoicoa*, *eguzquia* (Egunquia), *illarguia* y sus derivados, *guizon*, *emacumea*, *arria* y sus compuestos, al par que otros infinitos sustantivos vascos, no tienen equivalencia tan clara y precisa y demostrativa en otras lenguas habladas.

Reflexione también si ha notado en alguna otra lengua un espíritu tan democrático y cortez a la vez (que en el vascuence) que trata a los niños, aunque sean príncipes o reyes, de *i*, y de *zu* o *berori* a los viejos, aunque sean mendigos.

Observe que en todos los demás idiomas han tomado naturaleza las burdas fantasías que han vulnerado todos los atributos divinos y humanos que en el vascuence sólo les es permitido a las mujeres hablar de las brujas, puesto que a los hombres que se ocupan de ellas o de cosas semejantes, los tildan despreciativamente de *andre-guizona*.

Dígame entonces si es cuerdo deshauciar como estorbo una lengua que impone al hombre, o a quien la habla, la razón subordinada al análisis, que es la piedra de toque de las concepciones humanas.

¿Que los vascos *guizones*, aunque laboriosos, honrados, nobles y leales, son poco cultos y algo torpes, tardos de entendederas y sistemática y tercamente aferrados a sus ideas? No lo creo así; las diferencias de cultura y lengua a que me he referido, explican en mi concepto esto que V. dice y parece resaltar a primera vista.

Como hijo de ferrón, me he criado en el centro de Guipúzcoa, en medio de montañas y jarales, lejos de los centros urbanos, en contacto directo de elementos formados en la exclusiva modalidad vasca. En los 36 años que resido aquí, he podido también estudiarlos de cerca en su emigración, comparándolos con otros elementos de igual condición social, y puedo asegurarle que, conmutando lo de torpez por rústico, son mucho más inteligentes de lo que se les supone; sobre todo si tienen una idea precisa de la cantidad y del número, y una perspicacia muy especial para clasificar a los hombres, tanto en su concepto moral como el material. Por eso es proverbial aquí el dicho de «es difícil engañar a un vasco».

Los sociólogos americanos atribuyen la diferencia del concepto de V. al que los hechos les ponen de manifiesto, a la bondad étnica del país. Yo lo atribuyo exclusivamente a la lengua y a la educación del *batzerri*; porque los vascos que vienen iniciados en la modalidad española o francesa, difieren en absoluto de aquéllos; son poco más o menos como los demás españoles o franceses.

Estas condiciones etnológicas has generado en ellos con el sentimiento de su individualidad y la independencia de su carácter, la conciencia de su relativa superioridad que la vienen heredando sus hijos aquí. Estos, impulsados por estos genéricos sentimientos, constituyen el núcleo revolucionario de este país como el de Montevideo. Aquí se llaman radicales, allí blancos. Sus principales jefes son de origen vascongado; la mayoría hijos de emigrantes vascos. Su credo es mera protesta contra las conculcaciones político-represnetativas que aquí como en esa avasallan y envilecen todos los resortes morales de la administración pública. Atribuyen nuestros originarios su carácter revolucionario al carácter honrado y altivo de sus generadores. Peor, lo mismo que sus padres ignoran los fundamentos históricos en que se formó ese carácter, y las causas legales en que se ha nutrido. En consecuencia carecen de un programa capaz de estatuir las bases que puedan cimentar sus nobles aspiraciones.

Se me ha corrido la pluma; noto que en vez de una carta estoy escribiendo un artículo tan largo como confuso.

Estimo a V. mucho, lo mismo que a los escritores paisanos a que V. se refiere y a todos los cuales leo con verdadero cariño y preferencia, especialmente a V., Maeztu y Grandmontagne, por el cual siento verdadero anhelo de que V., que es el maestro reconocido de aquéllos, se haga cargo de las causas de mi persistencia en defender el eusquera y en abogar por el estudio de los fundamentos étnicos de la sociología vascongada. El eusquera para el país en que se habla y sus fundamentos institucionales para los pensadores del mundo entero. A este propósito responden todas mis iniciativas aquí, inclusive la Euskal-eecha; pero me he cuidado de

formularlas en su desnudez, porque provocarían desconfianzas que afectarían la seriedad del trabajo y aun el propio concepto mío, porque parecería (y quizá con justa razón) demasiado pretenciosa e ideológica la aspiración. Fuera de esto, los americanos, inclusive los nuestros, son demasiado orgullosos para suponer que haya nada más grande ni perfecto que su constitución política, por lírica, artificiosa y nominal que esta sea.

Como V. ve, a su confianza respondo con confianza y media, desde que le doy el secreto de mis aspiraciones. Para terminar deo algunos puntos de su carta para otra oportunidad, y concluyo aceptando más que gustoso, orgulloso, su amistad, deseando cooperar con V., si no en la redención de la patria (tarea difícil) al menos en la obra de magnificarla.

Europa se salvará en América. Ingerir el alma eúscara donde sus hijos plantaron las bases de su mayor cultura, es digno de todo buen vasco, y en especial de quien como V. ha recibido dones especiales de la naturaleza.

Cuente y ordene a su afmo. paisano y amigo.

Juan S. Jaca

J 1, 2

3

Membrete
como la primera Carta

Buenos Aires Septiembre 2 de 1906

Sr. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi distinguido Sr. y paisano: la presente tiene por principal objeto la oficiosidad mía de comunicarle, que su designación de corresponsal de «La Nación», ha sido muy favorablemente recibida por cuantos intelectuales argentinos trato, lo mismo que por los vascongados, que ante todo se muestran orgullosos de la aceptación general que sus escritos tienen; y aún, por los españoles, que empiezan a comprender que hay más patriotismo en predicar verdades que en rimar frases huera, que cuando más tienen la virtud de perpetuar tontas vanidades.

Las dos correspondencias que lleva publicadas, la referente a toros, y «Los hispanistas norteamericanos» han gustado mucho.

He oído comentar y elogiarlos con encomio. Encuentran que V. ha mejorado el *estilo*. Generalmente cuando un autor a quien se ha combatido, se impone, la muletilla del vencido es, el *estilo*, así se da razón a una esquivéz anterior.

Su segunda correspondencia ha dado en la llaga.

Las imposiciones oligárquicas del caudillaje, y los *ilustres* improvisados por el capital, tienen achatadas en este país las manifestaciones posibles de la intelectualidad. De modo que su correspondencia les ha venido a éstos como de molde; lo mismo que a la generalidad, que comprende con harto pesar, que en el progreso del país no es oro todo lo que reluce.

Respecto a la Euskal-echea, supongo ha debido V. recibir la última Memoria que le mandé y que se habrá dado V. cuenta de los progresos.

El proyecto educacional de esta institución importa a la vez que el beneficio de asegurar una instrucción práctica y económica a los hijos de nuestros paisanos diseminados en las pampas (aquí entre nos) un ensayo.

Nuestros paisanos hacen dinero gracias a sus energías y constancia. Crían hijos muy robustos, por cuanto el amplio abdómen amoldado en el correr de los siglos a habichuelas y berzas (los padres), lo nutren a base de pura carne. De esto, de ver este país inmigratorio, y de oír a diario que ésta es la tierra de promisión, salen los hijos más pagados de su superioridad, que de la buena correspondencia a sus genitores.

Fuera de esto, que es natural, dadas las condiciones del medio ambiente, la educación en Colegios de pupillaje entre elementos heterogéneos, es para estos niños difícil y malo. Difícil, porque el precoz desarrollo de sus fuerzas, agregado a sus hábitos campestres, los hace poco menos que refractarios a la disciplina física y, sobre todo, a la del estudio. Y malo, porque con lo poco que aprenden y los vicios y esterioridades sociales que adquieren en esta ciudad, que sólo se envanece de sus aparatocidades (*sic*), se hacen en tesis general poco menos que incompatibles en la familia por el divorcio que se origina entre las sencillas pero francas y rudas modalidades de sus padres y las muy presumidas de los hijos.

Se trata, pues, de ensayar el medio de asociar el trabajo de faenas rurales como medio disciplinario para el estudio, iniciándolos en la observación, clasificación y definición de aquello mismo que conocen de vista y lo trabajan y cultivan. Esto en cuanto a lo material; en lo que hace a la moral: prestigiar a los padres, poniendo de manifiesto las superioridades étnicas del país vasco en relación a los demás países, sobre todo en lo institucional (que es lo que menos conocen, pero de lo que más se enorgullecen los ameri-

canos en general), y demostrando la suma de virtudes que representan esas ingénitas sencillez, franqueza, laboriosidad, constancia, altivez e independencia de carácter de sus padres, que sin más capital que sus energías e iniciativas, se han conquistado con una posición independiente, el respeto, el aprecio y la consideración de todos.

Como de la exageración patrioterica se puede tener todo, aún en los vascos, me apresuro a anticiparle, que el estudio comparativo de las condiciones étnicas a que me he referido, sólo se hace de reflejo, por demostración deductiva, cuidando de no herir susceptibilidades y caer en extremos viciosos; especialmente resaltando la consciente individualidad de su régimen, con relación a esa posibilidad gregal, madre de las inconsecuencias y de los escepticismos.

Debido a que esta organización de los institutos de la Euskal-eehea, por ser la primera institución de su carácter que establecemos los vascongados, y aun los extranjeros, entraña hasta cierto punto el alcance del fondo moral de nuestras iniciativas, procuramos plantearlo sobre bases tan amplias como estables y susceptibles de desarrollo, y colocarlos bajo la dirección de personal competente.

Para ello estamos en tratos (y va de confidencia) con el P. Evangelista Ibero (1), Capuchino de Estella, a quien creo debe conocer V., aunque sea de nombre. Nos ha sido recomendado por su ilustración y convicciones euskarófilas. De lo que he leído de él, deduzco que, en efecto, reúne estas condiciones. Su euskarismo me ha merecido el concepto de que se funda más en principios y doctrinas, que en la trabazón de las afinidades.

Aunque por lo mucho que llevo leído de V., veo que no es enemigo de los religiosos, y menos de la religión, sino de los que la explotan o la infaman con más pasión sectaria que conciencia, me creo, por lo mismo que le estimo mucho y conozco todo el interés que se toma por nuestra raza, en el deber de explicarle, por qué hemos preferido profesores religiosos a laicos, para la dirección de nuestras escuelas.

Estas son: 1.º, porque nuestros paisanos, a imitación y semejanza de los demás, han abandonado al llegar aquí esas prácticas religiosas, y aún han blasonado de anti-religiosos por el prurito de pasar por hombres libres, con menoscabo de sus sentimientos, de la buena armonía de sus familias (las mujeres siguen siendo religiosas) y, sobre todo, de esa dulce serenidad legendaria de su carácter, incompatible con las irreverencias de cualquier orden que sean.

2.º Porque es difícil, sino imposible, constituir bases de socia-

(1) Seudónimo religioso de Ramón Goicoechea Oroquieta, Capuchino de Ibero (1873-1909), profesor en Lecároz, Pamplona, Estella, autor de *A mí Vasco* (Bilbao 1906) reeditado en Buenos Aires (1907).

bilidad moral sin religión, sobre todo, en elementos rurales como los de que se trata, que vivan en contacto directo de la naturaleza, y son por esto mismo creyentes sin excepción.

3.º Porque en el vasco nunca la religiosidad ha degenerado en fanatismo, debido a su individualismo y a su espíritu analista, y no entraña por esto mismo ningún peligro de supremacía la dirección de religiosos, máxime cuando la administración-directiva de la Sociedad está confiada en absoluto a una directiva celosa, cuando menos, de su autoridad.

4.º Porque sería también casi imposible organizar un profesorado laico, capaz de inspirar confianza, con los fines indicados, sin exponerse a caer en los extremos en que se dividen los protagonistas de nuestras idealidades.

5.º Ya que ésta va a ser, más que carta, miscelánea, sin que por esto dejar de ser larga, pesada y abusiva, le diré, que su Quijote lo ha estudiado con atención especial el paisano, doctor en medicina Dn. Daniel Lizarralde (2), que hace dos años viene dedicándose al estudio de cuanto se ha escrito sobre el libro de Cervantes. No conozco bien sus conclusiones con respecto al trabajo de V., pero sé que se ha reconciliado con V., porque me habla con mucho elogio de su libro, lo que no es poco en él —que es espíritu por esto dejar de ser larga, pesada y abusiva, le diré, que su Quijotísimo, pero, susceptible de incrustar prejuicios— mal bastante común en los españoles y sobre todo en nuestros paisanos.

Surge otro escritor vascongado, y de pura raza, el P. Laphitz (3), sobrino de otro Padre que ha sido el verbo del espíritu vasco en este país durante 35 años, y ha muerto en olor de santidad, más que por su devoción, con ser grande, por su carácter y sus virtudes.

Como le tengo a V. por buen conocedor de los autores místicos (tengo por una de sus mejores obras «Hacia el casticismo»), le remito por correo una alocución suya que ha hecho imprimir la Comisión de Señoras de Euskal-echea.

Sus condiciones y preparación como escritor de modalidades vascongadas, le haré conocer en breve con la remisión de un nuevo periódico vascongado, que este último mes ha fundado (ya hay cinco) y en la que ha empezado a colaborar. No le conocía hasta ahora como escritor.

(2) Tolosano (1853-1923) que ejerció la medicina en Madrid y Buenos Aires, donde murió, tras ser el primer Vice-Presidente de *Laurak-bat*, reemplazando a Grandmontagne.

(3) Francisco Rm. Laphitz Arriada (1832-1905) publicó dos obras en vasco en Bayona en 1862 y 1867, y *La Confraternidad Bascongada. Sus triunfos. Hacia la cumbre. Discurso* (Buenos Aires, La Baskonia, 1914), y la conferencia *Recuerdos de la montaña*, pronunciada en los Salones de *Laurak-bat* (Buenos Aires, La Baskonia, 1906) y en la revista *Euskal Erria* 5 (1906) 262-75.

Es joven (32 años), se ha educado aquí, es conocido como orador fácil y elocuente, pero no creo prospere, porque se revela (*sic*) en exceso para las meticulosidades de la *buena sociedad* el individualismo altivo de su vasquismo.

Voy a cerrar esta epístola con una nota personal que le hará sospechar de mi cacúmen.

Ante la persistencia de pedidos de cuál será la historia o la obra más apropiada para estudiar a nuestra raza en sus diversas facetas: histórica y social, y ante la imposibilidad de contestar con conciencia, salvo de no recomendar toda una biblioteca, con más reservas que materias, me he puesto a escribirla. El programa que me he trazado es: exponer la institucionalidad euskara en parangón con las de las demás razas y pueblos; y precisar como consecuencia las causas de su supervivencia.

He optado por la forma expositiva que empleé en *Hernandarias* y *Benalzacar*, que creo me ofrece la ventaja de poder recalcar con más facilidad o libertad los puntos que conceptúe más capitales, y sobre todo, de ser más legible y comprensible para quienes no tienen el hábito de pensar al leer.

Para alejarle a mis trabajos toda sospecha de parcialidad o apasionamiento trato de hacerla documentada.

No se me escapan las dificultades que ofrece la tarea, como tampoco la audacia que importa en un mal aficionado la pretensión de realizarla, pero, todo necesita principio, y lo necesita sobre todo la determinación de la naturaleza básica del sistema institucional propiamente euskaro, el supremo de todos los sistemas en el concepto humano, para librarla de los adefesios que le desnaturalizan.

Perdone el abuso de confianza, y procure no pesarle el haber sido atento con quien sabe le quiere y se repite su atto. y aff. amigo.

Juan S. Jaca

J 1, 3

4

Membrete

como la primera Carta

Buenos Aires Junio 4 de 1907

Sr. Miguel Unamuno
Salamanca

Mi estimado paisano y amigo:

•Los espíritus verdaderamente superiores (para el vulgo) con

los de aquellos que inventan una untura para curar la sarna de las viejas y otra cosa, por el estilo» que expone V. en su correspondencia de Abril, dirigida a «La Nación» y que la publica hoy, me ha divertido, porque muchos de mis amigos me han dirigido sus pullas por teléfono, seguros de que se refiere V. a mí —fundados en que el ramo de los antesnímicos es uno de los principales de mi fabricación (cierto que no he inventado ninguno)— y en que disentimos en opiniones sobre lo conveniente al país basko.

No le cito el caso para hacerle cargo; porque ni remotamente se me ha pasado por la imaginación de que haya podido referirse o haya alusión a mi persona: 1.º, porque provablemente (*sic*) ignoraba V. este caso, y 2.º, porque yo no soy para ninguno entidad de ninguna especie; sino para anotarle la coincidencia, y la posible tergiversación de que alguno le puede atribuir intenciones que no ha tenido.

En lo que no estoy conforme es en una de sus últimas correspondencias que trata, en mi concepto, con injusta dureza al elemento rural español, y en particular al basko. Soy rural por mis cuatro costados, y por más añadidura de familia ferrona, criado en herrería, en conclave de *bastererritarras sic* que ha hecho vida ciudadana en unos dos tercios de la vida y que, por consiguiente, está habilitado para juzgar una y otra vida.

Fuera de esto, he leído a V. exposiciones claras y terminantes sobre la penosa situación moral y material a que le han conducido las imposiciones político-económicas, a esa familia rural, que tiene el dilema de ensilvarse en la indigencia y en el desamparo social, o el de abandonar su terruño para buscar horizontes que nutran su espíritu y medios que deshagan su deshecha contextura física.

¿Cómo entonces esa acerba crítica a la supuesta o no supuesta artesanía?

En mi resistencia a su correspondencia, campea también el que hace un año vengo escudriñando los antecedentes etnológicos y políticos de todos los pueblos y civilizaciones humanas, para juzgar la historia (humana) a través de la filosofía, en busca de la razón de la preexistencia de la raza euskara, preexistencia que no es un cuento, sino una realidad; ni un acaso fortuito, sino un resultado natural, como todos los resultados que persisten a través de todos los tiempos y de todos los accidentes, y a que en este estudio llevo ya probado (para mí): 1.º, que la civilización baskongada es absolutamente distinta en sus bases a la india y por consiguiente a todas sus derivaciones. 2.º, que la historia ibero-baska en el pasado y la etnología eúskera en su corriente étnica en el presente, ratifican con el principio inicial de su cultura, su fidelidad a los principios de su origen. Y 3.º, que esta etnología baska es la clásica ru-

ral, esto es, lo que no está viciada en las concreciones pseudo-orgánicas de la gregalidad india.

También creo podré demostrar con precisión, que la historia ibera ha sido groseramente fabricada, por habersele estudiado a través de los métodos de culturas antitéticas, y que debido a este desconocimiento y a los excesos de cortesanía en los historiadores de las edades modernas, se ha descuidado en absoluto el estudio étnico de la raza española y se le está deformando en esta ignorancia por los métodos más empíricos y más opuestos a su naturaleza psíquica.

Ahora bien, cómo no me ha de sorprender que una persona, además de ilustrada e inteligente, independiente como V., formule cargos tan acerbos a propósito de una parodia tan ridícula como la de un sufragio libre en un pueblo esclavo e ignorante, como lo son todos los pueblos en materias tan hondas y complejas como las políticas, de régimen absoluto-concéntrico?

.....

V. me autorizó a ser franco, así que no extrañe que aprovechando un incidente casual, le especte (*sic*) a V. un discurso de lo que no pensaba hablarle hasta concluir mi trabajo, que desgraciadamente tardará, no por lo que cuesta escribir, sino por lo que cuesta anotar, a fin de comprobar lo que se afirma.

El asunto Euskal-echea sigue su desarrollo, superior al que esperaba. Dentro de breves días le mandaré la Memoria del año, y le recomiendo desde ya, las corrientes de vinculación entre los originarios y los descendientes de baskos.

Perdone y ordene a un constante amigo.

Juan S. Jaca

J 1, 4

5

Juan S. Jaca
Victoria 3420

Buenos Aires Octubre 6/908

Sr. Miguel Unamuno.

Estimado Dn. Miguel: Esta mañana al leer el «Diario Español», me he encontrado con una conferencia suya en «El Sitio» de Bilbao, y en esta conferencia con el recorte que le incluyo, y que quiero creer es una transparencia, por no creer que los lombardos prosperen

más que los vascos en Sud-América. Eso es un crasísimo error, de que se reirían los mismos lombardos.

Las cosas ocurren al revés, son los lombardos los que se agarran a la chacra pequeña y se arraigan y encierran en el sotito. Los vascos, por no limitarse a chacritas, repudian la agricultura y se hacen ganaderos, incluso tamberos (lecheros) (1) para vivir holgados de espacio y acechar los pescados grandes —la propiedad grande—. Por eso los hijos de éstos son los grandes señores.

Como ésta sólo tiene por objeto anotarle el error, la termino repitiendo de V. affmo. amigo y s. s.

Juan S. Jaca

Lo de *barbería*, supongo que debe referirse también a lombardos, porque barberos vascos son rarísimos, y éstos generalmente de la región del Ebro.

Acompaña a la carta el recorte de periódico mencionado, en el que se lee:

Nos han perjudicado un montón de lugares comunes anarquistas contra el Estado al cual urge robustecer. El bizkaitarrismo no es en el fondo sino un anarquismo cultural, kabileño, y el tan decantado individualismo vasco en su actual forma, un evidente daño. Si los vascos no prosperan en Sur-América como los lombardos, v. gr., es porque aquéllos quieren ser independientes desde que llegan y se agarran a una pequeña chacra, a una lechería o a una *barbería*. Por un selvático y anárquico sentido de falsa independencia no llegan a hacerse de veras independientes. Es la mentida independencia del pastor de Gorbea. Y luego dependen de todos. aquí mismo el bizkaitarrismo es una doctrina de dependientes...

Las palabras que van en cursiva son las subrayadas por Juan S. Jaca.

J 1, 5

6

*Membrete
como la primera Carta*

Buenos Aires Abril 16 de 1909

Sr. Miguel de Unamuno.

Amigo Unamuno: Deseo corresponder a la confianza. Yo no páticipo de muchas de sus opiniones, pero le leo con cariño; por-

(1) **Anota al pie el propio Jaca:** «El lechero vasco ordeña generalmente sobre cien vacas; son bastante comunes 200 a 500 y hasta 1.000».

que, sobre constarme su lealtad, concita, como decía Descartes, ideas por reacción. En cambio, su concepto sobre los vascos que es concreto, me apena mucho, porque (perdone V. le diga) clasifica V. un pueblo que no conoce etnológica ni históricamente; y que por ello lo confunde lastimosamente con el hibridismo vasco-castellano o vasco-francés, de Bilbao, San Sebastián, Bayona, etc., y al que nada me cuesta asentir en llamarlo beocio.

Hace unos tres años —creo— le invité o le insté a V. con cierto empeño hiciera este estudio, para definir de una vez, esa modalidad cultural euskara. Como V. me contestara diciéndome que se dedicaba a la filología y no a la historiología, etc., me puse a estudiar ese fenómeno estupendo de un pueblo que sobrevive a todos los cataclismos culturales y que persiste en la integridad de los elementos que prueban el autoctonismo de la cultura institucional, en aparente quietismo, inesplicable desde que de los vascos educados en el *baserri*, a cualquier país que emigran, difunden e intensifican la vida creadora en proporción numérica muy superior a la de los otros pueblos, y con especialidad al de los vascos castellanizados o afrancesados por el cultivo de la lengua.

Hoy me parece poder anunciarle que el estudio tiende a su fin, y que me encuentro en condiciones de probar con *documentos irrefutables*, entre otras muchas afirmaciones, éstas: 1.º que los principios que informan la modalidad cultural euskara, son los únicos conocidos que conciertan con lo del hombre soberano, de derechos inmanentes, dotado de libre albedrío y sujeto a la consecuencia de sus actos. 2.º Que estos principios, que coinciden íntegramente en los pueblos actuales de la confederación vasco-cántabra de los romanos, y corresponden a los de los iberos, sus ancestrales, son los que han difundido en Europa en época primitiva de su población, y en la foral de la Edad Media, el espíritu del particularismo personal o individual, democrático, que lucha eternamente contra el aberrante cabalismo gregal asiático, que informan los métodos concéntricos del pasado y presente, monárquicos, republicanos, socialistas, etc. 3.º Que la existencia del pueblo vasco en el sincretismo moral de sus bases autóctonas es el único dato que excluye la burda y negativa teoría corriente del fatalismo, en la progresía humana. Y 4.º, que la única historia de un pueblo, a la que con propiedad puede llamarse humana, es la vasca; porque es la historia psicológica de un pueblo que perpetúa su existencia en la noble consecuencia de las reciprocidades, que emulan con la (?) el sentimiento de la dignidad particular y general; y no como ocurre en la modalidad cultural corriente, la monstrea (*sic*) leyenda de la infidencia y de las humillaciones, para encomiar el éxito; sobre todo, de los que se apropian los derechos y las representaciones públicas. ¡Valiente enseñanza para elevar el concepto público!

Como V. ve, estamos lejos el uno del otro. Sin embargo, estoy cierto que si V. examinara a fondo «a su Dn. Miguel» y evocara a los Unamuno que fueron, llegaríamos a aproximarnos.

¿Que el vasco se pierde? Indudablemente. Si el vasco del señorío, al vasco que vive la vida de su autoctonismo, se le priva de la libertad y de la soberanía de su régimen, al par que de los derechos congénitos al hombre y al vecino arraigado ¿cómo va a nutrir ese concierto etnológico propio cimentado en la razón responsabilizada por la libertad del albedrío? Esa anarquía de que V. se queja, ¿es acaso otra cosa que la corrupción disgresiva del espíritu vasco en el torpe dominio de las abstracciones cabalísticas del Estado absoluto o irresponsable?

¡Que el vasco padece de estrechez mental y de una penuria de imaginación!... Lo primero no contesto, porque creo que basta para levantar el cargo lo expuesto respecto a su régimen, y respecto a lo segundo, no alcanzo a comprenderle; desde que V. que se viene ocupando de la cultura americana, fuerza es es haya encontrado que la mayor parte de sus literatos y estadistas llevan apellidos vascos, y que fuera de que en la propia España hay muchos apellidos vascos que cultivan el arte en sus diversas acepciones, aumenta considerablemente el número de los cultores en el propio país euskaro.

Sé que V. dirá que el arte que cita y aquellos cultivan es español, y V. tendrá razón; porque, si el espíritu que informa el alma vasca hubiera alguna vez caído en ese conceptismo de la forma, tan dogmático como artificioso, y generalmente pretencioso como inconsistente por falta de originalidad y raciocinio, habría caído en la materialidad idolátrica, en que se han corrompido las demás razas y civilizaciones.

Como me ha encontrado la suya con las manos en la masa, creo que mi pluma se ha corrido sin consideración; perdónela, en testimonio del cariño que le profesa su afmo. amigo.

Juan S. Jaca

7

Juan S. Jaca
Victoria 3420

Buenos Aires Octubre 21/911

Sr. Dn. Miguel de Unamuno
Salamanca

Estimado amigo: La circunstancia de haber recibido dos o tres cartas de recomendación de V., y no hacerme referencia en ninguna de ellas a los dos tomos de mi «Euskaria» que le remití en Agosto del año pasado, me inducen a preguntarle si recibió los mencionados tomos.

Aunque nada perdiese V. con su extravío, celebraría sin embargo saber si los recibió; porque generalmente los comerciantes somos celosos de nuestra correspondencia.

En espera de que me disculpará esta libertad, me repito de V. affmo. amigo y paisano.

Juan S. Jaca

J 1, 7

Navarro Lamarca a Unamuno

1

Escudo

Abril 8/903

Señor Dn. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
de Salamanca

Señor de mi respeto:

Mi buen amigo Pedro González Blanco tiene la amabilidad de remitir a Ud. carta de Grand Montaigne que ha tiempo existe en mi poder y no he remitido a Ud. en la esperanza de poder en breve hacerlo personalmente.

Reitero lo que a Ud. comunica el amigo González Blanco, quedando como quedo en absoluto a sus órdenes y esperando tener pronto el placer de conocerlo de cerca, ya que desde hace tanto tiempo lo admiro en sus escritos.

Afectuosamente suyo queda s. s. q. v. s. m.

C. Navarro Lamarca

s/c Paseo de Recoletos 35, Pral. Madrid.

N 28

2

EL ARTE DEL TEATRO

Revista decenal ilustrada

Redacción y Administración
e Imprenta

San Hermenegildo núm. 32 duplicado
Madrid

Mayo 9/903

Sr. Dn. Miguel de Unamuno.

De mi amistad y respeto:

Ocupado estaba en un bosquejo crítico del novelista «Naconthorne» al recibir su cariñosa carta, que íntimamente le agradezco por los amistosos conceptos con que en ella me honra y en alto grado estimo.

Ya que su bondad me autoriza a hablarle largo y cordialmente, me aprovecho del permiso, aun a pique de robarle con mi respuesta algunos minutos de su precioso tiempo.

Gracias mil por su invitación y deseo de verme en Salamanca.

A la fascinación que ha tiempo ejerce en mi espíritu esa ciudad, de los Consejos Colombinos, se une ahora el placer que me espera al conocerle personalmente y poder entablar con Vd. largas peregrinaciones intelectuales a través de las grandezas Salmantinas.

No he de tardar mucho en visitarle. ¿Viene Ud. pronto por aquí?

Me dice estar preparando un trabajo sobre «Historia Argentina». ¡Buena falta hace que un hombre de su talla haga algo sobre la materia!... Porque hasta el presente...

Me comunica haber leído a Mitre, Saldías, Pelliza, etc. Permítame que le admire. ¡Qué paciencia! ¡Porque indiscutiblemente debe haberle indignado tanta majadería, tanta vanidad ridícula, tanta ignorancia, pedantería...!

Mitre, a quien literariamente aborrezco desde que tuve la desgracia de leer su traducción del Dante y sus versos chirles, es en su «San Martín» y en su «Belgrano», una especie de mosaicista, archivero e bibliófilo, sin más criterio que el de los agenos y con una lucecita más insignificante que las que apagaba Pío Cid, soplando a los charlatanes en la frente. Estos libros me hacen el efecto de monetarios ordenados, estantes de archivos militares o relación engorrosa de Crónicas de Cabildo. Son materiales amontonados por un oficinista cuidadoso para que el Jefe, el intelectual, pueda hacer un libro. ¡Ni más ni menos! Acaso, sin embargo, le sean útiles como relaciones documentales de las que Ud. sacará lo que convenirle pudiera, prescindiendo de las inconmensurables y engorrosas reflexiones críticas que con pretensiones de filósofo, y envueltas en lo que llama *convergencias* o *divergencias*, inserta en sus 7 abrumadores volúmenes el General Político... (¡tente pluma!...).

No hay en todas las obras de Mitre idea clara y distinta de la personalidad de los hombres cuya historia relata, y sólo veo en ellas alegatos semi-curialescos para demostrar lo indemostrable, es decir: la buena fe y la grandeza, histórica de los hombres de la Revolución Argentina.

Qué quiere, estimado Señor mío, son pueblos sin historia y sin héroes, y para satisfacer la excesiva vanidad nacional, es necesario crearlos.

De ahí las apologías gloriosas de los Belgrano, Moreno, Saavedra y demás girondinos sin talento ni grandeza, del motín comunal de 1810; de ahí los entusiasmos extraños por los Artigas, Rosas, Morgues y demás Capitanejos Montoneros, encarnaciones salvajes

de la soberanía numérica promulgada por los letrados Revolucionarios. De ahí la pretensión ridícula de elevar a la categoría Homérica luchas de organización, originadas simplemente por el antagonismo anárquico entre la barbarie que seguía la lógica de sus pasiones y la naciente organización política retenida por las inconsecuencias del miedo, por la ausencia de derroteros y por la sobra de pasioncillas ambiciosas.

Considero superior al lado de Mitre, la obra del General Paz. Sus memorias son hasta cierto punto imparciales. Paz era más sincero, más hombre, y tenía mucho más talento que Mitre. Son a mi entender las mencionadas Memorias, obra apreciable que ha de ayudarle mucho en sus tareas.

Mansilla, Saldías, Pelliza, etc., tienen poca o ninguna importancia. Son glosadores y apologistas poco felices y siempre abrumantes de vulgaridad.

Además y en lo que al tirano Rosas se refiere, debe Ud. tener en cuenta que Mansilla y Saldías pertenecen a la misma familia. Mármol por otra parte es un perseguido que se venga. Creo se referirá Ud. a su Amalia. Ninguno de los dos libros dan una idea clara del carácter del tirano. Estrada en su «Historia Argentina» en su «Política Liberal», etc., para mí el mejor de sus libros, lo trata con más exactitud e imparcialidad (salvo los naturales entusiasmos patrióticos)...

No abuso más de su paciencia y además espero tener pronto el gusto de verle para hablar largo y tendido.

Mucho me alegré al leer su opinión sobre el General Sarmiento. Sus obras me han producido siempre profunda impresión. Lo conocí personalmente años antes de morir. Hablaba como escribía. Fue en sus últimos años azote de majaderos políticos y escritores sin talento. El fue quien dijo de la «Historia de Belgrano» de Mitre, que era la historia de un tonto escrita por otro. Como periodista y orador parlamentario era verdaderamente brillante. Como político, firme y claro-vidente, aunque odiado por la razón sencilla que despreciaba olímpicamente a sus aduladores.

El «Facundo» es verdaderamente colosal: Nadie ha estereotipado con tan vigorosos toques la Pampa y sus caudillos campesinos y sanguinarios. Es un libro encantador. Conoce Ud. los «Recuerdos de Provincia». Acaso me gustan más que el Facundo.

Y ¿de Alberdi? ¿Qué piensa? Era también un hombre de verdadero talento crítico. Hirió a aquellos políticos en lo más sensible: en su vanidad. No se lo perdonaron. Murió en París pobre y desterrado, y estampó en sus obras una serie de verdades que a hiel y vinagre supieron por las Argentinas tierras.

Cierro por fin esta carta que amenaza hacerse interminable. Son tan pocas las ocasiones que se presentan de hablar clara y

honradamente de estos asuntos!... Estas confraternidades Hispano-Americanas de bombo y platillo ahogan tanto la voz de la verdad... Vd. me perdonará pues la longitud de la presente, que aunque para nada bueno ha de servirle en el trabajo que prepara, tiene por lo menos el mérito de ser sincera y haberle hablado en ella con la claridad que debe el discípulo al maestro que con su confianza le honra.

Comunique sus recuerdos a G. Blanco, todos deseamos su «Gón-gora». «Helios» clama por su colaboración.

A la espera de una ocasión de serle útil o agradable, queda suyo respetuoso amigo y s. s. q. s. m. b.

Navarro Lamarca

N 28

José R. de Uriarte a Unamuno

1

LA BASKONIA

Revista ilustrada
Fundada el año 1892
Redacción y Administración
Belgrano 1389
Unión Telf. 4153 (Libertad)

Buenos Aires 9 Agosto de 1915

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Ilustre compatriota:

En homenaje al Centenario Argentino, me propongo editar una obra, que a la vez sirve de exponente de cultura baska.

Como para su realización, estoy solicitando la colaboración de los más notables escritores de nuestro país, permítome la libertad de solicitar la suya con el tema «El Cantábrico», cuyo simpático asunto brotará de su brillante pluma valiente y lleno de sabor euskaldún. Irá ilustrado con grabados, cuyos dibujos serán hechos por artistas de aquí.

Las dimensiones que podría darle serían un par de páginas del tamaño del prospecto adjunto, en el que de paso verá Vd. el plan que he trazado.

Si en virtud de lo que se trata, acepta como supongo mi pedido, ruégole el más pronto envío del original, porque en breve vamos a dar comienzo a la impresión.

Le agradece anticipadamente su valiosa colaboración y le saluda con la consideración más distinguida su admirador y paisano
S. S.

José R. de Uriarte

V 45, 8(1)

2

Membrete

LA BASKONIA

Revista ilustrada
Rivadavia

Buenos Aires 10 de Octubre de 1928

Señor Santiago Aranaz
Nantes

Distinguido amigo:

Aportunamente llegaron sus interesantes notas que se han ido publicando. En la correspondencia de Olorón dedica Vd. un justísimo recuerdo al maestro Cleto Zabala (1), lo mismo que a Monsieur Betas, digno de mejor epílogo; pero los pueblos son ingratos con frecuencia con los hombres que les dan gloria y brillo, aunque un reducido número de espíritus selectos como el suyo sabe recordarles para honrar su memoria.

Me resultó también un documento de oportunidad que me figuro interesará a los lectores cultos de esta revista el grupo de la familia Unamuno. Al ver a la señora, a quien conocí cuando era una polla y simpática guerniquesa, he comprendido los largos años que desde entonces han transcurrido, y que tan enorme cambio también se operó en mí.

Mientras muchos de nuestros paisanos, podridos en plata, viven aquí mirando al miserable centavo, hace Vd. perfectísimamente en gozar de los deleites del turismo. Si yo pudiera, haría lo mismo.

Por los telegramas de los diarios se habrá Ud. enterado de la exaltación de Hipólito Irigoyen por segunda vez a la presidencia de la República.

Deseándole continúe sus giras con toda felicidad, le saluda afectuosamente y que a sus órdenes s. s.

José R. de Uriarte

CMU 45, 8(2)

(1) Cleto Zabala Arambarri (1847-1912), publicó dos libros de cantos vascos. Cfr. A. SAGARDIA, *Un músico bilbalno*. CLETO ZAVALA, *Vida Vasca* 30 (1933) 201-4.

the first two cases, the β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The fixed point is reached asymptotically in the fourth case because the β function is a linear function of β and the fixed point is reached asymptotically. In the first two cases, the β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

2.2. The β function and the fixed point

The β function is defined as the derivative of the coupling constant with respect to the logarithm of the scale factor, $\beta = d\lambda/d\ln\mu$. The fixed point is reached when $\beta = 0$.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

2.3. The β function and the fixed point

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.

The β function is a linear function of β and the fixed point is reached in a finite number of iterations. In the third case, the fixed point is reached asymptotically. In the fourth case, the fixed point is reached asymptotically, but the convergence is much slower than in the previous cases.